

El discurso de terrorismo del presidente George Bush después del 11 de septiembre ¿política moral? o ¿teología más allá de la política?

Tesis para la Maestría en Ciencias Sociales

Presentada por: Ana María Ávila Sánchez.

Director: Santiago Carassale

FLACSO MÉXICO

Septiembre 2006



Esta Tesis fue realizada gracias al apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y

Tecnología (Conacyt) del Gobierno de México

A Michael, por todo

Agradecimientos

A la FLACSO-México, por abrirme sus puertas y aportar las condiciones necesarias para desarrollar mis estudios.

A Julio Aibar y Santiago Carassale por guiarme en este proceso, por compartirme todo su conocimiento con mucha sencillez y claridad. A Nora Rabotnikov por ser tan buena maestra.

A Michael por su infinito amor e impulso en todos mis proyectos.

A mi hija por todo lo que me ha enseñado a su corta edad.

A mi mamá por el reencuentro y por las horas que cuidó que todo estuviera en silencio para que yo pudiera escribir.

A mi papá por su incansable e inagotable apoyo.

A Pepe, mi primer maestro.

A Carlos y Guillermo, quienes tuvieron muchísima paciencia al estudiar conmigo sin importar cuan desvelados estuvieran. Gracias por enseñarme tanto.

A Miriam que aguantó mis malos humores, sobretodo en el embarazo. Gracias por enseñarme con tu ejemplo lo que es la discreción, la solidaridad con los amigos, el saber cuando callar y cuando hablar.

A Florencia por escucharme.

A Charlene por llamarme cada mañana y darme alicientes.

Índice

Introducción.....	1
Capítulo Uno	
Reflexiones preeliminares sobre el Mal y lo político.....	12
Schmitt y la secularización de la política.....	14
El político moral y el moralista político.....	19
El mal, el uso privado de la razón y Eichmann.....	23
Capítulo Dos	
El contexto como condición de posibilidad del discurso de terrorismo.....	32
Orden moral o teológico.....	38
La libertad y la democracia del lado del bien.....	48
Imaginario en espera de sedimentación.....	53
Amigo-enemigo.....	58
El lugar de enunciación.....	66
Conclusiones.....	69
Capítulo Tres	
Contexto que permitió la emergencia del discurso.....	73
Orden moral o teológico.....	79
Amigo-enemigo.....	84
Ideología del enemigo.....	94
Estado de guerra.....	98
Imaginario en busca de sedimentación.....	105
Conclusiones.....	110
Conclusiones generales.....	112
Referencias Bibliográficas.....	119

Introducción

Después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, el presidente de Estados Unidos, George Bush, empezó a hablar de la cruzada contra el terror. Aseguraba que el mal estaba al acecho y que para combatirlo había que ir a la guerra en nombre de la paz y la libertad. Ante la Asamblea General de las Naciones Unidas (Septiembre: 2002) encontrábamos el uso de frases como la siguiente:

La libertad del pueblo iraquí es una gran causa moral y un gran objetivo estratégico.
El pueblo de Irak lo merece.

Luego, en un mismo discurso, ante una generación de soldados recién graduados (West Point, 1 de junio de 2002) usaba –en distintos momentos– frases como las que siguen:

Debemos llevar la batalla hasta el enemigo, desbaratar sus planes y enfrentarnos a las peores amenazas antes de que se presenten. En el mundo que hoy habitamos, el único camino que conduce a la seguridad es el camino de la acción. Y esta nación va a actuar... Estados Unidos tiene, y piensa mantener, un poder militar incuestionable, que resta sentido a las desestabilizadoras carreras armamentistas de otras épocas, y limita las rivalidades al campo del comercio y a otros quehaceres pacíficos.

O bien:

Estamos involucrados en un conflicto entre el bien y el mal, y Estados Unidos llamará al mal por su nombre.

El uso de términos que corresponden a distintos campos discursivos parecen revestir al mandatario estadounidense de un poder excepcional tanto en el terreno político como en el moral. Se erige como un luchador contra el mal y como aquel que debe repartir la paz y libertad en el mundo. A partir de esto surgen varias interrogantes para el campo de las ciencias sociales como por ejemplo: ¿Cómo es que se alude a causas morales que traen consigo la guerra?, ¿de qué manera se justifica el supuesto de que para alcanzar la paz hay que luchar con las armas?, ¿cómo es que para combatir el mal se debe *imponer* la libertad?, ¿se puede hablar de política y de principios teológicos como el bien y el mal en un mismo discurso? Y finalmente, ¿cómo es que este discurso funcionó y condujo a una guerra en la que hubo alianzas internacionales?

Es claro que con su discurso, el presidente Bush buscaba definir los ejes de su política interior e internacional, los términos de la guerra que pensaba establecer, la instauración de un estado de emergencia, así como el delineamiento entre los aliados y enemigos. Para estudiarlo analizaremos los diferentes manejos de la incertidumbre, de la decisión y del quizás. Éste último permanece en un limbo sin tiempo que es violentado por la fuerza de una decisión, lo que implica su desvanecimiento.

El punto de partida es el 11 de septiembre de 2001 como un acontecimiento (capítulo dos), el cual con su aparición, rompió con el estado de las cosas al presentarse de manera inesperada e inexplicable (Badiou: 2003). Irrumpió al igual que lo hace una decisión, pues acabó con la *posibilidad* y la indefinición del quizás. Sin embargo, el acontecimiento se distingue de la decisión, ya que cuando aparece no se incorpora de

manera inmediata al mundo natural; lleva su propio tiempo para encontrarle una explicación. En un inicio, su contundencia y fuerza no permiten palabras para darle un nombre y significado.

Este impasse de tiempo (entre el acontecimiento y su significación) tiene sus consecuencias. 1) Permite, a quienes poseen el poder de hacerlo, darle nombre y significación, lo cual genera una definición concreta del acontecimiento, 2) abre la posibilidad de marcar la frontera entre amigo-enemigo y, 3) se constituye contingentemente como el discurso que domina el campo de la discursividad, el cual cuenta con su propio orden moral, sus virtudes más deseadas y sus objetivos a seguir. A partir de este momento, surgen nuevas interpretaciones, lecturas diferentes que se contraponen a quienes trataron de definir el acontecimiento en primera instancia. Además, hay consecuencias no deseadas para quienes lo nombraron y explicaciones nuevas que se tuvieron que dar y tratar de incorporar a ese orden moral que se buscó con la primera enunciación de los hechos.

En el discurso que se usó después del 11 de septiembre se mostraba un mundo dividido entre el bien y el mal. Se hablaba de una sola moralidad que debía regir para todos. Además, se enlazaban virtudes políticas y conceptos teológicos. Por ejemplo, se hablaba de una equivalencia entre libertad y el bien; entre tiranía y el mal. Tal pareciera que al hablar de absolutos como el bien o de un orden moral que no fue construido por los hombres, se cerraba el paso a toda negociación política, con lo cual quedaba la impresión de querer repartir en todos los países una sola visión del mundo (capítulos uno y dos).

Vemos que con este tipo de discurso entran en juego temas como la secularización de la política, además de la posibilidad de legitimar una guerra mediante la evocación del bien y del mal. También observamos que la cercanía con el acontecimiento genera una

sensación de horror mucho más grande, comprendemos que al ser atacado aquello que está cerca de nosotros y que tenía un valor supremo, se nombra como acto de terror, pues se está agrediendo aquello que consideramos sagrado (capítulos uno y dos).

Los temas arriba mencionados son difíciles de evadir cuando escuchamos discursos como los posteriores al 11 de septiembre. Sin embargo, es muy complejo hablar de términos teológicos en las ciencias sociales, aún así no podemos dejarlos de lado si vemos que bajo estas alusiones se construyeron alianzas internacionales y si, a través de estas conjeturas, los medios de comunicación estadounidenses estuvieron presentando sus noticiarios.

Podemos inscribir estos temas en lo político, si los abordamos con ángulos como el propuesto por Carl Schmitt, pues a través de su teoría vemos que en el momento en que se aumenta la tensión entre dos grupos, cualesquiera que estos sean, hay una inscripción en el campo de lo político, ya que la división amigo-enemigo así lo determina. Por ejemplo, en un primer momento, se pudiera pensar que el mandatario estadounidense se sale de este ámbito para ubicarse en un espacio teológico, pero sostendremos que no es así. Es claro en qué momentos hace alusiones religiosas y, en qué otros, habla de guerra, violaciones de acuerdos internacionales y necesidad de intervenciones multinacionales. Con esto queremos decir que hay una intencionalidad en el manejo del discurso.

En el terreno de los hechos, las alianzas se hacen de manera estratégica, de acuerdo con conveniencias económicas, políticas y militares. Aquí no entran los elementos religiosos. Sin embargo, tenemos que señalar que en la elocuencia del discurso del presidente estadounidense se lograron ciertos efectos al hablar de un mundo de buenos y malos, de ciudadanos que merecen la libertad y tiranos que deben ser extinguidos. La estrategia militar y económica halla en el discurso un sustento que sirve como base para

asentar la justificación de la guerra, la necesidad de enviar soldados a morir en nombre de una causa, la explicación a los connacionales que sublima las miles muertes provocadas luego de los ataques del 11 de septiembre.

Uno de los recipientes principales de este discurso fue el conjunto de los medios de comunicación. A lo largo de la tesis estudiamos cómo se dio una alianza prácticamente total y cómo, al prolongarse la guerra, se fue perdiendo la unión entre la posición de los medios y el discurso del presidente Bush (capítulos dos y tres).

Respecto de la relación amigo-enemigo observamos que luego de los ataques del 11 de septiembre se nombró a un enemigo indeterminado y oscuro. Vemos que su indefinición permitió dejar abierto el quizás, es decir la posibilidad de que a cualquiera se le nombrara de esta manera. Con lo cual se amplió el margen de acción en contra de todos aquellos que estuvieran del lado del mal. Así es como surgieron no sólo aquellos que “buscan someter al mundo en una sola ideología”, sino también los que pertenecen al “Eje del mal” que producen a gran escala armas de destrucción masiva (capítulo dos).

El hablar de combatir el terror representado por un enemigo abstracto y omnipresente involucra intervenir de manera globalizada en materia de seguridad no solo dentro del propio país, sino en el extranjero también, pues se desconoce por dónde vendrá el golpe. Lo que permite la justificación de ir a la ofensiva en una guerra en contra del terror.

El que no haya un enemigo político claro ni preciso a quien dirigirse trae consigo la posibilidad de declararle la guerra a cualquiera que se le señale como financiador o fomentador de terrorismo. Esto nos conduce a prolongar una guerra muy difícil de saldar, ya que la indefinición deja abierta cualquier posibilidad de ataques posteriores. De nuevo se presenta un quizás indefinido, pues al mantener sin precisar quién es el enemigo, no hay

decisión que acabe con la incertidumbre, sino que ésta se deja abierta con el propósito de poder señalar a cualquiera.

Sin embargo, la falta de concreción no es permanente. Hay oscilaciones entre el enemigo abstracto y uno concreto. Hay una transición de Osama bin Laden a Saddam Hussein (capítulo tres). Lo que permite en el terreno de lo político hacer negociaciones y alianzas para la guerra. Además, esta decisión pone fin a la incertidumbre y, por momentos, hace pensar en un término del conflicto, en un fin del terror. Encontrar un responsable también permite tener hacia donde dirigir el duelo.

La permanencia indefinida de un enemigo desgasta la imagen política de la eficiencia. Al no haber un golpe decisivo hay la impresión de que no se ha funcionado en la lucha que se enunció como entre el bien y el mal.

Luego de los ataques del 11 de septiembre, el presidente Bush instauró un estado de emergencia que también operó con el quizás y la decisión (capítulo tres), pero aquí tiene un doble juego. El quizás es roto por el momento en que se decide que hay un estado de excepción y, al mismo tiempo, funge como posibilidad de ataque, como una opción latente de guerra o de ser vulnerado en la integridad propia. Éste quizás mantiene vivo el estado de emergencia. Pero el no poder definir cuándo serían atacados de nuevo, o bien cuándo podría manifestarse el acontecimiento, se traduce en la incapacidad de dar pruebas de futuros ataques y de traer a la justicia a los responsables de los anteriores. El no emitir una clara señal de alarma a largo plazo también desgasta.

A causa de los ataques del 11 de septiembre vino el trauma del sin aviso, de los acontecimientos que, por su propia naturaleza, se presentaron sin previsión alguna y, junto con esto, vino una declaración de guerra unilateral que tampoco era una declaración como

tal, porque el enemigo no se dejaba ver. Como dijimos arriba, en el corto plazo traía consecuencias positivas para quienes ocupaban cargos de poder porque les permitía enunciar al enemigo, podían nombrar a cualquiera. El problema venía en el mediano y largo plazo, donde el soberano quedaba cuestionado porque no tenía un enemigo concreto a quien declararle la guerra, porque ya se había perdido efecto la imagen de un enemigo sin cara. El hecho de que nunca se mostrara llegaba a sembrar la duda de su existencia.

Por otro lado el Ejecutivo, al instalarse como soberano entre los soberanos, gracias al estado de emergencia, se ubica en una posición superior. Él determina cuando se está en estado de emergencia y cuando en situación de paz. Además, su condición superior le permite decretar leyes, que en el caso que nos concierne, llegan a violar los propios principios constitucionales.

Alrededor de la amenaza permanente de terror, como lo plantea Giorgio Agamben, gira la idea de la seguridad y de su pérdida¹. A diferencia del poder disciplinar, que aísla y cierra los territorios, las medidas de seguridad conducen a pensar en gobiernos abiertos y en la globalización. La seguridad interviene en procesos que ya han comenzado, para dirigirlos, mientras que las leyes buscan prevenir y regular. Con la disciplina se busca producir orden, en tanto que con la seguridad se busca regular el desorden. De ahí que podemos decir que las medidas de seguridad solo funcionan en un contexto de libertad, intercambio e iniciativa personal.

Para Agamben el riesgo de esto es que, debido a la creciente neutralización de la política y la reducción tan grande de las tareas del estado, la seguridad se convierte en su principal actividad. “Antes era una de sus funciones y ahora es el criterio bajo el cual se

¹ El texto sobre el 11 de septiembre escrito por Giorgio Agamben sólo puede ser consultado vía internet en la página <http://www.egs.edu/faculty/agamben/agamben-on-security-and-terror.html>

mide su legitimación”. Esto trae un riesgo creciente y es que basar la legitimidad en tan solo este elemento le da una fragilidad enorme al estado, ya que siempre el terrorismo lo puede amenazar. La consecuencia de lo anterior es que “la diferencia entre el estado y el terrorismo tiende a desaparecer. “Al final, la seguridad y el terrorismo pueden formar un único sistema mortal en el que mutuamente justifiquen y legitimen sus acciones”.

Si, como nos señala Agamben, hay una sobrevaloración de la seguridad, entonces también tendremos que repensar a la soberanía en su forma clásica, la cual también se ve trastocada por la globalización, pues habría que preguntarnos en donde termina y comienza el poder de un soberano que ha iniciado una cruzada contra el terror en la que anunció su persecución en donde quiera que se encontrara.

Estos son algunos de los temas y problemas que buscan ser abordados en la presente tesis. Para ello tomaré en cuenta los siguientes elementos: 1) Con los atentados del 11 de septiembre se presentó una crisis en el orden social y, a partir de ello, emergieron actores para darle un nombre, significación y solución. 2) Los nuevos discursos constituyeron sus propios imaginarios. 3) Dentro de este proceso se generó un discurso que resultó ser hegemónico. 4) El discurso hegemónico estableció nuevas formas de actuar e interactuar que trajeron consigo nuevas formas de identidad.

La estrategia metodológica a seguir estará basada en la teoría del análisis del discurso. El propósito es enfocarnos en el del presidente George Bush para abordar los cuatro puntos arriba mencionados. El usar el discurso del mandatario como herramienta fundamental para esta tesis tiene el objetivo de verlo como un punto de condensación de un espacio que es mucho más amplio y vasto que el propio Bush.

Entendemos por discurso una categoría para designar formas particulares de representar aspectos específicos de la vida social (Fairclough: 2003). O bien, como una

constelación significativa que articula indistintamente acciones y objetos lingüísticos y extralingüísticos en torno a un sentido; no es ubicable en una topología porque no depende de una sustancia (conceptual, fónica o referencial) sino del sentido socialmente construido y compartido (Laclau, E., Mouffe, Ch. 2004). Además, es constituido como un intento de dominar el campo de la discursividad, de detener el flujo de las diferencias, de construir un centro (Žižek: 2004: 281).

Es de nuestro interés ver su discurso no como una verdad ni bajo una categoría científica, sino observar en su plano histórico cómo produce efectos de verdad que en sí mismos no son ni verdaderos ni falsos. (Foucault: 1980:118).

El discurso de Bush no será visto como un único productor de sentido, sino como depositario de sentidos producidos fuera de su autoconciencia (Fish, 1994). Con esto queremos dejar en claro que los cambios en la vida social contemporánea no son exclusivamente respuestas a las mutaciones en el discurso, pues no se puede reducir el cambio social a una respuesta discursiva. Lo que se da es diálogo entre el discurso y los elementos no discursivos de la vida social (Fairclough: 2003).

Ante el reconocimiento de que un solo discurso, en este caso el del presidente Bush, no representa la realidad, sostenemos que el espacio de poder que Bush detenta es fundamental porque le da mucho mayor fuerza y produce consecuencias a una escala mucho más grande en relación con sus homólogos de otros países. Es decir, el lugar que le confiere el sistema político genera efectos que no serían posibles si el mandatario fuera un ciudadano de a pie. Para explicar el poder que Bush tiene debido al sitio que ocupa usaré un ejemplo de Foucault sobre la medicina clínica: “si en el discurso clínico, el médico es sucesivamente el interrogador soberano y directo, el ojo que mira, el dedo que toca, el órgano de desciframiento de los signos, el punto de integración de descripciones ya hechas,

el técnico de laboratorio, es porque todo un haz de relaciones se encuentra en juego. Relaciones entre el espacio hospitalario como lugar a la vez de asistencia, de observación purificada y sistemática y de terapéutica, parcialmente probada, parcialmente experimental, y todo un grupo de técnicas y de códigos de percepción del cuerpo humano” (Foucault: 2003: 87). En el caso que nos ocupa, tiene fundamental importancia el hecho de que se trate de la nación más poderosa del mundo, del país cuyo idioma se usa como lengua común entre extranjeros, etcétera. De aquí podemos concluir que el discurso no es la manifestación de una conciencia idéntica a sí misma y previa a toda palabra; sino un conjunto donde puede determinarse la dispersión del sujeto y su discontinuidad consigo mismo. Es un espacio de exterioridad donde se despliega una red de ámbitos distintos (Foucault: 2003: 90).

Por otra parte, no debemos desdeñar que el poder se debe analizar como algo que circula, o bien como algo que solo funciona en forma de cadena. Nunca se localiza en un lugar fijo, nunca del todo en manos de alguien, nunca es una propiedad como un artículo de consumo ni un pedazo de riqueza. El poder se emplea y ejerce a través de una organización parecida a una red donde los individuos circulan por sus filamentos; están siempre padeciéndolo y ejerciéndolo (Foucault: 1980:96).

Sostenemos en esta tesis que el discurso del mandatario estadounidense, en su calidad de emisor, no es fuente de todo significado. En lugar de ello, afirmamos que es imposible descubrir (*develar*) en cualquier objetividad un significado fijo y plenamente presente. De esta forma, “[l]a ausencia de significado trascendental extiende hasta el infinito el campo y el juego de la significación” (Derrida 1989: 385). En el análisis del discurso que presentaré mantendré presente la idea de que los sentidos producidos son parciales y nunca definitivos (Laclau, E., Mouffe, Ch. 2004). Asimismo, que los

significados se asentaron en donde ya había un campo que permitió su recepción, pues no hubiera sido posible una fijación de sentido en un espacio donde fuera imposible su aceptación.

Por todo lo anterior consideramos que el emisor es tan importante como el receptor, pues si tomamos en cuenta que no se puede dar con un sentido pleno y único del discurso, toda significación es el resultado de una interpretación dialogada entre ambos. Por lo tanto vemos que “la totalización es imposible porque el horizonte a interpretar que está frente a nosotros es inabarcable, sumamente rico y complejo, y esto se debe fundamentalmente a que nuestra mirada siempre es una mirada finita e históricamente situada” (Gadamer: 1996: 374-377).

En el análisis del discurso nos concentraremos en las condiciones de posibilidad que permitieron la emergencia de un discurso bélico y “contra el terrorismo”. Así como en las articulaciones contingentes que se presentaron con discursos particulares y cómo de manera temporal fueron representados por un universal (Laclau, E., Mouffe, Ch. 2004). Para el caso de esta tesis veremos cómo el discurso sobre terrorismo articuló los discursos que se relacionaban con la necesidad de mantener una seguridad a nivel global y con los que veían en el mundo árabe a un enemigo.

Entre los puntos más importantes a abordar está la manera en que opera la relación entre la política y un término teológico como el del mal; la creación de un estado de excepción que deja al Ejecutivo en un espacio dentro y fuera de la ley; la conveniencia política de usar un enemigo en ocasiones omnipresente y abstracto y en otras identificable y concreto. En el siguiente capítulo veremos el primero de estos puntos.

Capítulo uno

Reflexiones preliminares sobre el mal y lo político.

El presidente de Estados Unidos, George Bush nombró como actos de terror lo sucedido tras la caída de las Torres Gemelas y el ataque al Pentágono, el 11 de septiembre de 2001. Aunado a esta enunciación vino un discurso sobre el mal que acechaba su país y la necesidad de exterminarlo en donde quiera que se encontrara. Para el mandatario se trataba más que de un ajusticiamiento a los responsables de los atentados, de un llamado a combatir —con el Bien— fuerzas oscuras que buscaban acabar con las libertades constitucionales conquistadas en el mundo occidental.

El nombrar lo sucedido como una lucha más allá de lo político y al usar términos escatológicos, el mandatario revivió viejas discusiones sobre el mal, la moral y la secularización de la política. Para algunos el hecho de qué se hablara de combatir el mal con el bien estaba vinculado con la herencia de Schmitt y Strauss, sobre todo en sus interpretaciones de Hobbes, pues la ideología estadounidense conservadora contemporánea buscaba que se hiciera una revaloración de las intenciones de los fundadores de la Constitución. De acuerdo con estas posiciones, los conservadores modernos han sostenido que EUA es una nación ahora alejada de su misión sagrada y por ello la necesidad apremiante de tomar decisiones que los devuelvan al giro ético que en un inicio poseían (Turner, 2002; Kellner: 2003).

Con la guerra que el presidente Bush llevó a Irak vemos cómo se configuró un espacio amigo-enemigo en el que, según términos schmittianos, la unión nacional estaba

determinada por el exterior que la constituía, en este caso los musulmanes fundamentalistas que buscaban desaparecer a Estados Unidos y, más concretamente, Saddam Hussein que producía armas de destrucción masiva para acabar con el mundo.

Bajo este escenario y, de nueva cuenta en términos de Schmitt, la soberanía del estado quedaba constituida por la capacidad del líder de tomar decisiones efectivas en situaciones de crisis. Esto es lo que constituyó la vida política, la cual se determinaba por la relación amigo-enemigo. La soberanía también quedaba engarzada en esta relación, pues sin un estado de emergencia que permitiera aquella división, ésta no podía ejercerse (Schmitt: 1985).

Al hablar de una sola libertad, de una sola dignidad y, a su vez, unirlos con el bien, el presidente estadounidense parecía reconfigurar al mundo bajo un ideal cristiano que dejaba de lado todo pluralismo. El cristianismo, al no aceptar otra religión y no permitir relativismos culturales, revivía la polarización establecida por Bush entre un enemigo con una religión destructora y fundamentalista y los buenos cristianos². Con esto emergía otra discusión clásica que es la concerniente al vínculo entre la religión católica y lo político contra el vínculo entre el protestantismo y la muerte de lo político (Schmitt: 1985; Mouffe: 1990).

En la teoría de Carl Schmitt veíamos un fin último que era arribar a la paz, había la intención de constituir lo político con base en un enemigo que se reconociera como legítimo y en igualdad de derechos. Pero hoy en día ese enemigo, como por ejemplo aquel sin identidad en la cárcel de Guantánamo, es un ser jurídico innombrable e inclasificable (Agamben: 2003). Entonces, se le constituye con una identidad opaca que permite ataques

² En diferentes discursos el presidente Bush ha distinguido entre los buenos musulmanes de aquellos que son radicales y opuestos a los principios democráticos. Éstos se pueden consultar en <http://www.whitehouse.gov/news/releases>

concretos sin declaración de guerra, tal y como sucedió con la invasión a Afganistán bajo el propósito de acabar con el régimen talibán. El respeto a un enemigo legítimo quedó desplazado por el aniquilamiento del enemigo que, por oponerse a los valores de la vida occidental (pues esto es una guerra “a favor de la humanidad”), debía exterminarse.

La guerra global en contra del terrorismo permitió la instauración de un estado de emergencia que manifestaba como eje de su lucha un choque de culturas: la occidental en contra del oriente medio considerado como medieval y arcaico.

En estas reflexiones preeliminares analizaremos la evaluación que hace Carl Schmitt sobre la secularización de la política durante la transición de la Edad Media a la Edad Moderna. También veremos si en política se puede hablar del mal como Bush lo hace y, si es así, en dónde se encontraría. Tomaremos como base la filosofía kantiana para responder a la pregunta. Asimismo estudiaremos por qué Hannah Arendt retoma la definición de Kant sobre el mal radical para referirse a ciertos regímenes políticos.

Schmitt y la secularización de la política

Para este autor “todos los conceptos sobresalientes de la teoría moderna del Estado son conceptos teológicos secularizados” (Schmitt, C: 1975: 65). La dependencia con un pasado teológico se da vía el estado de excepción, pues es análogo al milagro. Sobre el primero decide el soberano y, en el milagro, hay una intervención divina directa.

Para Schmitt la cuestión de quién decide en el estado de excepción está vinculada con la soberanía y, a su vez, ésta tiene una raíz teológica. El razonamiento es el siguiente: la soberanía del estado está constituida por la capacidad del líder de tomar decisiones

efectivas en situaciones de crisis. Es decir, mediante la intervención directa (semejante al milagro).

Antes de entrar al tema de la secularización es importante señalar que el vínculo soberanía-excepción-decisión está estrechamente articulado con la relación amigo-enemigo. Para clarificar esta relación es necesario recordar que para Schmitt “la guerra es la situación límite por excelencia, dotada de un significado decisivo y desvelador de la naturaleza de las cosas, posibilidad extrema de la que obtiene la vida del hombre su tensión específicamente política, ya que en la lucha real se manifiesta la consecuencia extrema del agrupamiento amigo-enemigo” (Gómez Orfanel, G: 1986: 71).

Es decir, para Schmitt la relación amigo-enemigo sustentada en un principio teológico permitía la emergencia de la soberanía, darle un poder excepcional a quien estuviera al frente de ésta y, al mismo tiempo, motivar la unidad nacional, pues había un vínculo en pro de un objetivo: la guerra en contra del enemigo.

Schmitt en su libro *Catolicismo romano y las formas políticas* atribuía a la iglesia una fuente cultural y política de diferenciación entre amigo y enemigo. El autor argumentaba que lo político también estaba definido en términos de esta oposición y que, sin ella, los verdaderos valores no se podían ni proteger ni sostener. El poder implicaba una lucha entre civilizaciones para enmarcar una vida ética (Bishop, R: 2002: 106-107).

En sus primeros trabajos, Schmitt afirmaba que el catolicismo era una respuesta a la privatización y fragmentación de los valores. Además, argumentaba que lo político como actividad pública podía ser rescatado con base en una lucha en contra del enemigo.

En oposición a su idea de una vida ética, Schmitt criticaba al liberalismo bajo el argumento de que creaba una vida sin valores en la que los individuos se veían seducidos por el entretenimiento y asombro de la vida moderna. Sin lo político la vida carecía de

seriedad (Mouffe, Ch: 2003; Schmitt, C: 1985). La religión que era preeminentemente la vida tomada en serio, se había visto minada por el entretenimiento cultural secular. La división teológica que hacía Schmitt marcaba un interés por proteger a la humanidad de su destrucción.

De acuerdo con algunos autores, Schmitt desarrolló una teología política en la que la afirmación de lo político era, en último término, la afirmación de la moralidad. "La lucha en contra de un enemigo válido requiere de la religión para articular la división entre amigo-enemigo [...] lo que equivale a la tensión entre razón y revelación. Sin ésta tensión la vida civilizada no sería posible" (Bishop, R: 2002: 108).

De regreso a la secularización de lo político, como hemos mencionado arriba, según Schmitt siempre se esconden bases teológicas. De lo que se trata es por tanto de "poner de manifiesto dos identidades espirituales, pero también sustanciales", esta sociología conceptual presupone, como dice el autor, una "conceptualidad radical, es decir, la deducción de la última consecuencia en el plano metafísico y teológico" (Schmitt, C: 1975: 65).

Desde esta perspectiva, el espíritu moderno europeo ha pasado por cuatro instancias de secularización, correspondiendo dicho proceso a los cuatro últimos siglos de la vida intelectual europea. Los pasos van de lo teológico a lo metafísico, pasando a lo moral-humanitario hasta llegar a lo económico (Carassale, S: mimeo: 14). Esta identificación "de centros de referencia diferentes se refiere sólo al hecho concreto de que, en estos cuatro siglos de historia europea, cambiaron las élites-guía, o sea que se modificó progresivamente la evidencia de sus convicciones y de sus argumentos, del mismo modo que sus intereses espirituales, el principio de su acción, el secreto de sus éxitos políticos y la disposición de las grandes masas a dejarse influir por determinadas sugerencias" (Schmitt, C: 1985: 79).

Estos desplazamientos de las escenas de la vida intelectual, deben ser vistos sólo a través de la existencia de la vida política concreta -más que como un autodespliegue del espíritu- y a la vez deben ser asociados a los cambios conceptuales y terminológicos propios de este desarrollo (Carassale, S: mimeo: 14).

El punto de pasaje más significativo históricamente fue el transito de la teología del siglo XVI a la metafísica del siglo XVII, la llamada "edad heroica del racionalismo". En este tiempo fue cuando se procesó una identificación entre lo estatal y lo político, emergiendo aquí la cuestión de la soberanía estatal. La paz interior se logró consolidar a partir de la culminación de las guerras de religión, de esta manera se desplazó el foco de la política hacia una política exterior (Carassale, S: mimeo:15). Posteriormente en el siglo XVIII bajo la inspiración de una filosofía deísta se abandonó la metafísica a favor de "una vulgarización en gran estilo, iluminación (Aufklärung), apropiación...de los grandes resultados del siglo XVII, humanización y racionalización" (Schmitt, C: 1985: 80). A la vez que se afirmaba el deísmo se consolidaba la idea del Estado Moderno de derecho, sustentándose este en "una teología y una metafísica que destierran del mundo el milagro y no admiten la violación con carácter excepcional de las leyes naturales implícita en el concepto de milagro y producido por intervención directa, como tampoco admiten la intervención directa del soberano en el orden jurídico vigente" (Schmitt, C: 1975: 65).

Por último el paso a la economía en el siglo XIX se dio a través del esteticismo romántico, dándose dicho transito a través del consumo y goce estético hacia el consumo y goce económico, este elemento económico también se halla íntimamente articulado con el elemento técnico, y con la emergencia de la revolución industrial. Aquí la teoría que ejemplificó el papel de centro de la economía fue la construcción marxista de la historia que terminó por convertir a la base material de la sociedad -la economía- en la determinante

de la vida espiritual (Carassale, S: mimeo: 16). Los acelerados cambios tecnológicos, y de manera concomitante, los cambios políticos y sociales que se dan en el siglo XIX, llevan a "que todos los problemas morales, políticos, sociales y económicos sean afectados por la realidad de este desarrollo técnico" (Schmitt, C: 1985: 81). Correlativamente, también emergió una confianza ilimitada en la capacidad de la tecnología para hacer frente a estos problemas, "bajo la enorme sugestión de siempre nuevos y perturbadores descubrimientos y conquistas, surge una religión del progreso técnico, por la cuál todos los problemas se resuelven por sí mismos, ni más ni menos que por el medio técnico" (Schmitt, C: 1985: 81).

La homogeneidad del estado -de acuerdo al último centro de referencia espiritual- corresponderá al pensamiento económico, "un estado semejante deberá ser un estado moderno, en conocimiento de la situación de su propio tiempo y de su propia civilización...(debiendo) asumir la pretensión de conocer exactamente el desarrollo histórico en su conjunto: sobre esto se funda su liderazgo" (Schmitt, C: 1985: 81).

A lo largo de todo este proceso de secularización, vemos como lo político en la época actual, trae detrás de sí una herencia teológica que, desde la propuesta de Schmitt, la modernidad no se ha podido sacudir. Concluimos que el autor nunca abre la posibilidad de una secularización total. Su estudio parece sufrir una relación de añoranza para con lo teológico, pues en todo el proceso que describe hay una constante deslegitimación de la época contemporánea (Carassale, S: mimeo: 20).

Schmitt se haya en el brete de no poder volver atrás en el tiempo, lo que le lleva a hurgar en todo acontecimiento los rastros de la secularización y del olvido, no del Ser, sino de lo político (Carassale, S: mimeo: 21).

Sin embargo, pese a esta añoranza en la que se instala, es de gran relevancia la configuración que hace de lo político, pues hasta hoy tiene vigencia la manera en que,

como en el caso de Bush, la delimitación amigo-enemigo logró generar –durante los primeros años posteriores a los atentados— una unidad nacional y un campo discursivo de lo político que logró convertirse en hegemónico. Máxime cuando el mandatario estadounidense revive el dilema de la secularización en la política. De ahí que la perspectiva de éste autor nos permita analizar con mayor claridad lo sucedido después de la caída de las Torres Gemelas. En el siguiente capítulo se abundará en este respecto.

El político moral y el moralista político

Kant define dos tipos de político el moral y el moralista. El primero es capaz de reconocer que la moral es el conjunto de las leyes según las cuales debemos obrar y la política es la aplicación de la doctrina del derecho, por lo tanto no hay una separación entre política y moral. El segundo entiende por moral una doctrina general de la prudencia, es decir, una teoría de las máximas convenientes para discernir los medios más propios de realizar cada cual sus propósitos interesados (Kant, E: Biblioteca virtual Miguel de Cervantes: 1-2).

El político moral va más allá del cálculo de medios y fines, se sustrae a la incertidumbre y se ampara en el imperativo categórico³, con lo cual cualquier acción suya estará respaldada. El segundo se forja una moral ad hoc, una moral favorable a las conveniencias del hombre de Estado. Ordena su acción con base en objetivos, es un político que conoce muy bien el deber práctico (Kant, E: Biblioteca virtual Miguel de Cervantes: *Ibid*).

³ El imperativo categórico de Kant suscribe lo siguiente (Biblioteca virtual Miguel de Cervantes: 3): "Obra de tal modo que puedas querer que tu máxima deba convertirse en ley universal, sea cualquiera el fin que te propongas".

Para el filósofo alemán, el primer tipo de político tiene una moral sostenida en la libertad, una moral que da origen a una constitución elaborada de manera apriorística sin ligazones empíricas. Los principios de publicidad⁴ y el imperativo categórico la sostienen, con lo cual queda exenta de contingencias. A su vez, contrasta esta posición con aquella de los moralistas políticos que construyen una moral para disculpar los principios de gobierno más contrarios al derecho, los políticos que afirman que la naturaleza humana no es capaz de realizar el bien prescrito por la idea de la razón, son los que, en realidad, perpetúan la injuria a la justicia y hacen imposible toda mejora y progreso. A aquellos políticos — asegura Kant— les parece que toda constitución vigente es perfecta y, si esta es cambiada en las altas esferas de la corte, el nuevo estatuto les parece el mejor del mundo, todo marcha según el orden mecánico pertinente al caso.

Para el propósito de esta tesis, en una primera revisión, podríamos decir que el presidente estadounidense entra en la definición del moralista político, pues preparó leyes de acuerdo con las circunstancias. Esto lo podemos ver cuando quedó implementado el estado de emergencia y se promulgaron leyes como la patriota que violaban derechos constitucionales. Bush actuó de la manera que creyó conveniente y no pensó en mantener vigente aquella ley que estaba por encima de toda contingencia, aquella que respondía a la unidad colectiva de la voluntad general. Con estas medidas, diría el filósofo, los moralistas políticos delatan una defensa de la fuerza y no del derecho.

Ahora bien, para Kant el tipo ideal de un funcionario público es aquel del político moral que es capaz de sustraerse de las circunstancias y del acontecer del momento en aras

⁴ El principio de publicidad consiste en que las acciones referentes al derecho de otros hombres son injustas, si su máxima no admite publicidad. Este principio debe considerarse no sólo como un principio ético, perteneciente a la teoría de la virtud, sino como un principio jurídico relativo al derecho de los hombres. Por lo tanto, la máxima aplicar no puede permanecer en secreto, no puede causar la oposición de todos ni puede encerrar una amenaza al derecho de los demás. Con ello concluimos que la aplicación de la publicidad articula la política, el derecho y la moral (Kant, E: Biblioteca virtual Miguel de Cervantes: 1).

de una paz perpetua, ¿qué pasa si pensamos que la acción que debe guiar a un funcionario público como Bush es la del político moral?, quizá la respuesta sería que el actuar del mandatario estadounidense es el correcto, pues se conduce en pro de la paz a nivel mundial y busca que haya una sola humanidad, una unidad de las voluntades para alcanzar la paz perpetua. Veamos la siguiente idea de Kant “No basta que la voluntad individual de todos los hombres sea favorable a una constitución legal, según principios de libertad; no basta la unidad distributiva de la voluntad de todos. Hace falta, además, para resolver tan difícil problema, la unidad colectiva de la voluntad general; hace falta que todos juntos quieran ese estado, para que se instituya una unidad total de la sociedad civil” (Kant, E: Biblioteca virtual Miguel de Cervantes: 3-4). Kant nos está hablando de una voluntad que es la de toda la humanidad, no es la representación de un solo hombre, sino de una raza. “Para la paz perpetua no basta la voluntad individual de todos los hombres, se necesita la unidad colectiva de la voluntad general. Hace falta que todos quieran ese estado para que se instituya una unidad total de la sociedad civil. Sobre las diferentes voluntades particulares de todos es necesario, además, una causa que las una para constituir la voluntad general, y esa causa unitaria no puede ser ninguna de las voluntades particulares” (Kant, I: Biblioteca virtual Miguel de Cervantes: 3-4).

Bajo estos preceptos, Bush podría entrar bajo la categoría de político moral, ya que en nombre de la libertad y de la paz de todos los pueblos ha declarado guerras e invadido países. También ha dicho que el resto del mundo debe ser compatible con el ideal democrático representado por Estados Unidos y que en todas las naciones deben reinar las libertades económicas y civiles. Además, ha asegurado que su lucha será llevar a todos los países esta forma de vida. Con ello vemos como se quiere instaurar una unidad total de la sociedad civil, una unidad ‘colectiva’ de la voluntad general.

En Kant vemos que las leyes y la constitución no se basan en principios empíricos para su creación, sino que estas son a priori; son principios trascendentales que no están sujetos a voluntades particulares. Entonces, podríamos llegar a pensar que Bush se mueve en aras de estos principios trascendentales y que, al igual que en las cruzadas, en nombre del bien declara la guerra.

Kant también sostiene que las máximas políticas deben fundarse a partir del concepto puro del derecho, de la idea moral del deber, cuyo principio a priori de la razón pura, sean cualesquiera las consecuencias físicas que se deriven (Kant, E: Biblioteca virtual Miguel de Cervantes: 3). Al parecer Bush estaría de acuerdo, pues va a la guerra en nombre de los derechos civiles.

Bajo esta lectura de Kant vale la pena dejar a abierto a la reflexión si es que en verdad Bush quiere instaurar un solo bien y cierto tipo de libertades, o en realidad lo que busca es una justificación ideológica que encubre un cálculo basado en medios y fines.

Con lo anterior, no queremos decir que Kant estaría de acuerdo con la invasión de países ni con la instauración de un solo régimen en aras del Bien, ni tampoco que estaría a favor de un político que sólo aprobara leyes a modo. De hecho, en el apéndice de la *Paz Perpetua* critica severamente estas medidas. El propósito de esto es hacer un ejercicio reflexivo sobre el combate al mal que dice encabezar el presidente Bush, pues hoy en día se dan los dos tipos de crítica a saber: 1) La de aquellos que se oponen a quienes actúan con base en un cálculo de sus objetivos con el respectivo análisis de los medios para alcanzarlos y, 2) La de aquellos que cuestionan “la idea de una identidad espiritual del Hombre y por consiguiente, el fundamentó mismo de una doctrina ‘ética’ en el sentido en que hoy se la entiende: legislación consensual concerniente a los hombres en general, a sus necesidades,

su vida y su muerte. O aún: delimitación evidente y universal de lo que es el mal, de lo que no conviene a la esencia humana” (Badiou, A: 2004: 29-30).

A continuación abundaremos sobre estas reflexiones usando el caso del juicio de Eichmann narrado por Hanna Arendt en su libro *Eichmann en Jerusalem: Un estudio sobre la banalidad del mal*. Acompañaremos el análisis con los conceptos de Kant sobre el uso privado de la moral.

El mal, el uso privado de la razón y Eichmann

Antes que nada debemos introducir por qué hablar de Eichmann⁵. Primero porque durante su juicio dijo que, al ejercer funciones, su actuación estaba guiada bajo el imperativo categórico y, segundo, porque Hannah Arendt reflexiona sobre el mal en este soldado nazi.

Además, tanto el manejo de Eichmann del imperativo categórico como los escritos de Arendt sobre la banalidad del mal en este funcionario del Tercer Reich son de nuestro interés por las siguientes razones: 1) Porque a través de ellos podemos ver cómo cierta lectura del imperativo categórico puede producir gravísimos daños, lo cual nos conduce a pensar de nuevo en el político moral. 2) Porque podemos analizar, bajo los preceptos kantianos, de dónde viene el mal, dónde se origina el concepto de radical y dónde el del banal. Asimismo, porque podemos estudiar si este mal es extrínseco o intrínseco a la voluntad y, si en política, es posible hablar de un mal radical.

⁵ Adolf Eichmann (1906-1962) fue un líder nazi de origen austriaco. Su actuación durante el Holocausto evolucionó de una postura no radical, a una banalmente inmoderada en su gestión al final del régimen nazi. Al ser llevado ante la justicia, luego de haber sido encontrado por el Mossad en Argentina, se defendió haciendo notar que era un mero ejecutor de órdenes superiores. Hannah Arendt da cuenta de esto en un libro sobre el juicio de Eichmann. Éste se ha convertido en un referente fundamental en las reflexiones sobre el mal.

En *La religión dentro de los límites de la mera razón* Kant plantea que “en la medida en que la moral se basa en una concepción del hombre como agente libre, que por medio de la razón se somete a leyes incondicionales justamente porque es libre, no necesita ni la idea de otro ser superior al hombre para que éste comprenda su deber, ni la de otro incentivo más allá de la ley misma para que éste cumpla con su deber”⁶.

Además, sentenció que quien necesita de ello, necesita satisfacer su necesidad desde dentro, pues “cualquier cosa que no se origina en él mismo y en su propia libertad no puede compensar de ninguna manera las deficiencias de su moral” (Bernstein, R: 2004: 42).

De aquí podemos decir entonces que no hay nada que no sea responsabilidad de cada hombre. Que cada cual deberá hacerse cargo de las decisiones que tome. Al dejar la religión fuera de la razón práctica, queda eliminada la posibilidad de atribuir a fuentes externas la causa de algún bien o de algún mal.

Entonces, la moral tiene que surgir de cada uno. En tanto que, en la búsqueda del deber, guiados por el imperativo categórico, también se requiere de un trabajo interno. Para llegar a ello, se tiene que actuar con libertad, pues la voluntad se ejerce sólo bajo esta condición, de otra manera los hombres serían inimputables y no podrían hacerse cargo de sus propias decisiones.

Bajo estas condiciones de libertad podemos optar por máximas buenas o malas, de tal suerte que nosotros mismos seamos totalmente responsables de nuestros actos. Ahora bien, una vez que se ubicó al mal como producto de una decisión, ¿de dónde viene?, para

⁶ Esta cita fue extraída de: Bernstein, Richard. *El mal radical*. Ediciones Lilmod. Buenos Aires, 2004. (pp. 28-29)

Kant su causa original está en el egoísmo puro, donde el único móvil es el amor propio y el beneficio propio⁷.

Al manifestar que el mal se ejerce por una decisión se está señalando que la voluntad y la disposición de cada uno es la que ejerce la conducción hacia el bien o hacia el mal. “Si se ha de decir que el hombre es bueno o malo por naturaleza, la bondad y la maldad no pueden consistir en las predisposiciones ligadas a la posibilidad de la naturaleza humana. El concepto mismo de moralmente bueno y moralmente malo implica, en cambio, el uso concreto que hace el hombre de sus capacidades en sí como moralmente buenas o malas” (Bernstein, R: 2004: 43).

Por lo tanto, podemos decir que es una elección el actuar bajo el influjo del egoísmo. “Kant interpreta el mal como una opción de la libertad. Contra lo que se afirma falsamente con frecuencia el mal no es la naturaleza, entendida como impulso, apetito, etc. El mal brota de la relación tensa entre naturaleza y razón, no es un acontecer natural en el hombre, sino una acción de la libertad” (Safranski, R: 2005: 168).

Para Kant la acción mala es una actuación en la que el amor a sí mismo se convierte en principio supremo; lo cual sucede cuando el otro hombre queda denigrado a la condición de medio para los propios fines. Corroboremos esto con el siguiente ejemplo usado por Kant al hablar sobre el político práctico en el apéndice de la Paz Perpetua: “El malvado tiene la virtud inseparable de su naturaleza, de destruirse a sí mismo y deshacer sus propios

⁷ De hecho, al hablar de mal radical, Kant no se refiere a un mal extremo o a un tipo especial de mal, sino al origen epistemológico de la palabra radical que viene de raíz, es decir de la procedencia del mal, que en el caso de Kant, se presenta por la incapacidad de adoptar máximas buenas. El filósofo distingue tres diferentes grados en esta capacidad de hacer el mal: Fragilidad de la voluntad humana, la propensión a mezclar motivaciones morales con aquellas que no lo son y la propensión adoptar medidas malas (Allison: 2001; Bernstein: 2004).

propósitos –sobre todo en su relación con otros malvados— y, aunque lentamente, abre paso al principio moral del bien” (Kant, E: Biblioteca virtual Miguel de Cervantes: 4)

El dilema radica en la *propensión* hacia el mal. Kant, de acuerdo con Bernestein, nos manifiesta que hay una propensión al mal, lo que significa que hay “la posibilidad de una inclinación (apetencia habitual) en la medida en que la humanidad en general está obligada a ella” (Bernestein, R: 2004; Allison, H: 2001). Además, la propensión a diferencia de la predisposición puede ser diferenciada porque la primera no solo es innata, sino que también puede ser adquirida.

Es decir, el hombre que es malo, es así porque siendo conciente de la ley moral opta por desviarse de la misma. No siempre hacemos lo que deberíamos, por lo que no siempre obedecemos la ley moral (Bernestein, R: 2004: 57).

Ahora veamos cuáles son las diferencias entre el concepto del mal radical acuñado por Kant y las nuevas interpretaciones que hizo de éste Hannah Arendt. La autora, en su libro *Los Orígenes del Totalitarismo*, usó el término para ejemplificar un caso concreto de algo que concebía como sin precedentes, lo cual consistía en la sistemática deshumanización de los hombres. Este tipo concreto de mal político, fue nombrado por Arendt como mal radical para distinguirlo de cualquier otra forma de dominación en un régimen político (Lara, M: 2001; Allison, H: 2001; Bernstein, R: 2004).

Arendt se apropió de la noción kantiana no sólo para usarla de manera distinta, sino para tratar de manejarla como una herramienta hermenéutica para describir una concepción política del totalitarismo (Lara, M: 2001; Allison, H: 2001). Con ello, quería dar cuenta de lo excepcional e indescriptible que había en los campos de concentración y del terror que se infligía en ellos. “Quería dar cuenta de como las tecnologías del terror parecían constituir

una deshumanización que erradicaba toda capacidad humana a reaccionar, suprimiendo la espontaneidad, que es uno de los más preciados rasgos humanos" (Lara, M: 2001: 7).

Para Arendt el mal radical quería decir: "El espectro del peligro de las fábricas de cadáveres y los huecos de olvido, con poblaciones e indigencia incrementándose por todas partes, [donde] la masa de gente era convertida en algo superficial (superfluous)" (Lara, M: 2001: 7). Arendt sostenía que el uso del terror era un arma para comprobar que no había límites al poder humano y que no había nada permanente en la dignidad humana.

Posteriormente en su libro *Eichmann en Jerusalem: Un estudio sobre la banalidad del mal* hay una evolución de su posición sobre el mal radical hacia la banalidad del mal⁸. Al describir a Eichmann se observa una transición en la que el mal radical cambia de sus estrategias de deshumanización y su técnica permanente de instaurar el terror a través del sufrimiento constante, a la incapacidad de los agentes de tener una reflexión moral (Lara, M: 2001; Allison, H: 2001; Bernstein, R: 2004).

En un inicio (en *Los Orígenes del Totalitarismo*) al hablar de las acciones del mal, Arendt implícitamente se refería a responsabilidad y agencia, mientras que cuando escribía sobre Eichmann pensaba en el mal como la manera de hacer un trabajo, como un asunto de disciplina que incluía la justificación que este soldado hacía sobre sus propias acciones.

La banalidad del mal no solo era un término reflexivo para llamar la atención sobre la interpretación que hacía Arendt sobre el mal como "poca profundidad o ligereza de juicio" (1994: 24), sino una descripción empírica de las acciones concretas de un ser humano (Lara, M: 2001; Allison, H: 2001).

⁸ La transición entre una y otra concepción no fue simple ni estuvo alejada de diversos análisis ni de la crítica. Mucho se ha escrito sobre ello, especialmente en lo que respecta al hecho de engrandecer el mal en la figura de los regímenes totalitarios, pues se estaría enaltecendo su monstruosidad, lo cual en realidad debería ser reducido a lo que Karl Jaspers llamó una prosaica trivialidad. Acerca de este aspecto se puede consultar la correspondencia de Arendt con éste último.

De acuerdo con Arendt, lo que era más impresionante acerca del enjuiciado era su personalidad tan escalofriantemente ordinaria. Eichmann era un ser humano poco sobresaliente que justificaba su acción como un acatamiento del imperativo categórico (1994: 30). El soldado del Reich sostenía que sus móviles eran el actuar tal y como lo hubiera hecho en ese momento el legislador, o bien decidir bajo los preceptos de la ley de ese momento. "Esta perversa interpretación del deber, se vio reflejada en la defensa de Eichmann, pues sostenía que estaba haciendo lo moralmente requerido en ese momento y no simplemente que lo tenía que hacer para sobrevivir o para evadir consecuencias poco agradables. Aún más, estaba justificando su propia voluntad con el principio detrás de la ley que regía en aquel momento, en la cual su distorsionada visión del imperativo categórico era lo que la moral requería" (Allison, H: 2001: 88).

Efectivamente, Kant establece que en el ámbito público y en el ejercicio del poder, el uso privado de la moral debe constreñirse para que no se ponga en duda al Estado, ya que el cuestionamiento de las leyes provocaría una rebelión o la disolución del sistema. Para el caso de Eichmann esto era lo que debía aplicarse. Sin embargo, Kant sostiene que el acatar la ley no quiere decir que queda prohibida la discusión o el disenso, por el contrario, la crítica responsable genera el perfeccionamiento de la legislación, pero ésta no se ejerce cuando el individuo está cumpliendo con su trabajo, sino en los lugares especializados para la discusión y el debate (1985: 31).

De ahí que podemos decir que en Eichmann había una total incapacidad de ver las cosas desde el punto de vista del otro (1994). Esta imposibilidad es lo que en términos kantianos se refiere a la capacidad de reconocer el estatus del otro como un fin en sí mismo (Allison, H: 2001: 89). Para Arendt la inconsciencia de Eichmann respondía a un caso

extremo de la incapacidad de juicio, una falla que para la autora era endémica a toda la era nazi (Arendt, H: 1994; Allison, H: 2001).

En el fuero interno, en el ámbito de la moral privada, Eichmann no reflexionó sobre sus actos. Para algunos autores esto se debe a que dentro del propio contexto social, donde se da una competencia por alcanzar la felicidad propia y donde los hombres se comparan unos con otros, hay el interés —por puro egoísmo—, de alcanzar el estatus de los demás o de rebasarlo, ante ello, se abre paso a un olvido del otro, lo cual permite que se cometan los crímenes más terribles (Arendt, H: 1994; Allison, H: 2001). En pocas palabras Eichmann estaba corrompido por su propio medio y esto le impidió actuar reflexivamente, lo cual —desde luego no era una excusa.

La acción de Eichmann nos conduce a pensar de nueva cuenta en el político moral que tiene como móvil respetar la ley y acatar órdenes sin cuestionarlas, pues cree que responden a un interés superior o tienen como fin un bien superior. El mismo Eichmann inició su carrera como un soldado que no se caracterizaba por su antisemitismo y, sin embargo, lo cierto es que al final de la guerra defendió con excesivo celo la ley que lo regía: "solución del problema judío". En los últimos años del conflicto, Himmler — como uno de los líderes de la SS— decidió detener los asesinatos masivos de judíos, mientras que Eichmann continuó dando las órdenes pertinentes para que se siguieran produciendo.

A partir de lo anterior, vemos que este soldado nazi, no solo obedecía órdenes, sino que buscaba ejercer la ley aún a costa de sus superiores. Entonces, nos quedan dos preguntas en el tintero: ¿dónde está el mal que conduce a un hombre a actuar de esta manera? y ¿en dónde radica la distorsión de la aplicación del principio kantiano? En el siguiente apartado veremos, desde el punto de vista del filósofo alemán, donde se origina este mal. Sin embargó, aún queda por responder la segunda pregunta ¿por qué cierta lectura

del imperativo categórico ha servido como justificación de acciones que conducen incluso a la guerra?, lo cual va claramente en sentido opuesto al fin último que proponía Kant: la paz perpetua.

Retomemos la respuesta que da Alain Badiou: Hoy en día, “lo que esencialmente se retiene de Kant (o de una imagen de Kant, o mejor aún, de los teóricos del derecho natural) es que existen exigencias, formalmente representables, que no han de ser subordinadas a consideraciones empíricas o a exámenes de la situación; que estos imperativos se refieren a los casos de ofensa, de crimen, de mal; se añade a eso que un derecho nacional e internacional debe sancionarlos; que, por consiguiente, los gobiernos están obligados a hacer figurar en su legislación estos imperativos y a darles toda la realidad que ellos exigen; que, de no ser así, está fundado a obligarlos a ello (derecho de injerencia humanitaria, o derecho de injerencia del derecho) (Badiou, A: 2004: 31).

“La ética se concibe aquí a la vez como capacidad a priori para distinguir el mal (ya que en el uso moderno de la ética, el mal –o lo negativo— está primero: se supone un consenso sobre lo que es bárbaro) y como principio último del juicio político: es lo que interviene muy visiblemente contra un mal identificable a priori. El derecho mismo es ante todo el derecho contra el mal. Si se exige el ‘Estado de derecho’, es porque éste se basta a sí mismo para autorizar un espacio de identificación del mal (la ‘libertad de opinión’, en la visión ética, es en primer lugar libertad de designar el mal) y provee los medios para arbitrar cuando el asunto no está claro (sistema de precauciones judiciales)” (Badiou, A: 2004: 32).

Esta respuesta nos invita a pensar en la posibilidad de que exista un consenso sobre lo que es el mal y que, debido a ello, el discurso de Bush sobre vencer al mal con el bien, encontró –en un inicio— buena recepción por parte de sus ciudadanos y otros líderes

mundiales, pues es más fácil justificar una guerra en nombre de un bien que todos pueden identificar.

Aquí también podemos retomar la relevancia del acercamiento cultural que plantea Jeffrey Alexander, quien propone que, a través de una lectura hermenéutica cuidadosa, pensemos en los objetivos del juicio moral como parte una educación moral para así ver cómo hemos creado diferentes significados históricos sobre quienes hacen el mal. De esta manera entenderemos que la gente construye sus propias ideas de identidad, de aquello que tiene valor, así como de lo que no lo tiene. “Debemos estar concientes de cómo construimos nuestras identidades, así como de la necesidad de defender concepciones normativas y lectura críticas que nos permitan cierta reflexividad y conocimiento. [Pues] el bien y el mal deben ser vistos como productos de nuestro entendimiento cultural” (2001: 154-155).

Capítulo dos

En un primer momento analizaremos el contexto que permitió la emergencia del discurso de Bush sobre terrorismo. El siguiente apartado estará dividida en dos secciones: Primero, el estudio del periodo que inició con el 11 de septiembre, con el fin de conocer cómo se nombró el acontecimiento y, segundo, el estudio del diagnóstico que se hizo de la situación. Dentro de este espacio veremos las condiciones de posibilidad que permitieron que el discurso sobre terrorismo se articulara y posicionara a nivel internacional. Así como el uso de las metáforas, los significantes nodales⁹, las definiciones de amigo-enemigo y el lugar de enunciación.

Parte I

El contexto como condición de posibilidad del discurso de terrorismo

Para iniciar un análisis del discurso de terrorismo partiremos de lo sucedido con los aviones del 11 de septiembre de 2001 en las Torres Gemelas de Nueva York, en el Pentágono y en Pennsylvania, los cuales marcaron un antes y después en la conducción de la política estadounidense y, en muchos casos, de la política exterior a nivel mundial. Nos

⁹ El discurso se constituye como un intento por dominar el campo de la discursividad, por detener el flujo de las diferencias, por constituir un centro. Los significantes nodales o puntos nodales son los puntos discursivos privilegiados de esta fijación parcial (Lacan ha insistido en las fijaciones parciales a través de su concepto de points de capito, es decir de ciertos significantes privilegiados que fijan el sentido de la cadena signifiante.) En un discurso la práctica de la articulación consiste, por tanto, en la construcción de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido. Para abundar sobre este tema consultar Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (2004) Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia. (Buenos Aires, FCE).

referiremos a estos sucesos como un acontecimiento que rompió con el estado de situación (Badiou: 2003). Entendiendo por éste último, el marco de familiaridad y preconocimiento; la manera en que se ha aprehendido lo múltiple y se ha reducido la contingencia. También podría interpretarse como el grueso de las construcciones discursivas de los saberes modernos (Foucault: 1973: 27). Entonces, diremos que el acontecimiento rompió con el estado de situación, de manera tal, que en un inicio no hay conceptos ni palabras para explicarlo. El acontecimiento es un momento que no emerge del estado de las cosas, si no que siempre implica una ruptura. Entonces, ninguna generalidad disponible puede dar cuenta de él hasta que se logra incorporar al estado de situación.

Zizek nos dice que el acontecimiento es cuando de un modo impredecible, fuera del alcance del saber sobre el ser, se produce un evento que pertenece a la dimensión del no-ser. Con esto nos dice que el acontecimiento implica el reconocimiento de la presencia espectral del infinito como contingencia inanticipable y como oposición a todo cierre del saber (2001: 140).

También usamos como referencia la explicación que dio Jacques Derrida a lo sucedido el 11 de septiembre. Para el filósofo francés, el día de los atentados fue un acontecimiento que se marcó como imborrable en el archivo común de un calendario universal. Su singularidad lo hizo innombrable y el lenguaje se limitó a pronunciar mecánicamente una fecha. (Bórradori, G: 2004).

Asimismo, coincidimos con la conceptualización de Paul Ricoeur, quien reconoce muchos de los elementos del concepto de acontecimiento que Badiou nos proporciona, añadiendo que hay eventos que en el calendario marcan una época, un comienzo. Aunque debemos tomar en cuenta que este considera que todo discurso es acontecimiento, ya que “cada texto u obra literaria nos abre un mundo del ser ahí” (Ricoeur, P: 2004).

Por los conceptos anteriores podemos decir claramente que el 11 de septiembre fue un acontecimiento. En primer término, diremos que redefinió alianzas internacionales entre diferentes países del mundo. En segundo señalaremos que generó el posicionamiento del discurso sobre la seguridad internacional y el terrorismo, lo cual trajo amplias consecuencias. Entre ellas, el uso político de conceptos teológicos y las referencias constantes a una clase de moral, lo cual sirvió de base para la definición y posicionamiento de un nuevo enemigo, la división del mundo entre los amantes de la libertad y los tiranos, entre el bien y el mal. En tercero, el fortalecimiento del imaginario estadounidense de que estaban bajo ataque y la solidaridad que trajo esto, lo cual se podía ver ampliamente reflejado en el manejo de las editoriales y noticias en los medios de comunicación. Sin los ataques a las Torres Gemelas esto hubiera sido impensable. Podemos pensar en ejemplos concretos, tal es el caso de lo sucedido, el primero de mayo de 2001, cuatro meses antes de los ataques a las Torres Gemelas, cuando el presidente George Bush propuso un escudo de defensa antimisiles. El asunto causó mucha controversia y el ala demócrata lo calificó como un gasto innecesario en materia de defensa. El gobierno estadounidense también intentó convencer a la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) de que debía crearse el escudo antimisiles, pero los intentos de Colin Powell fueron fallidos. El argumento fundamental para oponerse fue la preocupación de los países miembros de que una medida de tal naturaleza generaría una "nueva competencia armamentista". Después del 11 de septiembre las circunstancias cambiaron diametralmente, ya que tanto los congresistas republicanos como los demócratas dieron amplios poderes y autorizaron bastos recursos a Bush en materia de defensa. Además, está el hecho de que países europeos que, en un inicio estuvieron en contra del escudo antimisiles, cambiaron de parecer. Tal fue el caso de Italia, Inglaterra y España.

También podemos ver que después de los ataques la propia Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) invocó el artículo quinto, el cual suscribe que un ataque contra un país que pertenezca al organismo es un ataque a todas las naciones miembros. Con lo cual había toda una redefinición de relaciones y fuerzas a nivel mundial.

Luego del 11 de septiembre, el presidente George Walker Bush que, al iniciar su gobierno, había sido criticado por no contar con una agenda que le diera rumbo al país, inició una cruzada contra el terrorismo que incluía bases y lineamientos para la política interior y la exterior. Lo cual, le sirvió como una poderosa herramienta para legitimarse luego de la tan cuestionada e impugnada elección por la que había pasado unos meses antes¹⁰.

A pesar de las críticas por su falta de visión política, al inicio de su mandato, Bush ya dejaba ver una estrategia planeada para Irak, así como para el entonces presidente Saddam Hussein, para Al-Qaeda e incluso para Osama bin Laden. El 16 de febrero de 2001, en su primer viaje al extranjero --realizado en México-- Bush ordenó un ataque aéreo a Irak. Aunado a esto, durante su primera conferencia de prensa llevada a cabo el 27 de febrero, hizo fuertes advertencias a Irak. Su gabinete dijo que se trataba de "un reforzamiento rutinario de territorio neutral". Meses más tarde, el 6 de agosto de 2001, el mandatario estadounidense en un breve comunicado advirtió que bin Laden estaba determinado a atacar Estados Unidos.

¹⁰ El 7 de noviembre de 2000 fueron las elecciones presidenciales en Estados Unidos. Después de ese día el país estuvo inmerso en un conflicto poselectoral que duró hasta enero del siguiente año cuando George Bush fue nombrado presidente. El mandatario fue acusado de fraude, no sólo por su contrincante demócrata Al Gore, sino por organizaciones ciudadanas y políticas. Para la resolución del caso tuvo que intervenir la Suprema Corte de Justicia, la cual – dentro de otras medidas— ordenó que se contara a mano cada voto.

El día de los ataques, el presidente Bush se encontraba en Sarasota, Florida en la escuela primaria Emma Broker. Al enterarse, voló a Louisiana e hizo una pequeña declaración: "He tomado todas las precauciones necesarias en materia de seguridad para proteger a los ciudadanos americanos"¹¹. Posteriormente, el presidente fue ubicado en el avión Air Force One por propósitos de seguridad, pero regresó a Washington en la noche, desde donde hizo un llamado a la nación en el que dijo que "Estados Unidos no diferenciará entre los terroristas y aquellos que los financian"¹². Al día siguiente leyó un comunicado delante de reporteros y se refirió a los hechos como "actos de guerra"¹³. También afirmó que "la batalla tomará tiempo"¹⁴. En los días subsiguientes Bush siguió advirtiendo a la población de que estaban en estado de guerra, pero ahora le hizo un añadido a la frase y le agregó "contra el terrorismo". Su posición se volvió más enérgica, pues mencionó que no actuarían a la defensiva, sino a la ofensiva.

El 13 de septiembre de 2001 el presidente recibió una ampliación de poderes de parte del Congreso. Un mes más tarde, se dirigió a la nación para anunciar su operación "libertad duradera"¹⁵ y para iniciar los ataques aéreos en contra de los talibanes en Afganistán. También en octubre aprobó la Ley Patriota que preveía la detención de sospechosos de terrorismo sin necesidad de que los defendiera un abogado ni con respeto a sus derechos individuales. En la misma iniciativa quedaba permitido intervenir llamadas telefónicas y correos electrónicos.

¹¹ "Have taken all appropriate security precautions to protect the American people"

¹² "The US will not differentiate between terrorists and those who sponsor them"

¹³ "Acts of war"

¹⁴ "The battle will take time"

¹⁵ "Operation Enduring Freedom".

En noviembre fue a la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y dijo que el tiempo de compasión había terminado y que el tiempo de acción había llegado¹⁶.

Al terminar los bombardeos en Afganistán, Bush aseguró que ésta había sido la primera parada en la guerra contra el terrorismo, pero no mencionó cuál sería el paso siguiente. En su primer informe a la nación mencionó por primera vez que Irak, Irán y Corea del Norte constituían el “Eje del mal”.

En enero de 2002, en un memorando dirigido al presidente, el consejero de la Casa Blanca, Alberto González escribió que el "nuevo paradigma" de la guerra contra el terror, volvía obsoleto el contenido del acuerdo de la Convención de Ginebra.

Para el mes de mayo, el periodista de la CBS, David Martin anunció que en agosto de 2001, el presidente Bush fue advertido de posibles ataques de Al-Qaeda en contra de Estados Unidos. En el noticiario se dio a conocer que habían sido ocho diferentes comunicados al presidente entre mayo y agosto de 2001. La entonces consejera en Seguridad Nacional, Condoleezza Rice defendió la actuación de la Casa Blanca argumentando que los informes eran demasiado generales como para tomar medidas.

Por último cabe detenernos sobre lo mencionado al inicio de este apartado para decir que una vez que se presentó el acontecimiento fue puesto en un marco de significaciones. Es decir, que luego de los atentados se fue buscando la manera de incorporarlo al estado de situación. El contexto que rodeó al acontecimiento se fue integrando a las formaciones discursivas que surgieron alrededor de él. Como lo señalaría Foucault: “En toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función

¹⁶ "Time for sympathy is over and the time for action has now arrived".

conjurar los poderes y peligros, *para* dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad” (1973: 27)¹⁷.

Parte II

A continuación analizaremos el discurso del presidente George Bush para conocer cómo fue que se evaluó y nombró al acontecimiento, de qué manera cambió el discurso político de tal suerte que el gobierno estadounidense empezó a hablar de un orden moral, de la nueva división del mundo entre quienes aman la libertad y quienes estaban en contra de ella. También se definió un nuevo enemigo, uno abstracto, desconocido, omnipresente que se convirtió en una amenaza latente. Dentro de este apartado, además de analizar los elementos arriba mencionados, veremos el uso de las metáforas, la constitución de los significantes nodales¹⁸ y la relevancia que tiene el lugar de enunciación.

Orden moral o teológico

Bush construyó un campo político moral dentro del que contienden el bien contra el mal, donde un poder superior está por encima del juego político y, por lo tanto, de cualquier precepto legal emanado del consenso legislativo, lo cual nos conduce a pensar si – en esta situación— se está hablando de un vínculo entre la moral y la política, o bien se está trascendiendo el campo de lo político para jugar en un terreno teológico donde no es posible debatir ni negociar. En el discurso de Bush, ¿entramos entonces a un terreno teológico?

¹⁷ Lo que está en cursivas es mío.

Sabemos que la separación entre moral y política no es plena ni mucho menos absoluta. Lo mismo podemos decir respecto a la manera en que el gobierno estadounidense ha manejado el acontecimiento del 11 de septiembre, ya que el discurso no ha sido totalmente cargado hacia lo moral ni del todo religioso. A lo largo de este capítulo veremos que los matices respecto a la religiosidad cambian e incluso llegan a desaparecer según el contexto en el que se esté hablando. Como base para este análisis emplearemos principalmente los discursos del presidente George Bush, porque si bien tenemos que admitir que un discurso no es atribuible a individuos particulares en la historia, también es cierto que aquellos que ocupan cargos de poder institucional funcionan como figuras clave en la inauguración, emergencia y desarrollo de formas particulares de verdad y conocimiento (Foucault: 1973). En la última parte usaremos las reacciones que se dieron en los medios para abundar en el estudio. Con ello comprobaremos cómo es que el mandatario estadounidense y su gobierno en conjunto lograron posicionar y legitimar la guerra con términos teológicos.

En el ensayo *El mal que los hombres hacen*, Alessandro Ferrara tiene bien afirmar que la distinción entre un mal ordinario y el mal radical es de gran importancia porque en el mundo del siglo XXI, la línea que separa la legítima e ilegítima interferencia en los asuntos internos de un estado soberano podría descansar en ello (2001: 183). Esto viene a colación porque en el orden moral de Bush se habla de diferentes tipos de males, unos abstractos, de naturaleza innombrable, y otros personalizados como asesinos, tiranos. Pero, ¿cómo es que el presidente de Estados Unidos distingue uno de otro?, ¿cómo es que, en su calidad de funcionario público, habla de un mal que alcanza niveles teológicos? y ¿cómo es que se decide a combatirlo?

El presidente Bush usa como un gran paraguas su concepto de orden moral y dentro de éste encuentran cobijo sus interpretaciones sobre diferentes tipos de males, así como de aquello que es bueno. Veamos fragmentos del discurso para luego poder analizarlos.

El 11 de septiembre, antes de cerrar su discurso, George Bush pronunció el salmo 23: "Aunque camine por el valle de las sombras de la muerte, no temo ningún mal, porque tu estás conmigo". Antes de referirse a esta oración mencionó que habían sido atacados por el mal, con lo cual el salmo servía como protección. Bush y los ciudadanos estadounidenses tenían de su lado la oración y a dios.

Cuarenta y ocho horas después de los ataques, Bush nombró un día oficial de la oración y en la Catedral del San Patricio dijo: "Sin embargo nuestras heridas, como pueblo, son nuevas y todavía no sanan, y nos conducen a la oración [...] Las señales de dios no son siempre las que buscamos. De estas tragedias aprendemos que Sus propósitos no son siempre los nuestros. Pero las oraciones en el sufrimiento privado, ya sea dentro de nuestras casas o en esta gran catedral, son escuchadas y entendidas"¹⁹.

Dentro de su discurso sobre la oración podemos dibujar su idea de un orden moral: "El mundo que él ha creado tiene un diseño moral. El dolor, la tragedia y el odio son sólo por un tiempo. La bondad, la conmemoración y el amor no tienen fin. El Señor de la vida sostiene a todos aquellos que mueren y a todos los afligidos"²⁰.

Más adelante Bush mencionó que en la adversidad "Él nos cuestionaba a nosotros mismos" y que "en este juicio", se nos ha recordado y, el mundo ha visto, que los

¹⁹ "Yet our wounds as a people are recent and unhealed, and lead us to pray. In many of our prayers this week, there is a searching, and an honesty. At St Patrick's Cathedral in New York on Tuesday, a woman said, 'I prayed to God to give us a sign that He is still here.' Others have prayed for the same, searching hospital to hospital, carrying pictures of those still missing. God's signs are not always the ones we look for. We learn in tragedy that his purposes are not always our own. Yet the prayers of private suffering, whether in our homes or in this great cathedral, are known and heard, and understood."

²⁰ "This world he created is of a moral design. Grief and tragedy and hatred are only for time. Goodness, remembrance, and love have no end. And the Lord of life holds all who die, and all who mourn".

conciudadanos americanos son generosos, bondadosos y valientes. Además, agregó que el carácter nacional de los estadounidenses se ha visto reflejado en “elocuentes actos de sacrificio” y después citó, de nueva cuenta, actos heroicos de algunas personas en el día de los ataques a las Torres Gemelas. Más tarde insistió en la unidad nacional y aseguró que esta unidad en contra del terror se estaba extendiendo en todo el mundo.

En el orden moral del mundo planteado por Bush, dios tiene en sus manos el destino último de los hombres. Por lo tanto, ante la tragedia no hay más que aceptar sus designios. En esta estructura religiosa hay dos bandos, el del bien y el del mal. En el primero, están los estadounidenses y dentro de este grupo: los afligidos, los que se unen en el dolor para solidarizarse, los que se comportaron como héroes. De hecho, el 11 de septiembre fue un “juicio” que los puso a prueba y el mundo vio —como el mismo mandatario lo mencionó— la manera en que los ciudadanos que Bush representa y dirige se comportaban.

En el segundo, está —tal y como lo pronunció el presidente el 11 de septiembre— lo peor de la naturaleza humana. Un enemigo diferente al que jamás se hayan enfrentado, uno que se esconde en las sombras, uno que ataca a los inocentes y después corre a buscar cobijo. Unos avionazos contra unos edificios son nombrados como el terror encarnado: “De pronto miles de vidas fueron acabadas por el mal, por despreciables actos de terror”. “Hoy, nuestra nación vio el mal”²¹.

Los hechos que también son descritos como asesinatos masivos tenían el objetivo, de acuerdo con las palabras del presidente, de atemorizar a Estados Unidos y “sumergirlo en el caos y el replegamiento”. Pero el mal que los atacó, aseguró, sería confrontado con lo mejor de América: El cariño de los rescatistas, el cuidado de los extraños y los vecinos que han ido a donar sangre y a ayudar como han podido.

²¹ “Thousands of lives were suddenly ended by evil, despicable acts of terror”.

Antes de concluir su discurso advirtió que iría tras los autores materiales de los hechos y tras los financiadores también²².

Para reafirmar este orden moral al que el presidente aludía, recalcaba frases tales como: “esta será una batalla monumental del bien contra el mal, pero el bien prevalecerá”. Del lado del bien están los actos de sacrificio, la gran nación solidaria, el compromiso que tienen los estadounidenses entre ellos mientras que del lado del mal los actos de cobardía, los actos oscuros que no muestran la cara, aquellos que son difíciles de identificar porque se muestran escurridizos.

Dentro del orden moral que rige a los hombres se presentan diferentes pruebas que son semejantes a “juicios” que cuestionan el temple de los hombres que habitan bajo estas reglas. Ante la situación límite, los estadounidenses se sacrificaron arriesgando la vida por los demás, por lo que reafirmaron su posición junto al bien. Los habían hecho pasar por una gran prueba. El mal, oscuro, incierto probaba de qué eran capaces y cómo resolverían la situación.

Las palabras de Bush son semejantes a las atribuibles al proceso de vida de un santo o mártir. Primero viene la prueba, luego el dolor, la capacidad de resistencia, el sacrificio. Si se acepta, si hay resignación para no cuestionar el destino tan penoso, entonces viene la salvación eterna, dios dará la recompensa y no habrá más tristeza.

Bush lo manifestó así: “Ante esos designios desconocidos de dios, como lo fue el 11 de septiembre, a veces no entendemos porque el Señor decide ponernos a prueba”. Tal y como en el caso de un beato o santo, los feligreses tienen que reaccionar y dios dirá si se aceptó con resignación y heroísmo la prueba, si el sacrificio pagado con dolor enaltecía al cristiano para después salvarlo y ofrecerle la vida eterna.

²² “We will make no distinction between the terrorist who committed these acts and those who harbor them”.

Pero también Bush habla como un pastor capaz de reconocer los momentos de prueba a los que “somete dios”. Él puede distinguir entre buenos y malos. El presidente estando dentro del bien será quien le hable al mundo de cómo entender la tragedia, de cómo enfrentarla. Bush va definiendo cómo deben entenderse los acontecimientos y sobretodo cómo enfrentarse. Habla de un mal que él es capaz de reconocer, a pesar de su oscuridad y enmascaramiento.

En los momentos en que Bush se dirigía a los cuerpos de seguridad nacional, o bien cuando su entonces vocero, Arieh Fleischer, hablaba con la prensa, aterrizaban los hechos al terreno político. Hablaban de una guerra, de buscar alianzas internacionales y de llevar a la justicia a los responsables. En estos momentos se dejaba de lado el discurso con tintes religiosos para ubicarlo en el ámbito legal. Fleischer, al ser cuestionado sobre una posible declaración de guerra, respondió que primero habría de consultarle al Congreso y que se actuaría en conjunto con el poder legislativo. Además, ya no hablaba de un mal en abstracto sino de un responsable que se buscaría por todo el mundo y se combatiría sin tregua.

Como hemos visto, en el discurso del orden moral se fija una equivalencia entre el bien = dios = el sacrificio = la aceptación = la salvación. En el opuesto está la equivalencia mal = inhumano = oscuridad = terror = temible = desconocido. En el siguiente apartado veremos como la democracia y la libertad se incorporan al primer grupo y las tiranías y dictaduras al segundo.

Nos enfrentamos pues a un discurso que se enuncia como moral, pero en realidad está regido por elementos teológicos que, en un inicio nos conducirían a pensar que van más allá de la política porque no es posible declarar la guerra a un mal que no se ve, que no se sabe bien a bien en dónde se encuentra, en donde tampoco se puede negociar con un ente inhumano, que no tiene nación, que no se muestra. Dentro de este orden moral, en el que se

habla de la fe, entre más abstracto es el enemigo de Estados Unidos, más abstracto y apegado a elementos religiosos.

En los discursos y en el análisis arriba expuesto, vemos que hay diferente tipos de males, además de que se hacen claras distinciones al manejarlos. Todo parece indicar que entre más cercano a nosotros sea el daño causado, más terrorífico nos parece. Lo cual no quiere decir que grandes masacres como las que se cometieron en la Edad Media, por ejemplo, no puedan ser llamadas actos del mal, pero vemos con mucho mayor horror lo sucedido en el Nazismo o en Yugoslavia, que aquellos acontecimientos que nos son tan lejanos. “Estas sensaciones morales sugieren que quizás nuestra perspectiva debería de cambiar. El criterio sobre la radicalidad del mal radical quizá debería de ser interna a nosotros mismos, a nuestra comunidad moral, en lugar de externa y objetiva. Entonces, es quizás mejor concebir el mal como un horizonte que se mueve con nosotros, en lugar de algo que se levanta en contra de nosotros” (Ferrara, A: 2001: 184). Gracias a esto podemos pensar en el propio discurso de Bush a la hora de describir lo sucedido el 11 de septiembre. La cercanía que había con los hechos era tal, que el horror crecía proporcionalmente.

Ahora bien, volviendo a las distinciones entre un mal que se puede atribuir a los hombres y un mal más allá de ellos, retomaremos el uso durkhemiano que hace Ferrara sobre lo sagrado para tratar de explicar cuando se usa uno y cuando el otro.

Ferrara señala que Durkheim siempre hacía notar lo complejo que era explicar lo sagrado bajo una dimensión objetiva, pues si bien todos los seres humanos cuentan con un sentido de lo sagrado, ¿por qué entonces no se le puede identificar con un principio general? Por ejemplo, no se le puede asociar con lo sobrenatural porque hay culturas que no marcan una distinción entre lo que es natural y lo que está más allá. Tampoco se le puede asociar con la idea de divinidad porque hay religiones que no presuponen una figura divina.

En fin, para Ferrara el concepto innovador que introduce Durkheim es concebir lo sagrado de manera relacional o por oposición: Lo sagrado es aquello que se opone a lo profano. Lo sagrado es, por un lado, algo que no podemos concebir verlo mezclado con lo profano, pero por el otro, algo que de alguna manera expresa aspectos cruciales de nosotros mismos” (Ferrara, A: 2001: 184). Además de lo anterior, para calificar algo como sagrado, se necesita que tenga cierto grado de grandiosidad de la cosa sagrada. Es decir, su capacidad de traer hacia el grupo una dimensión que, al mismo tiempo que es única, está ubicada en el centro de la identidad del grupo.

Desde la perspectiva de Durkheim, la noción de lo sagrado está representada por aquello que no es negociable normativamente en una identidad colectiva. Esto es, el locus simbólico de compromisos que no pueden ser desatendidos sin que los miembros de la colectividad perciban que su identidad es traicionada, que su integridad como colectivo se ha puesto en cuestión y que su comunidad está en el proceso de convertirse en otra. Para Durkheim la sociedad que nosotros suponemos, en nuestra experiencia de lo sagrado, es nuestra sociedad idealizada. “Es nuestra sociedad como pudiera llegar a ser si todos sus potenciales positivos se desarrollaran” (Ferrara, A: 2001: 185).

De ahí que Ferrara citando a Durkheim sostiene que “una sociedad no puede crearse ni recrearse a sí misma sin al mismo tiempo crear un ideal”. Ahora bien, ¿qué tiene que ver esto con el mal y el mal radical? El vínculo es el siguiente: así como la producción de lo sagrado no puede ser erradicada de la vida social – la secularización, en otras palabras, afecta la sedimentación religiosa de experiencias colectivas de lo sagrado y el rol de la religión en la vida en sociedad, pero no la producción de lo sagrado— el mal radical se entiende como el polo opuesto de lo sagrado (Ferrara, A: 2001: *Ibid*).

Si lo sagrado es una proyección de nosotros, de lo mejor posible que podríamos llegar a ser y lo profano es aquella representación de nosotros de cómo realmente somos, incluyendo las manifestaciones del mal ordinario que experimentamos, entonces el mal radical puede conceptualizarse como la proyección de nosotros en lo peor. “Lo peor que podemos demostrar que somos mientras todavía podemos mantener aquellas características que nos hacen –a nosotros como comunidad, sociedad, humanidad— eso que somos” (Ferrara, A: 2001: 186).

Bajo estos presupuestos podemos entender como no nos podemos sobreponer definitivamente al mal ni al mal radical. Aunque si podemos hacerlo de sus manifestaciones concretas. “La idea de una buena sociedad en la que el mal ha sido erradicado es, desde un punto de vista postmetafísico, tan sin sentido como la idea de un mundo moralmente pacífico en donde no existen los conflictos de valores” (Ferrara, A: 2001: *Ibid*).

Si como habíamos dicho anteriormente, el mal a secas es aquel que identificamos como el que se comete en nuestra vida ordinaria y el mal radical aquel que nosotros pensamos que jamás debió haber ocurrido, también podemos decir que el horror provocado por el mal radical viene, entre otras cosas, de darnos cuenta en sumo grado a donde pueden conducirnos nuestras representaciones y juicios morales cuando perdemos contacto con la realidad.

El horror que experimentamos cuando pensamos en el Holocausto o en otros episodios del mal radical está vinculado con el horror que el abismo de la psicosis despierta. Por ejemplo, el horror causado por la idea de perder contacto total con la realidad o por el encapsulamiento en un mundo que nadie entiende, o por el total desconocimiento entre el significado que nosotros atribuimos a nuestras acciones y el significado que adquieren en el mundo de los otros seres humanos (Ferrara, A: 2001: 187).

El vínculo que podemos hacer con el discurso de Bush es que cuando habla de un mal concreto, es decir aquel que podemos reconocer dentro de nuestras propias acciones, es en el momento que busca dar una explicación al enemigo que se habrá de combatir. Necesita describir acciones concretas para decir específicamente lo que requiere hacerse para eliminarlas. También es cuando busca ubicar en un mismo nivel, con el fin de confrontarlos discursivamente, a los ciudadanos “héroes” que salvaron vidas el 11 de septiembre con aquellos que pusieron bombas en el anonimato de manera cobarde y actuaron sin dar la cara.

Sin embargo, se refiere a un mal con mayúsculas cuando busca describir el daño que le hicieron a su país y a su gente. Describe este mal como algo muy grande que rebasa la imaginación de cualquiera, entonces las dimensiones del enemigo descrito son equivalentes al tamaño del perjuicio que sienten se les ha causado. La violación de lo sagrado para los estadounidenses fue tal, que del mismo tamaño tenía que ser aquel mal que lo causó. El mismo presidente Bush lo dijo así al declarar que se había lastimado lo más importante para Estados Unidos que era su libertad y sus valores democráticos. El agravio había golpeado aquello que los estadounidenses consideraban lo más grande de ellos mismos, la imagen de su sociedad ideal. Se hirió nada menos y nada más que el lugar representativo de sus libertades económicas, la gran manzana dónde radica lo mejor que han producido en cultura, sus mejores museos y teatros, el gran multiculturalismo del cual dicen estar enorgullecidos.

Estados Unidos construyó a nivel discursivo un mal muy grande porque, como lo menciona Ferrara en su ensayo, del mismo tamaño era su necesidad de tomar distancia de él. Por ello se erigió, en términos de Schmitt, una unidad nacional en contra de ese mal. Las diferencias entre el mundo del Islam y occidente siempre estuvieron ahí, pero con la

llegada del acontecimiento adquirieron tal intensidad que las elevaron a un nivel de enfrentamiento, este es el momento en que quedó establecido el conflicto, la división entre ellos y nosotros que queda enmarcada dentro del campo de lo político. Gracias a esta explicación podemos comprender como es que aún hablando con términos teológicos como aquellos del bien y del mal, estamos dentro de un enfrentamiento meramente político.

Es por estas razones que Schmitt señala que incluso las guerras religiosas o los enfrentamientos morales se pueden transformar en asuntos políticos. También nos dice que las justificaciones pacifistas, es decir ir a la guerra para alcanzar la paz en el mundo, son igualmente políticas. “Tales guerras son necesariamente de una particular intensidad e inhumanidad, puesto que, superando lo político, descalifican al enemigo inclusive bajo el perfil moral, así como bajo todos los demás aspectos, y lo transforman en un monstruo feroz que no puede ser sólo derrotado, sino que debe ser definitivamente destruido, es decir que no debe ser ya solamente un enemigo a encerrar en sus límites” (Schmitt: 1985: 33).

La libertad y la democracia del lado del bien

Dentro del orden moral de Bush la libertad juega un papel de significante nodal. Veremos como éste se une a democracia en una línea de equivalencias. Ambos conceptos son ubicados del lado del bien y se oponen a “los actos de terror”.

El 11 de septiembre, después de que el presidente Bush regresó a Washington, calificó los hechos como una acción del mal con el fin de atacar el bastión de libertad y oportunidad que representaba Estados Unidos. Describió lo sucedido como algo oscuro

cuyo objetivo era atemorizar a los ciudadanos norteamericanos. Usó metáforas como las siguientes: "Nuestra forma de vida, nuestra mera libertad ha sido atacada en una serie de mortales y deliberados actos terroristas"²³. No fueron atacados los ciudadanos estadounidenses, ni se derrumbaron unos edificios, sino que los estadounidenses y sus construcciones se convirtieron en la libertad misma.

Desde este día vemos que Bush definió la situación como un ataque del mal hacia el bien o, más aún, hacia la libertad. Al día siguiente, el presidente moldeó de mejor manera cómo sería tomado el acontecimiento de ahí en adelante. Al concluir una reunión con el gabinete de Seguridad Nacional, el Ejecutivo salió al público para decir que, luego de recibir la última información de inteligencia sobre lo que había pasado la mañana anterior, concluyó que los hechos habían sido más que actos de terror, "Fueron actos de Guerra. Esto requerirá la unión de nuestro país con una firme determinación y resolución. La libertad y la democracia están bajo ataque"²⁴.

En ese mismo acto, Bush insistió en que no sólo se había atacado a "nuestra gente", sino también a la "gente que ama la libertad en el mundo". Dijo que estarían alerta sobre las amenazas hacia Estados Unidos y anunció que pediría un presupuesto de emergencia para estar preparados. Cerró el discurso afirmando que "sería una gran batalla del bien contra el mal. Pero el bien prevalecerá"²⁵.

Dos días después de los atentados, al proclamar el día nacional de la oración, dijo que se había "librado una guerra sigilosa, engañosa y asesina en contra de nosotros". Luego

²³ "Our way of life. Our very freedom came under attack in a series of deliberate and deadly terrorist acts".

²⁴ "The deliberate and deadly attacks which were carried out yesterday against our country were more than acts of terror. They were acts of war. This will require our country to unite in steadfast determination and resolve. Freedom and democracy are under attack".

²⁵ "This will be a monumental struggle of good versus evil. But good will prevail".

añadió que todavía no tenían la distancia de la historia, pero que su responsabilidad era clara: “responder a estos ataques y liberar al mundo del mal”.

Ahora bien, si tomamos en cuenta que los miembros de la sociedad civil son productores de definiciones morales y que las condiciones de esta comunidad moral se articulan con organizaciones y el ejercicio del poder a través de instituciones (Alexander, J: 1999: 142, 143) podemos comprender como es que el discurso de Bush sobre la libertad logró engarzarse y naturalizarse con el del bien en la sociedad estadounidense.

Asimismo, observamos que la sociedad civil no es únicamente un espacio institucional, sino que también remite a un ámbito de la conciencia estructurada y socialmente establecida, a una red de comprensiones que opera por debajo y por encima de instituciones explícitas e intereses auto-concientes de las élites. Para estudiar esta red hay que ver los códigos simbólicos distintivos que dan sentido a la sociedad que está dentro y fuera de ellos (Alexander, J: *ibid*).

Dichos códigos proporcionan las categorías estructuradas de lo puro y lo impuro, de lo que pertenece y lo que no, de lo bueno y lo malo. Las categorías son imputaciones que, a su vez, son inducciones vía analogía y metáfora desde la lógica interna del código simbólico. Así como no hay una religión que no divida al mundo entre lo venerable y lo detestable tampoco hay un discurso civil que no conceptualice el mundo entre aquellos que son merecedores de inclusión y aquellos que no lo son (Alexander, J: 1999: 144).

Con lo cual podemos decir que aquellos que merecen inclusión o quienes se consideran miembros legítimos de una comunidad ven del otro lado a quienes no lo son. Los que están del lado del bien son sujetos racionales que eligieron libremente las reglas que los regirían y no fueron presionados para actuar ni se organizaron porque fueron coercionados. Mientras que los que actúan del lado del mal son irracionales, dependientes y

por lo tanto incapaces de autodeterminarse y regularse en instituciones democráticas y libres. Requieren necesariamente de la coerción o el castigo. Con ello vemos que no sólo hay que recriminarlos porque son incapaces de constreñirse y disciplinarse, sino porque se dejan llevar por líderes pasionales autocentrados.

En una democracia, los sujetos libres toman decisiones y se autoregulan, en una tiranía o dictadura tiene que haber altas medidas de control y no hay posibilidades para el debate abierto, la discusión y mucho menos la libertad.

Si los miembros de una comunidad nacional son irracionales en cuanto a sus motivos y desconfiados en las relaciones sociales, entonces edificarán instituciones arbitrarias más que reguladas por normas que subrayan el poder bruto y no la ley, enfatizan más las jerarquías que la igualdad. Los que están del lado del mal y lo impuro, están organizados por facciones más que por grupos responsables de la necesidad de la comunidad como un todo (Alexander, J: 1999: 150).

Bush usó estos elementos cuando dirigía su discurso a los familiares de los fallecidos en los atentados. También cuando daba mensajes a la nación. Instaló a su país del lado de la libertad, del bien y de la democracia, dejando del lado del mal a aquel oscuro indefinido que buscaba destruirlos, amedrentarlos para acabar con el "bastión más importante de libertad y democracia del mundo".

La libertad articulaba lo que son "nuestros valores" de aquellos del enemigo. La libertad, al mostrarse como constante blanco de ataque, es posicionada como piedra angular del orden moral (Lazar, A: 2004: 228). Esto se ve reflejado en frases como: "la libertad

misma está bajo ataque", o bien "han atacado América porque somos los defensores y el hogar de la libertad"²⁶.

El significante libertad aparece como una constante de resonancia universal. Además, si vemos con qué se le asocia encontramos la razón de tan alta aceptabilidad. Por ejemplo, Bush ha dicho: "nuestra libertad, libertad y equidad, libertad humana". En otros discursos las asociaciones han sido las siguientes: "libertad y oportunidad", "libertad y democracia", "libertad y todo lo que es bueno y justo" y "libertad y la dignidad de cada vida".

Si vemos construcciones más extensas podemos comprender que la manera en que se maneja el discurso de la libertad, no nos refiere a una libertad general, sino a una libertad concreta que es la democracia liberal capitalista (Lazar, A: 2004: 228). Por ejemplo: "Ellos odian lo que nosotros vemos aquí mismo en esta Cámara -- un gobierno electo democráticamente. Sus líderes son autonombrados. Ellos odian nuestras libertades --nuestra libertad de religión, nuestra libertad de expresión, nuestra libertad de elección, de reunión y de estar en desacuerdo entre nosotros". También encontramos frases como: "El libre comercio y el libre mercado han probado su capacidad para levantar sociedades enteras de la pobreza -- por ello Estados Unidos está trabajando con toda la comunidad global comercial para construir un mundo que comercie en libertad y como resultado crezca en prosperidad"²⁷.

²⁶ "Freedom itself is under attack" y "they have attacked America because we are freedom's home and defender".

²⁷ "They hate what we see right here in this chamber -- a democratically elected government. Their leaders are self-appointed. They hate our freedoms -- our freedom of religion, our freedom of speech, our freedom to vote and assemble and disagree with each other" y "Free trade and free markets have proved their ability to lift whole societies out of poverty --so the US is working with the entire global trading community to build a world that trades in freedom and therefore grows in prosperity".

En estas frases vemos como la libertad no sólo refleja un sistema político económico concreto, sino que también es referida junto a paz, dignidad y "todo lo que es bueno y justo". Por lo tanto, Estados Unidos se erige como el líder de un terreno altamente moral, aunado a ello, está la universalización de los valores a los que se adhiere de manera normativa (Lazar, A: 2004: 229).

Imaginario en espera de sedimentación

*"Como periodistas de un diario, claro, nosotros trabajamos con la idea de ser maestros o historiadores morales. Estamos comprometidos con una empresa intelectual construida alrededor del hecho de traer información a un lector exigente y comprometido. En algunas ocasiones esto quiere decir escribir lo que algunos han llamado el primer borrador crudo de la historia. En otras también significa el construir un monumento para aquellos cuyo coraje y sacrificio hemos reflejado o –para ser más precisa— erigir la fundación de información a partir de la cual nuestros lectores puedan construir su propios puntos de vista históricos, sus propios monumentos a aquellos que se han ido, y a la lucha de mantener valores democráticos"*²⁸.

La cita anterior fue escrita por Howell Raines quien es editor ejecutivo de The New York Times. Apareció publicada en un libro sobre las memorias del primer aniversario del

²⁸ "As daily journalists, of course, we do not set about our work with the idea of being teachers or moral historians. We are engaged in an intellectual enterprise built around bringing quality information to an engaged and demanding readership. Sometimes that means writing what some have called the first rough draft of history. Sometimes it also means constructing a memorial to those whose courage and sacrifice we have recorded or –to speak more precisely—erecting a foundation of information upon which our readers can construct their own historical overviews, their own memorials to those who are lost and to the struggle to preserve democratic values".

11 de septiembre. El autor compila los textos de los reporteros que dieron cuenta de los hechos relacionados con el ataque terrorista durante ese año.

En la cita podemos ver claramente como quedó cancelada la distancia que debe establecer un diarista con los hechos que narra. En esta pequeña frase queda registrado lo que sucedió en aquellos días posteriores a los atentados: La prensa estadounidense se había sumado al discurso de Bush. Hablaba del terror, de la posibilidad de la pérdida de la libertad, de actos de heroísmo y de que Estados Unidos estaba “bajo ataque”. En este apartado veremos qué pasó y cómo fue que los medios adoptaron la misma línea de sus gobernantes. Cabe aclarar que no usaremos los discursos del presidente Bush como fuente primaria porque de lo que se trata es, precisamente, de ver las cosas ahora desde el punto de vista de los medios.

Los atentados del 11 de septiembre generaron una *contralectura*²⁹ que permitió la emergencia de un discurso heroico. Los hechos propiciaron que dentro de Estados Unidos se vieran amenazadas no sólo la seguridad física, sino también la ontológica (Alexander, J: 2004: 99), pues en el imaginario colectivo, su país era una isla virgen y segura de ataques, una fortaleza cuyos enemigos jamás podrían alcanzar. Los hechos sucedidos provocaron, de manera inmediata, una deflación de la confianza social.

La idealización creció día con día y dio inicio a una *contralectura* que produjo el guión de un *counterperformance* que continúa hasta hoy. El repetir una y otra vez las imágenes de las Torres Gemelas derrumbándose permitió la creación de una narrativa que

²⁹ Dentro de su teoría social, Jeffrey Alexander propone estudiar el 11 de septiembre como si fuera una puesta en escena en la que el *performance* es la obra de teatro realizada por los actores, pero en la que siempre habrá un *counterperformance* (contra puesta en escena) del cual los propios actores no tienen control ni registro, esto genera un *counterreading* (contralectura) que vendrían siendo una lectura diferente a la planeada en el subtexto de la trama. Para mayor abundamiento ver: Alexander, Jeffrey. Sociología cultural. Formas de clasificación en las sociedades complejas. Anthropos. 1999.

hacía quedar a los estadounidenses como gente noble que revelaba la fuerza del ideal americano.

Al perderse toda la objetividad de los hechos, el acontecimiento se veía como una verdad clara y obvia. Tal y como lo señala Alexander, los estadounidenses describieron los actos terroristas como si hubieran tenido un efecto externo, pero no interno. El centro ideal, el corazón de Estados Unidos, estaba intacto. De hecho, se había fortalecido mucho más que antes. El centro social se había reconstruido como un ideal, la contralectura generada dejó los terrenos mundanos para ubicarse como un nuevo imaginario colocado en la conciencia colectiva³⁰. El tiempo nuevo quedó calendarizado en una fecha, el 11 de septiembre.

Alexander afirma que en lugar de sentirse amenazados o destruidos, los estadounidenses estaban reconstituidos en un nuevo centro social (2004: 100). Nosotros consideramos que si bien esta solidaridad se dio y que la nueva contralectura condujo a la emergencia de una solidaridad que no se había manifestado, también es cierto que el propio sostén de esta unión y nuevo centro involucraba la no-presencia de un mal latente; de otro acto terrorista por venir, de la amenaza. Ante la adversidad se dio la unión, pero igualmente sostenida ante un exterior maligno que podría presentarse de nuevo.

Después de los ataques del 11 de septiembre, las televisoras estadounidenses iniciaron una transmisión ininterrumpida durante tres días. No hubo espacio para publicidad

³⁰ Alexander propone crear categorías binarias para el estudio de la sociedad estadounidense y se sirve de ellas para explicar por qué ya se encontraba preparada para la recepción de un discurso como el de Bush y su orden moral. De acuerdo con el autor, la estructura simbólica adquiere formas singulares en naciones diferentes y es el residuo histórico de diversos movimientos en la vida social intelectual y religiosa. Abunda afirmando que para los estadounidenses de hoy las categorías de los discursos puro/contaminado parecen existir solo bajo una forma natural y totalmente histórica. La ley y los procedimientos democráticos se ven como logros conquistados por las luchas voluntarias de los padres fundadores y garantizados por la carta de derechos y la constitución. Las cualidades de lo impuro toman cuerpo en las visiones teóricas de la tiranía y la criminalidad (Alexander, J: 1999: 145, 146, 156).

ni para otro tipo de información. En las pantallas aparecían títulos como “América bajo ataque” o “América en guerra”. Agentes y ex agentes de la CIA y el Pentágono eran entrevistados sobre el tema, también abundaban los especialistas en seguridad nacional.

Kellner Douglas, académico de la universidad de Los Ángeles (UCLA, por sus siglas en inglés), sostiene que los medios masivos estadounidenses, en sus excesivas presentaciones de asesinatos y violencia, ya venían explotando el miedo por décadas. Además están sus dramatizaciones de toda una amplia gama de amenazas provenientes enemigos extranjeros. Con lo cual, en lugar de “generar un debate razonable las televisoras optaron por ayudar a la generación y mantenimiento del deseo público de una intervención militar” (2004: 11).

Para este autor, Bush usa –al igual que la propuesta de Schmitt— dualismos y oposiciones binarias para reemplazar al mal que antes era concebido como el comunismo y estaba representado por la Unión Soviética. El discurso del presidente estadounidense se comunica por medio de códigos que llegan a audiencias concretas, en este caso a “grupos cristianos de derecha”. Este discurso del mal es totalizante y absolutista porque no permite ambigüedades ni contradicciones, con lo cual queda legitimada cualquier acción en nombre del bien.

Las declaraciones tan poco objetivas durante este periodo de tiempo, permitieron la transmisión, en cadena nacional, de posturas radicalizadas. Por ejemplo, esta el caso del ideólogo cristiano Jerry Falwell quien adjudicaba la responsabilidad de los ataques a los gays, feministas y liberales. El líder cristiano decía que los abortistas tenían que tomar responsabilidad de los hechos porque uno no se podía burlar de dios y que cuando se destruyen 40 millones de bebés inocentes, dios se enoja. Por ello, los paganos, los abortistas, las feministas y los homosexuales que activamente tratan de hacer un estilo de

vida alternativo, “a todos ellos que tratan de secularizar a América, los señalo a la cara y les digo ‘tu ayudaste a que esto sucediera’”.

También están posiciones como la de Gary Aldrich, líder de derecha, quien acusó a los liberales de lo que había sucedido el 11 de septiembre y dijo en público que se excusaba del “gran abrazo” que estaba viviendo su país, yá que creía que “los liberales eran muy responsables de lo que había sucedido y que dios los perdone”. Por su parte, la columnista y ex procuradora de justicia Ann Coulter escribía: “Nosotros sabemos quienes son los homicidas maniáticos, son los que están festejando y bailando ahora mismo. Nosotros deberíamos invadir sus países, matar a sus líderes y convertirlos en cristianos”.

Al tiempo que se daban estas declaraciones, el presidente Bush declaraba su cruzada contra el terrorismo y el Pentágono organizaba la “operación justicia infinita”. El subsecretario de defensa, Paul Wolfowitz, hacía lo propio al sostener que sus represalias serían: “constantes, amplias y efectivas” y que Estados Unidos “usaría todos sus recursos. No es simplemente una cuestión de capturar gente y hacerlos responsables de sus actos, sino también quitando sus santuarios, sus sistemas de financiamiento y terminando con los estados que financian el terrorismo”.

Este clima de defensa a ultranza de un nacionalismo se mantuvo durante más de un año hasta que inició la guerra. Con el tiempo, esta perspectiva fue cambiando, hasta llegar a la oposición total, por parte de la sociedad estadounidense, de la política bélica del gobierno de Bush. Esto se discutirá en el capítulo siguiente donde veremos cómo se dio esta transición.

Amigo-enemigo

Dentro de la definición amigo-enemigo vemos tres momentos diferentes. Primero, uno en el que el enemigo es indefinido, oscuro, es el mal mismo. Segundo, un enemigo concreto que se llama Osama bin Laden que responde a las características del primer punto. Tercero, una distinción entre el enemigo terrorista específico que es bin Laden y los musulmanes en general.

Desde el primer día de los atentados y pocos días después del acontecimiento, Bush nombraba a las víctimas en contraposición a esa oscuridad indefinible que era el mal. Describía concretamente y sin abstracciones a los "trabajadores, madres y padres de familia, amigos y vecinos".

Su primeras referencias a un enemigo no eran hacia Osama bin Laden y aún faltaría mucho para que fueran directas hacia Saddam Hussein. Durante días se habló de un enemigo inidentificable: "Los americanos necesitan saber que estamos encarando a un enemigo diferente de lo que jamás antes hayamos tenido que enfrentar. Este enemigo se esconde en la sombras y no tiene ningún aprecio por la vida humana. Este es un enemigo que toma como víctimas a gente inocente y sin sospecha, para después correr a refugiarse. Pero no podrá correr a refugiarse para siempre. Este es un enemigo que se trata de esconder. Pero no podrá esconderse para siempre. Este es un enemigo que piensa que sus

puertos son seguros. Pero no lo serán para siempre”³¹. “No vamos a permitir, recalco, que este enemigo gane la guerra cambiando nuestra forma de vida y restringiendo nuestras libertades”.³²

Cuando Bush acudió a una misa en la Catedral de San Patricio en Nueva York, en solidaridad con los familiares de las víctimas, comentó que ya empezaba a salir la lista de pérdidas humanas y materiales. Se refirió a los fallecidos como héroes y lo demostraba con ejemplos como aquellos en los que algunas personas sacaban de las Torres Gemelas a sus compañeros de trabajo discapacitados, muchos de ellos – dijo el presidente — murieron al derrumbarse los edificios. También mencionó a aquellos que portaban el uniforme de los Estados Unidos y que murieron en el frente haciendo su trabajo. A los que fueron a donar sangre, a los miles de ciudadanos que se ofrecieron como voluntarios para levantar escombros. Habló de la gente que con valentía enfrentó la muerte estando dentro de los aviones, de aquellos que llamaron a sus familiares para despedirse.

Si recordamos las palabras de Foucault, el orden moral público se construye de manera normativa en una articulación vis-à-vis del otro aberrante o la amenaza que, al mismo tiempo, justifica la identificación, división y separación de esa amenaza (1973). Por ello es que vemos la dicotomización entre los malos y los buenos, donde los primeros buscan cambiar la forma de vida de los estadounidenses y del resto del mundo mediante el temor. También hemos de tomar a Alexander quien nos menciona que las estructuras simbólicas construidas por una sociedad dividen al mundo entre buenos y malos, entre

³¹ “The American people need to know that we’re facing a different enemy than we have ever faced. This enemy hides in shadows, and has no regard for human life. This is an enemy who preys on innocent and unsuspecting people, then runs for cover. But it won’t be able to run for cover forever. This is an enemy that tries to hide. But it won’t be able to hide forever. This is an enemy that thinks its harbors are safe. But they won’t be safe forever”.

³² I repeat, we will not permit this enemy to win the war by changing our way of life and restricting our liberties.

aliados y enemigos (1999). El discurso de Bush se asienta en estos significados y simplifica, de manera tal, que es fácil ubicar a los amigos o a los que están del lado del nosotros con aquellos inocentes que trabajan, que son nuestros vecinos, amigos. En tanto que los enemigos o los otros son aquellos que tiran la piedra y esconden la mano, son los cobardes que no dan la cara, que buscan suprimir las libertades y luego buscar refugio en puertos que creen seguros.

La enunciación del enemigo sirve de pivote para definir, establecer y mantener el orden moral. Es por esta razón que en los discursos de Bush no se puede dejar de hablar del enemigo-otro sin hablar del amigo-nosotros. Aquellos que están del lado del bien se definen por oposición a los terroristas. Los responsables de los ataques son unos entes que parecen no tener forma ni especificidad. Todo es una lucha del bien contra el mal.

El presidente de Estados Unidos primero muestra a un enemigo escondido en el anonimato y guarecido en la oscuridad con una capacidad latente de atacar de nuevo, después lo contrapone con el ejemplo de Estados Unidos al señalar que su país respondió con lo mejor que es su solidaridad y ayuda mutua. Al final le da a conocer al mundo que su país perseguirá a ese enemigo oscuro y malévolos en donde quiera que se encuentre.

En un principio, la no definición concreta del enemigo le permitía al gobierno estadounidense buscar alianzas mundiales y renovar fuerzas. Le daba también un espacio de tiempo para poder definir una estrategia y hacer público de quien habían venido los "actos de guerra", a quien se le atribuirían.

Ya para el día 13 de septiembre se empezaba a filtrar en los medios de manera extraoficial que el probable responsable de los ataques era Osama bin Laden. Una vez desatado el rumor, el vocero de la Casa Blanca Arieh Fleischer fue cuestionado al respecto, a lo que respondía que el líder de Al Qaeda era uno de los principales sospechosos. Fue

Colin Powell, entonces secretario de estado, quien manejo la versión oficial de que los ataques del 11 de septiembre habían sido perpetrados por bin Laden. Con lo cual vemos que el discurso de Bush sirvió como un paraguas general llamado orden moral, dentro del que estaría la división del mundo entre amigos y enemigos. En tanto, funcionarios de alto nivel como el vocero o el secretario de estado tendrían la labor de concretizar en acciones, leyes o medidas este enorme paraguas bajo el cual la sociedad estadounidense se sintió acogida.

En diferentes conferencias de prensa al vocero de la Casa Blanca se le preguntó si creía que los objetivos de bin Laden eran políticos y si, a su vez, el dirigente de Al Qaeda era concebido por el gobierno estadounidense como un líder religioso. Fleischer respondió que era un terrorista al que no podía dársele ningún estatus político y que no podía considerársele un líder religioso porque alguien así.

Desde los primeros días después de los atentados, Bush deslindó a la comunidad musulmana de los terroristas. Cuando fue a la catedral de San Patricio en solidaridad con los familiares de las víctimas, el sermón fue oficiado por un Imam. El 17 y 24 de septiembre se reunió con la comunidad árabe y recalcó que el “Islam era paz” y que no tenía nada que ver con lo sucedido el 11 de septiembre. Bush se refirió a los musulmanes como “amigos y ciudadanos, ciudadanos que pagan impuestos”.³³ Aseguró que los actos de violencia contra inocentes violaban los principios de la fe del Islam y recalcó que era “importante que sus conciudadanos entendieran eso”³⁴. “La cara del terror no es la

³³ “friends and citizens, taxpaying citizens.”

³⁴ “These acts of violence against innocents violate the fundamental tenets of the Islamic faith. And it's important for my fellow Americans to understand that”.

verdadera fe en el Islam. De eso no es de lo que se trata el Islam. El Islam es paz. Estos terroristas no representan la paz. Ellos representan el mal y la guerra”³⁵.

Para ubicar a los musulmanes del lado del bien, el presidente se refiere a ellos –tal y como lo hizo con los propios estadounidenses— con ejemplos concretos. Los llama trabajadores, abogados, doctores, ciudadanos o vecinos árabes que se horrorizaron ante los hechos del 11 de septiembre³⁶. Además, los nombra como “gente de fe”, con lo cual, los ubica del lado del bien en el orden moral. El presidente lo dijo así: “Cuando pensamos en el Islam, pensamos en una fe que trae consuelo a miles de millones de personas alrededor del mundo. Mil millones de personas encuentran consuelo y refugio y paz. Y eso ha convertido a todas las razas en hermanas y hermanos. A todas las razas”.³⁷

El mandatario convocó a sus ciudadanos a tratar como iguales a los musulmanes, pues contribuyen de enorme manera con Estados Unidos y por ello deben ser tratados con respeto. Y voltea el enemigo hacia quienes ataquen a los musulmanes, advierte a las mujeres que no deben tener miedo de usar sus velos al salir a la calle, les dice que no se deben sentir intimidadas y a quienes llegan a agredirlas los llama “lo peor de la raza humana”.

El orden moral de Bush sirve de manera muy clara para la definición del enemigo, pues enraizar la polarización amigo-enemigo en una base moral le da legitimidad. Tal y como el presidente estadounidense lo deja ver, en los terrenos de la moral no hay ambigüedades ni medias tintas (Lazar, A: 2004: 227).

³⁵ “The face of terror is not the true faith of Islam. That’s not what Islam is all about. Islam is peace. These terrorists don’t represent peace. They represent evil and war”.

³⁶ “Muslims are doctors, lawyers, law professors, members of the military, entrepreneurs, shopkeepers, moms and dads.”

³⁷ When we think of Islam we think of a faith that brings comfort to a billion people around the world. Billions of people find comfort and solace and peace. And that’s made brothers and sisters out of every race - out of every race.

Como vimos en el apartado sobre la libertad, el otro o enemigo queda excluido de la libertad al ser ubicado en el extremo opuesto. De ahí que ya no resulta complicado dar el paso de un enemigo abstracto a Bin Laden como terrorista. La asociación con el mal, con el líder no racional y autoritario viene fácil.

De acuerdo con Lazar, la expulsión del enemigo del orden moral queda reforzada por la caracterización de los antivalores del enemigo, haciéndolos ver como repugnantes y desviados (2004: 229-30). Tal es el caso de frases como las siguientes: "La meta de Al-Qaeda es reconfigurar el mundo e imponer en la gente de todas partes sus creencias radicales". Además, ha dicho que " al sacrificar la vida humana para servir a sus visiones radicales, al abandonar todos los valores, excepto el del deseo de poder, siguen el camino del fascismo, nazismo y totalitarismo"³⁸.

Desde luego, las características del enemigo son opuestas a los valores que Bush enunció como positivos de la democracia liberal. Los enemigos también buscan el poder, pero solo para ellos, con sus propias reglas y sin deliberación política.

Asimismo, comprobamos como no hay una diferenciación entre las creencias del enemigo actual y las ideologías opresivas que han existido en el pasado. De ahí la comparación con los regímenes totalitarios o con el nazismo. La falta de diferenciación hace de esto un truco que sirve para enfatizar que tan malo es el otro (van Dijk, T: 1995). Bush al decir que el enemigo es una amenaza a la libertad y que lo que quiere es amedrentar al mundo para someterlo a sus designios está diciendo que lo que se busca es cambiar el orden moral expuesto por Bush por uno que oprime y se mueve a voluntad de este enemigo.

³⁸ Its (Al Qaeda) goal is remaking the world -- and imposing its radical beliefs on people everywhere" y "By sacrificing human life to serve their radical visions -- by abandoning every value except the will to power -- they follow the path of fascism, and nazism, and totalitarianism".

Cualquier acción política que toma el enemigo es considerada un acto criminal o del mal. No hay referencias a los deseos o discursos de los islamistas radicales en los que juzgan a los Estados Unidos, sino que simplemente sus acciones son brutalmente terribles y asesinas.

El horror de los crímenes cometidos por el enemigo se concretiza al describir, de manera gráfica y fácil de imaginar, las acciones específicas de que es capaz (van Dijk, T: 1995). Esto lo podemos ver en frases como “la gente de Afganistán ha sido brutalizada, muchos están hambrientos y muchos han huido”. También cuando Bush asegura que el enemigo, al matar, no distingue entre civiles y militares, o bien al decir que se asesina a inocentes.

El enemigo que muestra el gobierno estadounidense es uno que se regocija ante la muerte mientras que los estadounidenses ven la vida como algo sagrado. Lo mismo sucede con las tareas de un soldado, tanto el enemigo como el amigo dan su vida. Sin embargo, el primero se sacrifica por el terrorismo y sus visiones ideológicas radicales, mientras que el segundo lo hace como una misión del más alto calibre, como un último acto de sacrificio, de honor.

Si el mundo está construido bajo un orden moral y ese orden implica la división entre los buenos y los malos, entonces el enemigo merece la clasificación de lado del mal. Como vimos arriba, el enemigo es capaz de realizar acciones que representan a este mal, que solo podrían ser atribuibles al mal mismo. Por otra parte, los que se ubican del lado de los amigos o del nosotros, no se autodenominan como buenos, pero sí dejan claro que están del lado de dios, de la religión y de los principios cristianos.

No podemos decir que esta situación sea nueva, ya que desde la fundación de Estados Unidos se apela a un discurso moral basado en principios religiosos, pero hacer

explícito este uso es importante porque muestra la dicotomización que hace el gobierno de Bush al definir a su oponente.

El definir al enemigo como el mal, además de excluir de lo bueno al oponente automáticamente convierte la tarea de acabarlo en una de orden moral. Cuando el gobierno estadounidense se refiere a un enemigo abstracto es para aludir al tamaño de batalla que deben emprender, para dimensionar la magnitud de las acciones que se quieren tomar políticamente con el fin de eliminarlo. Para poder perseguir y dar batalla a un enemigo omnipresente, se necesita una fuerza omnipresente, con poderes más allá de lo nacional y con un presupuesto excepcional. Sin embargo, cuando se trata de describir por qué debe ser eliminado o por qué representa al mal se especifican las acciones de que es capaz. Ahí es cuando se empieza a hablar de Al-Qaeda y de bin Laden en concreto. Se hacen referencias a la situación de opresión a las que someten a su pueblo, a sus nexos con el narcotráfico y a sus ideologías destructoras.

Al quedar claro que el enemigo es bin Laden vemos que, a pesar de que Bush ya defendió al Islam, citó al Corán en sus discursos y habló de los musulmanes como gente de bien, en el momento en que el enemigo justifica sus acciones en motivaciones religiosas, se le disocia de lo correcto y se considera este llamado a la religión como impío. Por ejemplo, el presidente estadounidense ha dicho que “profana una gran religión” o que se trata de “un movimiento marginal que pervierte las enseñanzas pacíficas del Islam”³⁹.

Por lo tanto podemos decir que si hay musulmanes buenos también hay otros como bin Laden que se apropian ilegítimamente de la religión. La presentación positiva del Islam es esencial en una sociedad en la que el etnocentrismo y el prejuicio son oficialmente denunciados como inmorales e ilegales (Van Dijk, T: 1992). Además, el presentar matices

³⁹ “(they) profane a great religion” y “a fringe movement that perverts the peaceful teachings of Islam”.

entre los musulmanes distinguiendo a los buenos, de los terroristas o de bin Laden, ayuda a mantener una imagen de que no se está hablando en términos llanos de un solo grupo étnico. Otro aspecto muy importante es el interés del gobierno estadounidense de que no se genere la idea de una guerra entre el mundo judeo-cristiano y el árabe.

El lugar de enunciación

*Ningún discurso puede aspirar a la verdad,
si no contiene una respuesta explícita a la pregunta:*

¿quién habla?

Alain Badiou.

Bush al sostener que deben llevar la libertad a los rincones del mundo donde hay tiranías y opresión se constituye a sí mismo como aquel que conoce cuál es la misión que dios le ha dado a los estadounidenses para el mundo. De acuerdo con el mandatario, Estados Unidos se convierte en el ejemplo a seguir, por lo tanto el jefe de Estado es el que sabe que decisiones en nombre de los habitantes del planeta. Por ejemplo, antes de lanzarse a la guerra con Irak, declaraba que Estados Unidos tenía la autoridad soberana de usar la fuerza para resguardar su seguridad nacional. La tarea, añadió, recaía en él como comandante en jefe, bajo el juramento al que se había sometido y bajo el cual se mantendría⁴⁰. Con ello, podemos ver que al ser el hombre que representa a todos los habitantes de Estados Unidos y a quien le corresponde decidir, es entonces quien sabe cuál es la tarea que debe cumplir el

⁴⁰ “The United States of America has the sovereign authority to use force in assuring its own national security. That duty falls to me, as Commander-in-chief, by the oath I have sworn, by the oath I will keep”.

país. Bush legitima la decisión de hacer llegar la democracia y libertad en todo el mundo, diciendo que su país es el más libre del mundo y la democracia más grande del planeta.

Bush ubica a su país y a él como líder del lado de lo que está bien, de lo que debe ser, de ahí que es una palabra autorizada para emitir diagnósticos, él sabe reconocer cuando algo debe ser atacado y eliminado. Sabe cómo se manifiesta el mal, lo puede distinguir y vencer. Bush al estar del lado del bien puede reconocer la verdad y lo que es indispensable para sus ciudadanos, él sabe qué es lo que conviene y las acciones que se deben tomar.

Es importante mencionar que la fuerza del discurso del mandatario no sólo recae en la capacidad de enunciación que tiene el Presidente Bush por estar ubicado en el lugar de lo limpio, de lo sagrado, de los que están con dios en contra del mal que acecha el mundo, sino que es necesario que tomemos en cuenta que el propio Estados Unidos tiene una fuerza enorme por ser la única potencia mundial, porque el idioma que se habla en las transacciones económicas es el de ellos, porque su moneda (ahora más el euro) es con la que se miden el resto de las monedas, porque su voto cuenta más que otros en litigios internacionales, etcétera.

Derrida al hablar sobre el 11 de septiembre también lo ha señalado así, pues considera que el poder de la palabra de quien es la potencia a nivel mundial representa una desigualdad amplísima contra la sociedad en general. Estados Unidos desempeña un rol virtualmente soberano entre los soberanos y, por consiguiente, de tutor del orden mundial (Borradori, G: 2003 : 10).

Estados Unidos garantiza el crédito en general. El crédito en el sentido de transacción financiera tanto como el crédito acordado a los lenguajes, a las leyes, a las transacciones políticas o diplomáticas. Ejerce ese poderío no sólo en razón de su riqueza y

de su predominancia tecnocientífica y militar, sino también por el ejercicio de su arbitraje e influencia en todos los conflictos (Borradori, G: 2003 : 11).

Aunado a esto, vemos que el lugar de enunciación del presidente estadounidense es el de demarcar cuál es el tiempo de paz y cuál es el de guerra. Él es quien activa el estado de emergencia, él es quien declara que hoy se viven tiempos de terror. Siendo la potencia más poderosa, decide y señala, quién es el enemigo de occidente.

Cabe concluir en este apartado que todo discurso tiene sus límites y que si bien es cierto que el poder de enunciación del presidente Bush no es igual que el de un ciudadano de a pie, también es necesario indicar que en política hay alianzas, pesos y contrapesos que se ven involucrados, así como movilizaciones sociales que discursivamente se manifiestan —con la fuerza que tengan— en contra de este discurso. De ahí que el lugar de enunciación es importante, pero conoce sus límites ahí donde acaban las conveniencias políticas.

Conclusiones

Hasta ahora, en este capítulo, hemos analizado cómo es que el orden moral que plantea el presidente Bush, incluida su división entre buenos y malos, forma parte del juego político. En un principio veíamos la posibilidad de que se estuviera abandonando lo político para entrar a un terreno teológico, pero observamos que el orden moral de Bush, además de usar términos que efectivamente remitían a un discurso teológico, en realidad eran manejados de forma política, ya que éstos significantes se desplazaban metonímicamente por conceptos como el de libertad. Este tipo de movimientos le permitía al mandatario estadounidense ubicar una cadena de conceptos en una sola línea de equivalencias. Por ejemplo, bien = libertad = democracia = libre mercado = garantías individuales. Así pues, si estaba en una iglesia dando un discurso perfectamente podía hablar del bien y del mal, en tanto que si se encontraba con los congresistas de su país hablaba de libertades y democracia.

De esta manera, coincidimos con la posición de Schmitt acerca de lo político, en la cual vemos que cualquier guerra, aunque sea en nombre de la humanidad es política. “Todo enfrentamiento religioso, moral, económico, étnico o de otro tipo se transforma en un enfrentamiento político si es lo bastante fuerte como para reagrupar efectivamente a los hombres en amigos y enemigos” (Schmitt: 1985: 34).

Para Schmitt lo político puede emerger de los más diversos sectores de la vida humana, esto se logra gracias a la intensificación de las diferencias entre estados o soberanías, en ese momento se erige la distinción amigo-enemigo entrando de inmediato al campo de lo político. Esto puede surgir “de contraposiciones religiosas, económicas, morales o de otro tipo”. Una vez que se da esta dicotomización, quedan relegados y hasta

negados “los motivos y criterios hasta entonces ‘puramente religiosos, políticos o culturales” (Schmitt: 1985: 35).

En el orden moral de Bush vemos que la libertad juega como significante nodal, ya que vincula el bien y lo sagrado con las virtudes políticas como la ética y hasta con la democracia. La libertad juega el papel de fin y medio; de objetivo y adjetivo. El primero, porque en su nombre es que se va a la guerra. Es decir, con el fin de liberar a los oprimidos. El segundo, porque es el valor principal de su orden moral.

Al evaluar los ataques del 11 de septiembre, el presidente Bush contrapone las libertades económicas y civiles con el concepto de mal. Vimos que esta vinculación era posible porque cuando en una sociedad se arremete contra aquello que es asociado con lo sagrado, entonces se le atribuye el grado de mal con mayúsculas.

Respecto de la relación amigo-enemigo detectamos tres tipos de adversario. Primero, uno abstracto y omnipresente capaz de cometer terribles atrocidades. Segundo, Un musulmán irracional y fundamentalista. Tercero, Osama bin Laden, terrorista internacional. A cada uno de estos se contraponía un amigo-nosotros. Para el primer caso había héroes anónimos que daban la vida por sus compañeros de trabajo, bomberos que murieron haciendo su labor, buenos “americanos”, gente “trabajadora”. Aquí contrastaba lo abstracto del enemigo con lo concreto de los actos de solidaridad y ayuda. Para el segundo caso, había musulmanes que estaban del lado del bien, el mismo Bush lo dijo “el islam es paz” e hizo una equivalencia entre los buenos estadounidenses que pagan impuestos y cumplen como ciudadanos y los buenos musulmanes. Para el tercer tipo de enemigo, el cual ya era definido en un terreno meramente político dejando de lado las alusiones al orden moral, los calificativos describían a un hombre que buscaba el sometimiento y la represión de los ciudadanos, reprimiéndolos de sus libertades y derechos.

Bush de manera abstracta habla del mal y del terror que podrían acechar a su país. Sin embargo, para interpelar a sus ciudadanos aterriza en ejemplos concretos. Menciona, tanto los actos heroicos de la gente que sacrificó su vida para salvar a quienes aún permanecían dentro de las Torres Gemelas antes de que se derrumbaran, como de los "terroristas" y los actos atroces que cometen al "matar a niños y violar a sus mujeres". Con ello polariza la visión entre buenos y malos. Radicaliza los estereotipos belicosos de "los otros" y los opone a los de paz de los que considera como "nosotros". Con esto genera una distancia irreparable, una disociación entre "nuestros" actos amorosos y solidarios contra las acciones monstruosas de "ellos".

Pide sacrificar el presente para vivir tranquilos en el futuro, pide a los estadounidenses que manden a sus hijos a la guerra en nombre de la libertad como un bien sagrado: "La libertad es un regalo del todopoderoso hacia todos los hombres y mujeres en este mundo"⁴¹. Para Bush el presente sirve para prever el futuro, para disciplinarse ahora, para constreñirse en aras de un bien mayor. Los hombres buenos saben prevenir, no ven sólo por ellos mismos, sino por sus hijos y sus nietos. No se quedan esperando a que el futuro los alcance, si se sacrifican ahora están actuando con responsabilidad.

A lo largo del discurso marca la división entre los que están del lado de Estados Unidos y los que están afuera: "Ellos no pueden tocar la fundación de América". "Nosotros somos el faro más brillante de libertad y oportunidad en el mundo". "Nuestra nación vio el mal". "América, sus amigos y sus aliados, estamos unidos con todos aquellos que quieren

⁴¹ "I've seen freedom work right here in our own country. I also have this belief, strong belief, that freedom is not this country's gift to the world; *freedom is the Almighty's gift to every man and woman in this world*. And as the greatest power on the face of the Earth, we have an obligation to help the spread of freedom". Informe sobre Irak pronunciado el 13 de abril de 2004. Las cursivas son mías.

paz y seguridad en el mundo, y nosotros nos mantenemos juntos para ganar la guerra en contra del terrorismo”.

El manejo de este discurso no solo le permitió al presidente empezar a definir el campo entre el bien, el mal, bajo el paraguas de un orden moral, sino que también le ayudó a ir naturalizando lo que sería la base de su discurso entre los amigos y los enemigos.

En el siguiente capítulo veremos los cambios en el orden moral, en el imaginario de los estadounidenses una vez que arrancó la guerra, las implicaciones de hablar de un estado de guerra y la manera en que el enemigo antes descrito siguió evolucionando hasta llegar a Saddam Hussein.

Capítulo tres

La serie de discusiones que se dieron con las Naciones Unidas para buscar la aprobación de una intervención militar por parte de Estados Unidos nos permite estudiar cuál fue la mutación del término enemigo durante éste periodo, cómo dejó de ser Osama bin Laden para convertirse en Saddam Hussein. Además, nos abre la posibilidad de analizar si el orden moral queda de lado en estas negociaciones políticas o subyace en la discusión, y si el manejo de un “estado de guerra” dentro de las mismas afecta el orden jurídico y los derechos individuales. Asimismo, nos deja ver los cambios que se presentan en la posición de los medios de comunicación y en la sociedad estadounidense respecto de la guerra.

Contexto que permitió la emergencia del discurso

De septiembre de 2002 hasta marzo de 2003, mes en que comenzó la guerra, Bush hizo declaraciones sobre Irak y la amenaza que representaba Saddam Hussein casi a diario. Alegó constantemente que el régimen del “dictador había debilitado a la ONU”. Los comunicados de prensa que envió durante estos meses contenían el logotipo de la Casa Blanca y debajo de ellos se leía: *Irak, negación y decepción*. Además, desde sus oficinas de prensa se enviaba a los medios de comunicación listados con fechas sobre las ocasiones en que el gobierno iraquí había dicho que aceptaría las inspecciones de la ONU y más tarde resultaba que no permitían total acceso. Durante este periodo recibió, de nueva cuenta, Bush recibió ampliaciones al presupuesto.

En una conferencia de prensa el periodista de la agencia Associated Press le dijo que el ex vicepresidente Al Gore había estado declarando que Bush quería invertir la simpatía que sentía el mundo hacia Irak por miedo, ansiedad e incertidumbre, con lo cual buscaba distraer la atención de la gente ante su incapacidad de detener a Osama bin Laden. Bush respondió que estaba convencido de que muchos demócratas pensaban como él y conocían la verdadera amenaza que representaba Hussein. Los periodistas le pidieron una respuesta más concreta, pero él insistió en que había muchos demócratas en Washington que sabían que el presidente de Irak era una verdadera amenaza. Bush nunca pudo, ni en esta conferencia ni en otras, responder cuál era el vínculo con el 11 de septiembre. La única afirmación concreta fue la de que Hussein había dado refugio a los terroristas talibanes y de Al-Qaeda.

En estas fechas también empezó a hablar sobre el posible uso de acciones militares en contra de Irak. El 10 de octubre de 2002 quedó autorizada la intervención en la Cámara de Representantes con 296 votos a favor y 133 en contra. El Senado hizo lo propio con 77 votos a favor y 23 en contra.

En noviembre de 2002, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó por unanimidad la resolución 1441, en la que se le otorgaron más facultades y capacidad de acción a los inspectores en su búsqueda por las armas de destrucción masiva. La respuesta del gobierno de Irak fue una carta en la que aceptaba a los inspectores, pero aseguraban no tener armas de destrucción masiva. Antes de que se venciera el plazo impuesto por las Naciones Unidas en la resolución (30 días), el gobierno de Irak envió un documento de 12 mil páginas dando cuenta del inventario que se le había pedido, no sin quejarse de la premura con la que habían tenido que realizarlo y de nuevo asegurando que no poseían tales armas.

En su segundo informe a la nación, Bush, además de hablar de los planes militares en contra de Irak, afirmó que el gobierno Británico sabía que Saddam Hussein había adquirido grandes cantidades de uranio de África. La declaración fue muy criticada porque meses más tarde se supo que la fuente de dicha información no era confiable.

Mientras tanto, Francia y Alemania se declararon en contra de la guerra. El secretario de prensa de la Casa Blanca, Arieh Fleischer aseguró que la posición de ambos países no detendría al presidente Bush. Asimismo, las marchas y protestas en contra se dejaban ver alrededor del mundo. En febrero de 2003, en una conferencia de prensa, Bush afirmó que era "bienvenido el derecho de las personas a decir lo que crean, pero de manera respetuosa, no estoy de acuerdo"⁴². El día 24 del mismo mes, Estados Unidos, España e Inglaterra hicieron un llamado al Consejo de Seguridad de la ONU para que declarara que Irak había fallado en sus intenciones de desarme. Dos semanas después Bush aseguró en conferencia de prensa que no necesitaba el permiso de la ONU para actuar. El 17 de marzo, Bush advirtió a Saddam Hussein que tenía 48 horas para rendirse y salirse de Irak. El 19 de marzo a las 22:15 anunció, desde el Salón Oval de la Casa Blanca, que la lucha por el desarme de Irak acababa de iniciar.

La guerra comenzó en medio de marchas y protestas mundiales, incluso al interior de Estados Unidos. Tal fue el caso de la Federación Americana de Empleados, agrupación que representa a sindicatos de todos los estados y condados de la Unión Americana. En un comunicado anunciaron que estaban a favor del uso de la fuerza sólo cuando se tratara de la última alternativa y "tal pareciera que no es así".

⁴² "welcomes people's right to say what they believe...but I respectfully disagree".

Desde luego también había fuertes grupos que apoyaban la posición del presidente Bush. Entre ellos, se encuentran las asociaciones civiles conservadoras, por lo general apoyadas por el Partido Republicano.

Hans Blix, quien se encontraba al frente de la comisión de inspectores de armas de las Naciones Unidas, renunció al cargo por estar en contra de la actuación de algunos de los países miembros del Consejo de Seguridad. Meses antes, delante del pleno de la Asamblea General de la ONU había informado de cada una de las tareas de inspección realizadas y detalló la búsqueda que se hizo para encontrar las armas de destrucción masiva. Aseguró que hasta el momento no se había encontrado nada.

En su libro narra que en realidad creía que una última inspección podría generar más cooperación de Hussein, pues en octubre de 1998 Kofi Annan logró detener una intervención británica, luego de que el mandatario suní admitiera que habían tratado por varios medios de enriquecer uranio (Blix, H: 2004: 5).

Efectivamente, el presidente iraquí mandó un mensaje, pero en esta ocasión había sido transmitido por el canal de televisión de su hijo. La declaración no fue lo suficientemente convincente como hubiera esperado Blix, pero el mandatario aceptaba que en algún momento habían tenido armas de destrucción masiva, sin embargo ya no era así. Blix recordó que cuando Cheney salió a los medios a decir que de hecho creían que Hussein había reconstituido sus armas nucleares, el ex inspector de la ONU asegura en su libro que “la declaración era tan contundente como falsa”, pues él mismo había presenciado la destrucción de armas por parte del ejército iraquí aunado a que nunca habían encontrado indicios de armas de destrucción masiva (Blix, H: 2004: 6-10, 99-104).

Kofi Annan intentó también frenar los ataques y dijo públicamente que uno de los mandatos de los países miembros de la ONU era buscar la paz duradera en el planeta,

asumiendo que la guerra sería el último recurso, una vez agotadas todas las instancias pacíficas.

El entonces secretario de estado, Colin Powell, insistía en que Irak sería desarmado con o sin el apoyo de la ONU. Finalmente, después de 22 días de guerra, cayó la capital iraquí, Bagdad. La imagen de la estatua de Saddam siendo desmontada recorrió el mundo. Al día siguiente, Bush se dirigió a los iraquíes y les dijo que "pronto su nación será libre"⁴³. Para el mes de mayo el mandatario, vestido en ropa militar, anunció que la misión se había cumplido y que las mayores operaciones de combate habían concluido. Sin embargo, el panorama se empezó a descomponer para la presidencia de Estados Unidos. En julio, el New York Times dio a conocer que Níger nunca vendió uranio a Irak. A pesar de esto, Bush en su siguiente informe a la nación se mantuvo en su dicho.

En el mismo mes, Bush inició la recaudación de fondos para buscar la reelección. Para septiembre visitó de nuevo la Asamblea General de la ONU. En su discurso pidió ayuda para Irak. Tanto él como Powell buscaban que otros países apoyaran con tropas y, finalmente, con ayuda humanitaria. Se fortaleció el programa Petróleo por Alimentos en la zona.

La aprobación de la guerra empezó a mermar al correr de los meses. Las razones eran la larga estancia de los soldados estadounidenses en la región, la resistencia armada en Irak, que seguía causando pérdidas para las fuerzas invasoras aliadas, la gran oposición de la sociedad civil y, finalmente, la falta de pruebas de la existencia de armas de destrucción masiva.

A la renuncia de Blix, se sumaron otras más que causaron serias sospechas entre la población estadounidense y a nivel mundial, entre ellas, la del director de la Agencia

⁴³ "Your nation will soon be free"

Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés), George Tenet, y la del jefe estadounidense de inspección de armas, David Kay, quien dejó el cargo tras asegurar que no creía que las armas de destrucción masiva existieran en Irak.

A finales de abril de 2004, se presentó un acontecimiento que dio otro fuerte golpe a la imagen de guerra con Irak: En la televisión se transmitieron fotografías en las que soldados estadounidenses torturaban y sometían a humillaciones a presos iraquíes en la cárcel de Abu Ghraib.

El discurso de Bush fue perdiendo su belicosidad y su entusiasmo. En un inicio se trataba de liberar a Estados Unidos y al mundo de la posibilidad de que Hussein vendiera armas mortales a terroristas capaces de acabar con la vida en el planeta, es decir, se trataba de una lucha contra un terror inaudito e imprevisible. Sin embargo, después se convirtió en la libertad para Irak y en la democratización de un país que había estado "sometido a una tiranía".

El presidente empezó a trastabillar en su declaraciones públicas. Al acudir al "Today Show" de la cadena NBC, se le preguntó si creía que América podría ganar la guerra contra el terror, a lo que el mandatario contestó: "No creo que se pueda ganar, pero creo que se pueden crear las condiciones para que aquellos que usan el terror como herramienta sean menos aceptables en algunas partes del mundo"⁴⁴. Al día siguiente Bush se desdijo y aseguró que estaban ganando la guerra contra el terror y que se mantendrían a la ofensiva.

Después de que Bush ganó la reelección su discurso se volvió más conservador y ganó un poco de fuerza para hablar de Irak y de la guerra. No obstante, el panorama volvió

⁴⁴ Entrevistador: "Do you think that America will be able to win the war on terror?"

Bush: "I don't think you can win it...but I think you can create conditions so that those who use terror as a tool are less acceptable in parts of the world".

a cambiar con el huracán Katrina, con las acusaciones de corrupción y tráfico de influencias entre legisladores republicanos y *lobbistas*.

Orden moral o teológico

El 12 de septiembre de 2002 Bush hizo uno de sus mayores esfuerzos para convencer a la Asamblea General de la ONU sobre la amenaza que representaba el gobierno de Hussein. Apeló a los orígenes de las Naciones Unidas diciendo que su nacimiento se había dado para que las deliberaciones entre los países fueran más que palabras y más que buenos deseos. “Trabajamos sobre estándares de dignidad humana compartidos por todos y con base en un sistema de seguridad defendido por todos”. Aquí, Bush hablaba de una sola humanidad con una dignidad; desde luego ambas están ubicadas del lado del bien y asume que todos los miembros de la Asamblea reconocen estas asociaciones como válidas. Por el momento, se ha dejado el campo teológico.

Al buscar la aprobación de la guerra, sostenía que los principios creadores de la ONU eran amenazados por grupos y regímenes que no aceptaban “ninguna ley de la moralidad” y que tampoco tenían “límites en sus ambiciones violentas”.

Ante las Naciones Unidas, no hablaba de dios y el mal, pero sí de la libertad. En el capítulo anterior vimos que frente a sus ciudadanos y en sus mensajes transmitidos en cadena nacional vinculaba al bien con la libertad, sin embargo, bajo la presencia de los órganos internacionales sólo se refería a la segunda. Ante los líderes políticos del mundo Bush no hablaba de un mal al acecho pero sí de una libertad amenazada. El lugar del bien dentro del orden moral fue ocupado por la libertad, ya que en ella recaía la virtud política.

El presidente estadounidense le dice a la ONU que “en Medio Oriente, no puede haber paz en alguno de los dos lados sin libertad en los dos lados, América está comprometida con una Palestina independiente y democrática, que viva de lado a lado con Israel en paz y seguridad”⁴⁵. El concepto teológico del bien es desplazado por el político de la libertad. Esto nos dice que cuando hay paz, hay libertad, con lo que queda implícito que si no hay libertad, lo que prevalece es la represión y la violencia.

De acuerdo con un estudio realizado por académicos de la Universidad de Queensland en Australia⁴⁶, en el que se comparaban diversos discursos previos a momentos de guerra, entre ellos los del Papa Urbano II, los de la Reina Elizabeth I de Inglaterra, los de George Bush, entre otros, se llegó a la conclusión de que, al convocar a las armas, apelaban a una fuente de poder externa a ellos para legitimar su llamado. Esta fuente externa era manifestada como la última fuerza moral del universo y la palabra de dios era también la última fuente política de moralidad (Graham, P. et al: 2004: 202).

Los líderes políticos analizados usaban como recurso para convencer a sus compatriotas de ir a la guerra, el exhorto a fuerzas externas, supranaturales y prácticamente contrarias a aquellas que explicarían por qué se le pide a individuos que maten y mueran. También hacían alusiones a grandes cambios y hablaban a niveles macro-históricos (Graham, P. et al: *Ibid*). Para Alexander esto se debe a que las guerras exigen un significado. Deben justificarse a partir de valores últimos que forman los metafísicos y morales, que movilizan los recursos básicos de lo sagrado contra los intratables poderes de lo profano (Alexander, J: 1999: 255).

⁴⁵ “In the Middle East, there can be no peace for either side without freedom for both sides. America stands committed to an independent and democratic Palestine, living side by side with Israel in peace and security”.

⁴⁶ Un abstract del presente estudio fue publicado bajo el título “A call to arms at the end of history: a discourse –historical analysis of George W. Bush’s declaration of war on terror” en la revista *Discourse and society*. Volumen 15 año 2004.

Por ejemplo, el Papa Urbano II mencionaba en su discurso que la cruzada a la que estaba llamando no era por su voluntad, sino que era la voluntad de dios. Las palabras que un cruzado debía gritar mientras mataba a su enemigo eran las palabras de dios, emanadas de dios. El cruzado era un sacrificio, una víctima viviente que se ofrecía a sí mismo como Cristo lo hizo en cumplimiento de la voluntad divina, de un destino bíblico y con el fin de considerarse como un valor digno en concordancia con la última voz moral.

Hoy sabemos que las cruzadas duraron casi 200 años y que uno de los elementos que ayudó a justificar este amplio periodo de guerra fue un discurso como el del Papa Urbano II. Pero en el caso que nos compete podemos ver un discurso semejante al de aquellos tiempos. Bush hablaba de un orden moral que no fue construido por él, sino que ya estaba delineado por un poder superior y al cual se debía responder. Su misión, como presidente de la nación “líder” del mundo, era la de llevar este orden a todos los rincones de la tierra, implementando sus principios de libertad, que son los que, de acuerdo con Bush, Estados Unidos tiene que heredar al mundo.

En el caso de Elizabeth I y Hitler se convocaba y recurría con frecuencia a la fuerza de la nación, se hacían equivalencias entre ésta, dios y los ciudadanos. La primera hablaba de inclinarse (en señal de reverencia) ante dios, su reino y su gente. El segundo legitimaba la guerra en el sentimiento nacionalista basado en la raza. Enlazaba la nación germana con el *Reich* y con los alemanes.

Dentro del discurso de Bush, vemos que el mandatario pide a los estadounidenses apoyo para su guerra contra el terror y vincula la necesidad de respaldo con un sentimiento nacionalista, con el discurso sobre el orden moral y los designios de dios. Dice que “son una gran nación”, “con una resolución inquebrantable” (Bush: septiembre 2001), también señala que son ciudadanos que han dejado ver una gran fe en los rescatistas, una gran fe en

la compasión y amor que se han demostrado como conciudadanos, además de fe en que se hará lo correcto para Estados Unidos. De ahí que podemos decir que Bush hace una equivalencia entre la fe y el creer en una nación, es decir una nación bajo el régimen de dios (Graham, P. et al: 208). El elemento religioso se asocia así con uno político y son articulados dentro del discurso. La fe religiosa queda secularizada bajo el desplazamiento hacia una fe en la nación.

Coincidimos con Phil Graham y los responsables del estudio arriba citado, ya que sostienen que Bush apela al nacionalismo estadounidense como la fuente más importante de legitimación externa de poder, pero hay que tener en cuenta que las particularidades de estas fuentes de poder también están respaldadas en dios y se suplantán unas a otras en diferentes momentos. Por ejemplo, Bush vincula la moralidad con la gran nación que es Estados Unidos, y con dios. Lo cual define una misma línea de ubicación para los tres ámbitos. Sin embargo, hay que dejar en claro como lo hicimos al inicio de este apartado al hablar de la libertad, que la transposición entre la nación, dios y la moralidad no se hacen aleatoriamente ni de manera no intencionada.

Cuando el presidente Bush se dirige a los estadounidenses, sus intervenciones tienden a ser más religiosas, pero cuando está con un primer ministro o con la prensa sustituye el bien y a dios por la libertad. Primero se da un discurso generalizado en el que el orden moral divide a los buenos de los malos, a las naciones libres de las represoras, pero después al dirigirse a actores políticos concretos hace a un lado estas alusiones. Como ya hemos dicho en el capítulo anterior, las asociaciones con el bien en contraposición con el daño causado están vinculadas al ataque de lo que era sagrado para los estadounidenses. Asimismo, vimos que entre más cercano era el mal inflingido más grande era la forma de adjetivarlo. Desde luego, cuando el presidente estadounidense hablaba con términos

teológicos era en los momentos en que se encontraba con sus ciudadanos, ubicándose en el mismo nivel de identificación del dolor, por ello el mal crecía en intensidad. No obstante, al hablar en espacios de negociación política identificaba el daño con males concretos que podían ser plenamente ubicados para combatirse (Ferrara: 2001).

Veamos la siguiente cita: “[L]os iraquíes han sufrido mucho en un cautiverio silencioso. La libertad para los iraquíes es una gran causa moral y una gran meta estratégica. La gente de Irak se lo merece; la seguridad de todas las naciones lo necesita. Las sociedades libres no intimidan a través de la crueldad y la conquista, y las sociedades abiertas no amenazan al mundo con asesinatos masivos. Los Estados Unidos apoyan la libertad política y económica en un Irak unificado”⁴⁷.

En estas palabras, dirigidas ante el pleno de las Naciones Unidas, vemos de nueva cuenta a un Bush que abandona los elementos religiosos, pero esto se debe a que en discursos previos ya había posicionado a la libertad del lado del bien dentro del orden moral. En el terreno político es la moneda de cambio y está claro que ni Bush ni ningún otro político ubicarían a la libertad en un sitio distinto, pero lo relevante aquí es hacerlo explícito, es – desde el lugar de enunciación que posee el Ejecutivo— decir que en Estados Unidos está la libertad para que quede explícito que lo que está del otro lado no lo es.

A la hora de aterrizar el discurso del bien en la negociación política, este se ve enfrentado con el terreno de los hechos. Por ejemplo, una vez que el gobierno de la Casa Blanca anunció que se bombardearía Afganistán para acabar con los talibanes que estaban con Al Qaeda, los periodistas cuestionaron al vocero presidencial Ariele Fleischer sobre la

⁴⁷ “The United States has no quarrel with the Iraqi people; they’ve suffered too long in silent captivity. Liberty for the Iraqi people is a great moral cause, and a great strategic goal. The people of Iraq deserve it; the security of all nations requires it. Free societies do not intimidate through cruelty and conquest, and open societies do not threaten the world with mass murder. The United States supports political and economic liberty in a unified Iraq”.

medida. El funcionario respondía que el presidente Bush había sentenciado que se iban a perseguir a todos los terroristas y a quienes los financiaran, por lo tanto se tenía que combatir a los talibanes. Los periodistas le insistieron en que si esta medida implicaba cambiar al régimen en el gobierno, Fleischer esquivaba la pregunta y le decía a los reporteros que eso era asumir otras cosas, pues la única intención hasta el momento conocida era eliminar a los talibanes y nada más. Lo que derivó en que un integrante de la prensa le dijera: entonces “lo que estamos ofreciendo es destrucción”, a lo que el vocero respondió: “estamos ofreciendo protección”⁴⁸.

Como podemos observar, en este terreno no hay alusiones a dios ni al bien ni al mal omnipresente, pero sí a lo que debe ser, en este caso, ofrecer protección ¿a Estados Unidos o al mundo? No lo dijo, pero queda claro que no respondió que era una cuestión del bien, sino que era materia de seguridad.

Amigo – enemigo

En el segundo capítulo vimos un desplazamiento de un enemigo omnipresente a uno terrorista de nombre Osama bin Laden. A continuación veremos un nuevo desplazamiento que va de Bin Laden a Saddam Hussein. En esta nueva etapa, en la que el gobierno de Estados Unidos busca la aprobación del uso de las armas en contra de Irak, ya no se habla del bien y del mal, sino de libertad y democracia, de justicia y paz. Ante la Asamblea

⁴⁸ QUESTION And this is -- you know, during World War II many promises were made, Atlantic Charter and so forth, to people who would help us, allies and so forth, North Africa, that they would find freedom at the end of the road, and so forth. And we are offering nothing, publicly.

MR. FLEISCHER: What we are not doing is turning a blind eye to anybody who would sponsor or harbor terrorism.

QUESTION All we're offering is destruction.

MR. FLEISCHER: We're offering protection.

La versión completa de la conferencia se puede consultar en:

<http://www.whitehouse.gov/news/releases/2001/09/20010925-3.html>

General de la ONU y en los encuentros con los países que busca alianzas, el presidente George Bush hace a un lado el discurso de dios y del orden moral. La teología encuentra su límite en el terreno de la negociación política.

¿Cómo se dio la transición de Osama bin Laden a Saddam Hussein? Después de que se identificó a bin Laden y la red de Al Qaeda como la responsable de los ataques del 11 de septiembre, el gobierno estadounidense decidió bombardear Afganistán debido a que ahí se escondían los líderes de la agrupación terrorista. Como se vio en el apartado anterior, la decisión fue cuestionada en el sentido de que nada más se buscaba bombardear el país sin proveerlo de las condiciones para una transición democrática o sin apoyar el derrocamiento del gobierno talibán. Lo cual se contradice con la misión anunciada por Bush de que llevarían la paz a donde fuera necesario y darían paso a las libertades políticas y económicas.

Después de los bombardeos a Afganistán y, una vez que el gobierno de Estados Unidos había preparado el terreno diciendo que atacarían a todos aquellos que financiaran o dieran cobijo al terrorismo, inició la propagación de la idea de que los integrantes de Al Qaeda habían huido de Afganistán y se habían refugiado en Irak bajo el auspicio del gobierno de Saddam Hussein. Bush lo dijo así: “El gobierno de Irak ha elogiado abiertamente los ataques del 11 de septiembre. Y los terroristas de Al Qaeda escaparon de Afganistán y se sabe que están en Irak”⁴⁹. Más adelante, en el mismo discurso, reafirmó su dicho sosteniendo que su “más grande temor es que los terroristas encontrarán un atajo a

⁴⁹ “Iraq’s government openly praised the attacks of September the 11th. And Al Qaeda terrorists escaped from Afganistan and are known to be in Iraq”.

sus locas ambiciones cuando un régimen fuera de la ley les suministre las tecnologías para asesinar a escala masiva”⁵⁰.

Bush se encargó de enlistar ante la ONU, el número y contenido de las resoluciones del Consejo de Seguridad que había violado el gobierno de Saddam Hussein. Con ello, recalca que el “enemigo” tenía intenciones destructivas, las cuales habían quedado manifestadas el 11 de septiembre⁵¹. Aquí, en esta frase, ya no se hablaba de bin Laden, sino de un enemigo genérico y se ubicaba en la misma línea de equivalencias a todos los enemigos, desde los responsables de los ataques hasta el ex presidente de Irak. Hussein quedaba dentro del mismo grupo que tenía “intenciones destructivas”, incluso la de atacar Estados Unidos el 11 de septiembre. A partir de este momento, el ex mandatario iraquí, enunciado como enemigo principal, podía ser el responsable de los siguientes ataques terroristas en cualquier país occidental.

Bush, después de decir que las intenciones destructivas del enemigo habían quedado manifestadas, otra vez hizo la asociación con Irak: En un lugar y en un solo régimen, encontramos todos estos peligros en su forma más agresiva y letal. Es exactamente el tipo de amenaza agresiva que decidió enfrentar la ONU con su nacimiento⁵².

En un discurso del 8 de marzo de 2003 podemos ver, de nueva cuenta, como se genera la equivalencia entre los responsables del 11 de septiembre, los terroristas y Saddam Hussein. Aquel día, en un mensaje a la nación, Bush dijo que el entonces presidente iraquí tenía una larga historia de imprudentes agresiones y crímenes terribles. “Él posee armas de

⁵⁰ “And our greatest fear is that terrorists will find a shortcut to their mad ambitions when an outlaw regime supplies them with the technologies to kill on a massive scale”.

⁵¹ “Our principles and our security are challenged today by outlaw groups and regimes that accept no law of morality and have no limit to their violent ambitions. In the attacks on America a year ago, we saw the destructive intentions of our enemies”.

⁵² “In one place -- in one regime -- we find all these dangers, in their most lethal and aggressive forms, exactly the kind of aggressive threat the United Nations was born to confront”.

terror. Él provee financiamiento y entrenamiento y refugio seguro a terroristas que con gusto enviarían armas de destrucción masiva en contra de América y de otros países apacibles”⁵³.

En el siguiente párrafo del discurso vemos de qué manera construye la secuencia equivalencial entre Hussein/ terroristas/ actos cometidos el 11 de septiembre: “Los ataques del 11 de septiembre de 2001 nos enseñan lo que hicieron los enemigos de América con cuatro aviones. Nosotros no esperaremos a ver qué pueden hacer terroristas o estados terroristas con armas de destrucción masiva. Estamos determinados a confrontar las amenazas en donde quiera que aparezcan. Y, como último recurso, debemos estar dispuestos a usar la fuerza militar. Nosotros estamos haciendo todo lo posible para evitar una guerra en Irak. Pero si Saddam Hussein no se desarma pacíficamente, será desarmado por la fuerza”⁵⁴.

Bush no mencionó que Osama bin Laden fue el responsable de los ataques del 11 de septiembre, sino que recurrió al genérico “los enemigos de América”, luego no dijo que atacarían directo a los responsables ni los nombró, en lugar de ello habló de los “terroristas y los estados terroristas”. Finalmente aterrizó en Irak y en Saddam Hussein. A partir de esto vemos primero que el enemigo quedó representado por un ente abstracto y desconocido, para después asociarlo con regímenes terroristas, lo que le permitía arribar al nombre del mandatario iraquí y a su “dictadura”.

⁵³ Saddam Hussein has a long history of reckless aggression and terrible crimes. He possesses weapons of terror. He provides funding and training and safe haven to terrorists who would willingly deliver weapons of mass destruction against America and other peace-loving countries.

⁵⁴ The attacks of September the 11, 2001 showed what the enemies of America did with four airplanes. We will not wait to see what terrorists or terror states could do with weapons of mass destruction. We are determined to confront threats wherever they arise. And, as a last resort, we must be willing to use military force. We are doing everything we can to avoid war in Iraq. But if Saddam Hussein does not disarm peacefully, he will be disarmed by force.

La asociación del régimen de Hussein con los ataques terroristas fue ampliamente aceptada, tan así fue que, después de haberse nombrado en un par de discursos el vínculo entre Al Qaeda y el ex presidente iraquí, ya no se cuestionaba. Llegó el momento en que en ninguna conferencia de prensa se pedían pruebas o se preguntaba por las evidencias de esta asociación. A partir de ahora restaba posicionar a este nuevo enemigo, ubicarlo como el más peligroso y, por lo tanto, el que debía ser eliminado.

A continuación estudiaremos a este nuevo enemigo nombrado por el gobierno estadounidense. Para realizar este trabajo usaremos como base el texto de Ryan Bishop y John Phillips, en el cual se hace un análisis derrideano usando la metáfora de las sirenas de emergencia para explicar las implicaciones de un enemigo como el que propone el presidente Bush, así como la manera en que opera el terror en forma de amenaza presente⁵⁵.

Los autores usan la película *Underground* de Kusturica para ilustrar lo que quieren decir con el estado de alarma. En esta filmación se narra la vida de una comunidad yugoslava que habita debajo de la tierra para protegerse de los ataques perpetrados durante la Segunda Guerra Mundial. El líder de la ciudad subterránea es Marko, quien una vez terminada la guerra, mantiene vivo el estado de alarma a sabiendas de que los miembros de esta pequeña vecindad no se atreverán a salir por temor a morir. Marko activa las alarmas, reparte panfletos y mantiene vivo el estado de emergencia, lo cual le sirve para dos motivos: El primero, mantenerse como líder. El segundo, tener un medio de subsistencia, ya que la comunidad subterránea se dedica a la fabricación de armas para suministrar a la “resistencia”.

⁵⁵ El texto de Bishop y Phillips apareció publicado en la revista *Theory Culture Society* Volumen 19 número 4 de agosto de 2002 bajo el título: “Manufacturing emergencies”.

Dentro del análisis, los autores dejan ver que lo más estresante acerca de un mundo bajo alarma es la generalización de un estado de preparación, de estar permanentemente listos para actuar o para guarecerse del enemigo. En *Underground*, la población podía estar tranquila realizando sus actividades, pero siempre permanecía latente ese estado de alerta. En la película, “lo más poderoso no era el sonido de la alarma misma, sino su silencio, ya que su fuente de origen es el surgimiento de la vida y la muerte” (2004: 96).

En el caso del gobierno estadounidense podemos leer las advertencias en los diferentes comunicados oficiales de que el terror podía presentarse de nuevo, en cualquier momento y en el lugar menos esperado, esto a pesar de que ya se había identificado a Saddam Hussein como enemigo principal. Bush hablaba de células terroristas escondidas en todo el mundo, de ahí que había que estar preparado para cualquier eventualidad. Aquí el estado de alarma se había echado a andar, había que estar en guardia. A un año de los ataques terroristas, Bush dijo ante la ONU: “La amenaza se esconde dentro de muchas naciones, incluyéndola mía. En células y campos, los terroristas están conspirando para más destrucción, y están construyendo nuevas bases para su guerra en contra de la civilización”⁵⁶.

De nuevo el gobierno de Estados Unidos activó la alarma cuando le pidió a la Asamblea General de la ONU que se sumara a la guerra en contra de Irak: “Nosotros sabemos que Saddam Hussein procuraba obtener armas de destrucción masiva aún cuando había inspectores en su país ¿Debemos asumir que se detuvieron cuando ellos se fueron? La historia, la lógica, y los hechos nos conducen a una conclusión. El régimen de Saddam Hussein es un serio y creciente problema. Sugerir que esto no es el caso es tener esperanzas

⁵⁶ “This threat hides within many nations, including my own. In cells and camps, terrorists are plotting further destruction, and building new bases for their war against civilization”.

en contra de la evidencia. Tomar por dado la buena fe de este régimen es apostar la vida de millones y la paz en el mundo en una apuesta temeraria. Y este es un riesgo que no debemos tomar”⁵⁷.

Bishop y Phillips también retoman la Odisea y recuerdan el momento en que Ulises, atado a un mástil, se resistió al canto de las sirenas, “el cual representa el arte de la persuasión y la seducción, ambos diseñados para desviar la atención de la vida” (2004: 97). La historia de las sirenas, así como la alegoría del peligro que encarnan, se convierte en el peligro mismo. El mito de la sirena es simplemente la sirena, manufacturando la alarma, contaminada por el peligro del que nos quiere advertir.

Así como vimos arriba que el silencio, al ser la fuente de la alarma, se convertía en el origen de la emergencia y, en el caso del gobierno estadounidense, en la presentación discursiva constante de que el terror podía manifestarse en cualquier momento, también la *posibilidad* juega un papel de latencia, de dejar abierta la incertidumbre.

Bishop y Phillips retoman el uso que hace Jacques Derrida del *quizás*. Mencionan que todos los eventos son precedidos y seguidos por su propio *quizás*. Por lo tanto, la eventualidad de una decisión queda excluida con la decisión misma. La decisión relega la voz de la sirena y la deja en modo de silencio. El quizás advierte de algo que puede o no pasar, indica una mera posibilidad, entonces lo que debe afirmarse en el quizás es la incertidumbre porque en ella —y sólo ahí— está la posibilidad (2004: 98).

El quizá de Derrida y el sentido que se le da a la sirena en Bishop y Phillips permiten comprender el sentido que el gobierno estadounidense le da a la relación amigo-

⁵⁷ “We know that Saddam Hussein pursued weapons of mass murder even when inspectors were in his country. Are we to assume that he stopped when they left? The history, the logic, and the facts lead to one conclusion: Saddam Hussein's regime is a grave and gathering danger. To suggest otherwise is to hope against the evidence. To assume this regime's good faith is to bet the lives of millions and the peace of the world in a reckless gamble. And this is a risk we must not take”.

enemigo. Los autores señalan que la sola presencia de la sirena y su iterabilidad⁵⁸ permiten mantener ese estado de alerta, independientemente de que exista o no. Lo mismo se puede decir del enemigo. “El uso que hace Marko de la sirena lo presenta como una figura, en la que su amistad, (con el resto de la comunidad) es una máscara [...] Esta enmascarando no solo la ausencia de un verdadero amigo, sino también la ausencia de un enemigo identificable, la sirena ayuda a manufacturar la figura del enemigo a través de su iterabilidad mecánica” (2004: 99).

El protagonista de la película no opera de acuerdo con una teoría del enemigo, él opera de acuerdo con una mitología del enemigo. La manufactura de la emergencia es una repetición de la forma de emergencia que se envuelve en la alucinación de una amenaza radical allá afuera: El enemigo. Sin embargo, nosotros vemos como el evento —su emergencia, su continuación o prolongación— está precedida y seguida por su propio quizás: con o sin un aire de guerra. Entonces, Marko representa una figura de lo político de acuerdo con la cual no es necesario que uno mismo crea en un enemigo, pero sí se necesita que otra gente crea en uno y por lo tanto en la propia distinción amigo-enemigo, la cual ya trae consigo una decisión.

⁵⁸ Para el filósofo francés la marca de la escritura representa una ausencia porque hay una ausencia absoluta de destinatario, por ello es necesario que la marca, la escritura, sea legible, repetible, reiterable, de ahí viene su término de iterabilidad. “La posibilidad de repetir, y en consecuencia, de identificar las marcas está implícita en todo código, hace de éste una clave comunicable, transmisible, descifrable, por todo usuario posible en general. Y esta ausencia no es una modificación continua de la presencia, es una ruptura de presencia, la muerte o la posibilidad de la muerte del destinatario inscrita en la estructura de la marca” (1971: 357).

La no presencia total del autor implica la no presencia de su querer decir, de su intención de significación en la producción o emisión de la marca. La escritura, diría Derrida, ya no es el transporte semántico o lingüístico del querer decir.

No hay una identidad definitiva entre el significante y el significado. Es decir, la marca, el signo contiene cierta identidad porque hay un reconocimiento, una repetición, pero esta capacidad de iterabilidad también lleva una capacidad de ser repetida sin referente, sin un significado determinado.

En el gobierno de Estados Unidos permanece presente la latencia: la posibilidad de que sean atacados de nueva cuenta, la posibilidad de que se esté conspirando en contra del mundo y se estén produciendo armas de destrucción masiva. Hemos visto, en el capítulo anterior, la manera en que Bush dice que la única manera de tener una certeza total de que se están produciendo armas letales es cuando nos ataque una “y que dios nos perdone cuando eso suceda”.

La iterabilidad de la sirena permite no sólo mantener el estado de alerta, sino la propia iterabilidad del enemigo. Al igual que con Marko, es conveniente para el discurso del gobierno estadounidense tener un enemigo identificable (Hussein) y, al mismo tiempo, abstracto. Así como la sirena enmascara la presencia de un verdadero enemigo, el hablar del eje del mal y de la existencia de musulmanes fundamentalistas en todo el mundo permite convertir en enemigo a cualquiera que el gobierno estadounidense desee nombrar. La ofensiva de guerra se hace extensiva a quien se oponga a la “libertad económica y democrática” que defiende Bush.

El gobierno estadounidense sostuvo el juego con el *quizá*, al comienzo y durante la guerra, pues no se sabía a ciencia cierta si existían o no las armas de destrucción masiva. Sin embargo, se mantenía el sentido de la alarma, ante la presencia de la posibilidad. Allá afuera, decía Bush, hay un enemigo que es capaz de atentar en contra de su propia gente, que es capaz de cometer los crímenes más viles. La amenaza radical planteaba un enemigo mundial e inhumano solamente capaz de ser detenido por una coalición de naciones como la ONU o por una potencia mundial como Estados Unidos. Bush describe a Saddam Hussein como un dictador que comete graves violaciones a los derechos humanos: “Miles de opositores políticos y ciudadanos comunes y corrientes han sido sujeto de arrestos y encarcelamientos arbitrarios, ejecuciones sumarias, tortura mediante golpizas y

quemaduras, choques eléctricos, hambruna, mutilación y violación. Las esposas son torturadas en frente de sus esposos, los niños enfrente de sus padres –y todos estos horrores han sido ocultados al mundo por medio del aparato de un estado totalitario”⁵⁹.

Tal vez haya otros países que también atenten contra sus ciudadanos, pero en este caso, el gobierno estadounidense decidió nombrar a Irak como su enemigo y le atribuyó las características que se oponían a las equivalencias de democracia/ libertad/ bien/ paz. Es decir, a todo aquello con que asociaba a su país. El enemigo de Estados Unidos representaba una alteridad absoluta y radical. Un ente inhumano que se puede identificar en frases como “eliminar a los parásitos terroristas que amenazan a sus países y al nuestro”, o bien “la única manera de vencer al terrorismo como una amenaza a nuestra forma de vida es deteniéndolo, eliminándolo y destruyéndolo en donde quiera que crezca”⁶⁰. En estas líneas vemos a un enemigo que es igual a un parásito o una plaga que hay que eliminar en donde quiera que crezca.

La capacidad de la sirena de advertencia de bombardeo para convertir dos tonos distintos en la aparición de un solo sonido hace eco de la aparente uniformidad de la política de la amistad de Marko (2004: 102). La decisión de mantener presente la alarma y con ello al enemigo, hace que el tiempo sea uno solo: el de guerra. El estado de alerta se mantiene capitalizando la incertidumbre, el juego con el enemigo omnipresente, capaz de hacerse presente en cualquier momento, su llegada sería no un evento, sino la manifestación evidente dentro de una espera crónica.

⁵⁹ “Tens of thousands of political opponents and ordinary citizens have been subjected to arbitrary arrest and imprisonment, summary execution, and torture by beating and burning, electric shock, starvation, mutilation, and rape. Wives are tortured in front of their husbands, children in the presence of their parents – and all of these horrors concealed from the world by the apparatus of a totalitarian state”.

⁶⁰ “Eliminate the terrorist parasites who threaten their countries and our own”, o bien “the only way to defeat terrorism as a threat to our way of life is to stop it, eliminate it, and destroy it where it grows”.

Ideología del enemigo

Bush promueve la idea de que el enemigo busca la opresión y el sometimiento del mundo en una sola ideología. En tanto que Estados Unidos busca heredarle al mundo la libertad. El 13 de abril de 2004, el mandatario estadounidense rindió un informe sobre la guerra y luego abrió una sesión de preguntas y respuestas con los periodistas. En su rendición de cuentas hizo claras alusiones a la ideología de los enemigos como Saddam Hussein y de al-Sadr contra la herencia del sueño americano. Dijo que la violencia que se estaba presenciando en Irak nos era familiar, pues los terroristas que toman rehenes o ponen bombas en las banquetas de Bagdad sirven a la misma "ideología del asesinato"⁶¹. Son los mismos, agregó, que matan inocentes en los trenes de Madrid, que matan niños en los camiones de Jerusalén, que explotan clubes nocturnos en Bali y que cortaron el cuello de un joven reportero por ser judío. Así siguió enlistando ejemplos sobre diferentes atentados y bombazos que iban desde Beirut hasta África para concluir con la insistencia de que esa era la misma "ideología del asesinato".

Derrida ha afirmado que "con frecuencia se cree que el oponente tiene una ideología, pero los que están del lado de los amigos o aliados no la tienen. Sólo los enemigos tienen ideologías deplorables mientras que los que están del lado de nosotros se levantan en nombre de la libertad, la justicia y los derechos humanos. Entonces, desde esta perspectiva, la democracia liberal no es una ideología sino un estado ideal de relaciones"⁶².

⁶¹ El informe sobre Irak se puede consultar en: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2004/04/20040413.html>

⁶² La idea expresada por Jacques Derrida de que el enemigo tiene una ideología y los que están del lado de los aliados no, se extrajo de: S. Sims, *Derrida and the end of history*. Cambridge: Icon.

En el discurso del 13 de abril de 2004, Bush aseguró que Estados Unidos no era un poder imperial, sino un poder liberalizador. De nueva cuenta vemos que el gobierno estadounidense se coloca fuera de toda ideología al ser ubicado del lado de la libertad.

Las alusiones de Bush acerca de que el enemigo busca el poder, al igual que cualquier oponente en una democracia, serían lo que regularmente se espera en el juego político, pero la peculiaridad que habría que notar en el mandatario estadounidense es que añade frases como: “Hay una línea en nuestro tiempo que divide a los defensores de la libertad humana de aquellos que buscan controlar las mentes y almas de otros”, o bien: “la libertad ha sido amenazada por el terror y la guerra; ha sido puesta a prueba por la voluntad de estados poderosos y por el diseño de tiranos”, o “su meta es rehacer el mundo e imponer sus creencias radicales en todas partes”, esto nos conduce a pensar que el “enemigo” está al frente de una ideología totalitaria motivada por un sentido religioso que contrasta con la supuesta bandera no ideológica de aquellos que buscan “la libertad humana”. El atribuir ideología al otro y no al sí mismo es una operación que refuerza la idea de que el sí mismo está constituido a partir de una especie de *naturaleza humana*, mientras que la existencia del otro, al ser ideológico, es decir pura creación humana, es contingente, nocivo e incluso contranatura.

Bush ha insistido, al diferenciar entre musulmanes buenos y malos, en que ninguno de los actos del enemigo proviene del seguimiento de los principios de una religión, sino que es “el trabajo de una ideología fanática y política. Los sirvientes de esta ideología buscan la tiranía en Medio Oriente y más allá. Buscan oprimir y perseguir mujeres. Buscan la muerte de judíos, cristianos y de los musulmanes que desean la paz por encima del terror

teocrático. Buscan intimidar a América con el pánico y el retraimiento. Buscan armas de destrucción masiva para chantajear y asesinar a una escala masiva"⁶³.

Entre las descripciones que hace Bush del enemigo, la manera en que habla de sí mismo y de los estadounidenses, se pueden encontrar amplios paralelismos. Bush, al igual que el oponente que describe, habla de un orden moral donde hay buenos y malos, donde hay quienes merecen la libertad y quienes debe ser castigados, además habla de un dios, distingue lo que es el bien, de lo que es el mal, además define cuáles son las prioridades que deben tener las naciones en la vida y qué tipo de moralidad deben seguir. Asimismo, asegura que Estados Unidos, como baluarte de la democracia y de los valores humanos, tiene como misión promover estos valores en todo el mundo.

Discurso de Bush y acciones de su gobierno	Lo que dice el discurso de Bush del enemigo
La misión de Estados Unidos, como baluarte de la democracia, es llevar la libertad económica y política a donde haga falta.	Buscan imponer sus creencias en todas partes.
El gobierno de Bush ha reconocido la muerte de inocentes durante la guerra.	Matan inocentes
En 2001, Bush pidió la aprobación de la ley patriota para la detención de presuntos terroristas dentro de territorio	La libertad ha sido puesta a prueba por estados poderosos.

⁶³ "None of these acts is the work of a religion; all are the work of a fanatical, political ideology. The servants of this ideology seek tyranny in the Middle East and beyond. They seek to oppress and persecute women. They seek the death of Jews and Christians, and every Muslim who desires peace over theocratic terror. They seek to intimidate America into panic and retreat, and to set free nations against each other. And they seek weapons of mass destruction, to blackmail and murder on a massive scale".

estadounidense. La iniciativa incluía el permiso de detener a sospechosos sin tener evidencia alguna y sin derecho a abogado. Además, están las detenciones en la cárcel de Abu Grahīb de cuyos prisioneros se desconoce el número y si situación legal.	
Existe un orden moral diseñado por dios.	Su meta es imponer sus creencias radicales.

Esto nos conduce de nuevo al análisis derridiano de Bishop y Phillips, quienes recuerdan que “la absoluta decisión entre amigo-enemigo –independientemente de que nos conduce a pensar en una alteridad absoluta— sólo puede ser leída como un intento de calcular la alteridad, de calcular lo incalculable y, por tanto, decidir con base en lo que era de por sí, a priori, una decisión, y así, de manera absurda, decidir sobre una decisión” (2004: 100).

En *La política de la amistad*, Derrida formula la aporía del quizá a través de derivar, de una frase de *Human, all too Human* de Nietzsche, una aporía que afecta de manera irrevocable, cualquier posibilidad de mantener una distinción clara entre amigo y enemigo. Derrida explica que Nietzsche había contrastado el discurso del ‘sabio moribundo’, “amigos, no hay amigos”, a la voz del tonto vivo, ‘enemigos, no hay enemigos’. Con ello, el creador de la deconstrucción nos dice que mientras se mantiene la distinción estricta entre los significados de los términos amigo y enemigo, la oposición no es decidible en el modo de dirigirse. Es decir, que se puede sustituir la dirección cada vez, sin importar si habla el amigo o el enemigo. Tanto el sabio puede hacerle de tonto como el tonto de sabio. Derrida radicaliza la lógica aun más: De manera fundamental, de una dirección a otra, habla

la misma persona – él, yo; y el lenguaje libera la sustitución: “I” es “me”, pero “I” es un “him”. Uno es el otro. Este aporía – el amigo y el enemigo, sustituible, indecible – crece en escala *ad infinitum* (2004: 100).

Con esto vemos como la posición del amigo puede ser sustituida por la del enemigo. Uno se puede convertir en el otro. Lo que dice uno del otro, puede ser aplicado para el sí mismo. De tal suerte, que la única manera en que podemos reconocer la ideología del enemigo es mediante aquel que la nombra. Es, como lo afirma Derrida, cuestión de romper con la probabilidad, con el quizá y, con la violencia de la decisión, marcar quien está del lado de la libertad y quien del lado de una ideología radical.

Estado de guerra

En este apartado veremos como, después del 11 de septiembre, el presidente de Estados Unidos instauró un régimen de verdad en el que ya no importaba si existía la evidencia de las armas de destrucción masiva o no. Se echó a andar y se asentó la idea de que el país estaba en guerra y por lo tanto de que debían tomar medidas precautorias, las cuales llegaron a convertirse en definitivas. En este momento, a casi cinco años de lo sucedido, la prensa estadounidense reveló la creación del Programa de Rastreo de la Financiación del Terrorismo, el cual es gestionado por la CIA y dirigido por el Departamento del Tesoro para acceder al movimiento de millones de transacciones financieras con el fin de rastrear el dinero de las redes de Al Qaeda y grupos similares (El País: 25 junio 2006: pag. 4). Con esta medida y, con el enojo de los funcionarios de la Casa Blanca por haberlo dado a conocer, quedó una vez más corroborado que la instauración de un régimen quedó asentada

aún después de que Hussein dejó de ser una amenaza y de que no se encontraron las armas de destrucción masiva.

El estado de emergencia que le dio plenos poderes al presidente Bush nos permite ver cómo quedó instaurado este régimen y cuáles han sido sus consecuencias. Sin embargo, antes de entrar en el análisis queremos hacer explícito que nos es claro que por sí solo el gobierno de la Casa Blanca no hubiera podido recurrir al estado de guerra, sino que los atentados terroristas le permitieron abrir este campo.

Dos días después del 11 de septiembre, el Congreso le concedió una ampliación de poderes al Ejecutivo para tomar las decisiones que considerara pertinentes respecto a la seguridad de la nación. Además, de que él mismo se encargaba de recalcar su carácter de jefe supremo del ejército y todas las fuerzas armadas. El 26 de octubre de 2001, con la aprobación del senado, el gobierno de Bush puso en vigor la ley conocida como “Patriot Act I”, que posteriormente dio origen al “Patriot Act II”. Ambas iniciativas contenían artículos de carácter temporal, pero que dos años más tarde se volvieron definitivos. En ellos, se abrió paso a arrestos sin que fuera obligatorio dar a conocer los cargos en contra, también se aprobó que los detenidos no tuvieran derecho a un abogado. Asimismo, se legalizó el espionaje telefónico y vía internet, entre otras medidas. El “Patriot Act II” fue más agresivo que el primero, ya que incluía 15 nuevos cargos para aplicar la pena capital en aquellos casos en los que se provocara la muerte de manera intencional o accidental (Graham, P. et al: 2004: 214).

Una vez que se declaró el estado de emergencia, el entonces secretario de Estado; Colin Powell, empezó a nombrar actividades de todo tipo como actos de terrorismo, entre ellas, las marchas y protestas. Mientras tanto, Bush recalca en sus discursos que se vivía un estado de guerra, por ejemplo decía: “Es tiempo de que ganemos decisivamente la

primera guerra del siglo XXI para que nuestros hijos y nuestros nietos puedan vivir pacíficamente en el siglo XXI”⁶⁴.

Bush con frecuencia vinculaba la posibilidad de futuros ataques con la necesidad de ir a la lucha armada en contra de Irak. Usaba frases tales como: “Y nuestro más grande temor es que los terroristas encontrarán un atajo para sus insensatas ambiciones cuando un régimen fuera de la ley les suministra con tecnologías para matar a una escala masiva”⁶⁵.

Antes de que el Consejo de Seguridad de la ONU decidiera sobre si ir o no a la guerra, el presidente Bush trató de convencer al organismo en repetidas ocasiones. En sus discursos legitimaba la autoridad del órgano internacional, pero cuando encontró una negativa por respuesta, descalificó a las Naciones Unidas diciendo que su autoridad no podía estar por encima de las decisiones y necesidades internas de un país, en este caso el suyo.

Primero manifestó lo siguiente: “Queremos que las resoluciones multilaterales del cuerpo mundial más importante sean obligatorias”. Sin embargo, en una conferencia de prensa posterior afirmó que los miembros del Partido Demócrata estaban esperando a que la ONU resolviera para decidir si deberían tomar acción militar o no, lo cual a Bush le parecía cobarde. Aseguró que no podía imaginarse que un representante del pueblo estadounidense estuviera esperando la resolución de un órgano ajeno a Estados Unidos, siendo que un legislador debería responder a sus ciudadanos. “Si yo quisiera que me eligieran, no estaría seguro de cómo podría explicar eso a los americanos ‘diciendo voten

⁶⁴ “it is time for us to win the first war of the 21st century decisively, so that our children and our grandchildren can live peacefully into the 21st century”.

⁶⁵ “Above all, our principles and our security are challenged today by outlaw groups and regimes that accept no law of morality and have no limit to their violent ambitions. In the attacks on America a year ago, we saw the destructive intentions of our enemies. This threat hides within many nations, including my own. In cells and camps, terrorists are plotting further destruction, and building new bases for their war against civilization. And our greatest fear is that terrorists will find a shortcut to their mad ambitions when an outlaw regime supplies them with the technologies to kill on a massive scale”.

por mi, ah! Y por cierto, en un asunto de seguridad nacional, creo que me voy a esperar a que alguien más actúe por mi”⁶⁶.

De inmediato pidió al Congreso que debatiera y tomara una decisión lo antes posible tomando en cuenta los intereses nacionales. “No me imagino a Saddam Hussein diciendo, dios, creo que me voy a esperar a alguna resolución. Él es una amenaza con la que debemos lidiar lo antes posible”⁶⁷.

Dentro de estos discursos debemos hacer dos observaciones. La primera, es que el mandatario estadounidense está dentro y fuera de la ley. La segunda, es que la condición de estado de guerra permite al presidente la promulgación de leyes para enfrentar las circunstancias excepcionales de urgencia.

En la primera observación, el soberano está fuera del orden jurídico y sin embargo pertenece a él. Está dentro porque gracias a los elementos jurídicos vigentes llegó a ser electo como mandatario y está fuera porque es él quien decide si la constitución puede ser suspendida debido a la situación de emergencia (Agamben, G: 2003: 55).

El presidente Bush en su calidad de soberano ubicado en la situación paradójica del adentro y afuera también decide cuáles de sus ciudadanos serán sacrificados en nombre del bien. Es decir, nombra a quienes dentro del campo del amigo deben acudir al frente de guerra para, en nombre de su causa, estar dispuestos a entregar la vida. De ahí que este grupo deberá confiar o por lo menos aceptar que el discurso del soberano es verdadero o creíble. El jefe de estado, en su calidad de dentro y fuera, condena a los habitantes de su

⁶⁶ “If I were running for office, I'm not sure how I'd explain to the American people -- say, vote for me, and, oh, by the way, on a matter of national security, I think I'm going to wait for somebody else to act”.

⁶⁷ “I don't imagine Saddam Hussein sitting around, saying, gosh, I think I'm going to wait for some resolution. He's a threat that we must deal with as quickly as possible”.

país a una especie de estado de sitio o ley marcial durante el periodo de tiempo que juzgue necesario o mientras pueda mantener a nivel discursivo su visión del amigo-enemigo.

El lugar de enunciación del presidente Bush le ha servido para delimitar cuando se está en tiempo de paz y cuando en tiempo de guerra. De nueva cuenta podemos recurrir al caso de la película *Underground* donde la sirena es la que articula entre el tiempo de paz y el de guerra, dejando uno solo: el de emergencia. Si está silenciosa o si está chillando, la sirena habla de la emergencia que está siempre presente, siempre latente, siempre hacia el futuro. La oscilación de la sirena entre los dos revela que en realidad son iguales. “La tecnicidad dé la sirena como metonimia para el estado militarizado, permite que le falsa conciencia iluminada abuse o explote a aquellos a quienes condena a una emergencia perpetua” (Bishop, et. al: 2004: 102-103).

Otra de las consecuencias importantes de que el soberano, en este caso el presidente de Estados Unidos, nombre un estado de emergencia es que, como lo señala el historiador británico Michael Howard, se legitima a los terroristas. En lugar de usar este recurso, el académico proponía nombrar el acontecimiento como un hecho criminal, pues al darles un estatus como lo hizo el mandatario estadounidense también se “crea una mitología entre lo que es el mundo árabe y el mundo occidental, además de que se crean expectativas irreales del éxito y victoria militar” (Kellner: 2004: 24).

En la segunda observación, vemos las consecuencias que trae darle poderes extraordinarios a un presidente. Como vimos arriba, en la decisión hay una violencia que interrumpe la posibilidad y, en este caso, el presidente estadounidense optó por decretar un estado de guerra en el que se le abrió una puerta como legislador. Hizo uso de esta facultad y no sólo consiguió la aprobación de las leyes patriotas, sino que también decretó reglamentos que, en muchos de los casos, iban por encima de derechos constitucionales.

A nivel discursivo esto le permitió delimitar el terreno del amigo y el del enemigo, definir alianzas y estrategias y, sobretodo, ejercer un poder que le permitió maniobrar en casi cualquier terreno de la política. Bush se convirtió en legislador, juez y jefe militar al haber nombrado el estado de guerra y al colocarse al frente de las fuerzas armadas.

El presidente Bush al reiterar una y otra vez su carácter de “commander in chief of the army”⁶⁸ entrañaba con ello una referencia inmediata y constante al estado de excepción, con ello el mandatario creaba una situación en la que la excepcionalidad se convertía en regla y la distinción entre paz y guerra (entre guerra exterior y guerra civil mundial) resultaba imposible (Agamben, G: 2003: 38).

De esta manera vemos cómo al quedar asentada en la sociedad la idea del peligro latente también queda asimilada la idea de que se requiere de un estado de excepción que sea capaz de confrontar la emergencia. Debido al efecto de latencia de la sirena (alarma), se requiere la prolongación del estado de excepción. Esto permite que se abra un paréntesis entre la legalidad y la ilegalidad, la frontera entre ambas se amplía y el presidente Bush se ubica dentro de ese espacio vacío para él determinar lo que es y no es legal, lo que debe y no legislarse.

Agamben señala, para el caso concreto de Estados Unidos, la “military order” promulgada por el presidente el 13 de noviembre de 2001 que autorizaba la “indefinite detention” y el procesamiento por military commissions (diferente de los tribunales militares previstos por el derecho de guerra) de los no ciudadanos sospechosos de estar implicados en actividades terroristas. También da cuenta del Patriot Act que facultaba al procurador general “para someter a detención” al extranjero (alien) de realizar actividades que supongan un “peligro para la seguridad nacional de los Estados Unidos”. “La novedad

⁶⁸ Jefe supremo de las fuerzas armadas.

de esta orden consiste en eliminar radicalmente cualquier estatuto jurídico para determinados individuos, produciendo de esta forma un ser jurídico innombrable e inclasificable. Los talibanes capturados en Afganistán no sólo no disfrutaban del estatuto de prisionero de guerra de acuerdo con la Convención de Ginebra, sino ni siquiera el del imputado en cualquier delito de la ley estadounidense. Ni prisioneros ni acusados, sino solo detainees, son objeto de una pura dominación de hecho, de una detención indefinida, y no solo en sentido temporal sino en cuanto a su propia naturaleza, puesto que queda sustraída por completo a la ley y al control judicial.[...] En el detainee de Guantánamo la nuda vida llega a su máxima indeterminación” (Agamben: 2003: 12-13).

Existen múltiples ejemplos que ahora han sido revelados por el investigador suizo, Dick Marty, a quien el Consejo de Europa le encomendó la tarea de investigar la colaboración de países europeos con la CIA para la detención ilegal de personas (El País: 8 y 25 de junio de 2006: 2-3 y 4 respectivamente). Agamben se refiere a este tipo de situaciones como un totalitarismo moderno en el que se instaura, por medio del estado de excepción, una guerra civil legal que permite la eliminación física no solo de los adversarios políticos, sino de categorías enteras de ciudadanos que por cualquier razón no sean integrables en el sistema político (Agamben, G: 2003: 10-11). Nosotros compartimos la idea general del autor. Sin embargo, nos es difícil clasificar la situación actual como un totalitarismo, preferimos no hacerlo para evitar alusiones a concepciones muy rígidas que remiten a otros tiempos y nos obligarían a otro tipo de discusión.

Para terminar este apartado decimos que el estado de emergencia se sostiene y se alimenta mediante la incertidumbre de lo que estaría por venir, de la presencia de la amenaza latente. “La emergencia se puede fabricar a través de una economía que capitaliza la incertidumbre al taparlo bajo las polaridades de subterráneo-abierto, amigo y enemigo,

creando un enemigo lo haya o no” (Bishop, et. al: 2004: 104). De este manera, si se llegara a presenciar otro acontecimiento como el del 11 de septiembre, éste sería la confirmación del propio estado de emergencia. Con lo cual se reforzaría la idea de la necesidad de un estado de excepción.

Imaginario en busca de sedimentación

En el segundo capítulo vimos de qué manera los principales medios de comunicación estadounidenses se sumaron a la decisión del gobierno de la Casa Blanca de promover la guerra en contra de Irak. De cómo mientras un bando hablaba de liberación el otro de invasión. Asimismo, vimos cómo se generó un *counterperformance* manifestado como una solidaridad generalizada entre los ciudadanos de aquel país. En esta ocasión veremos de qué manera esto fue cambiando, sobretodo con la indefinida prolongación de la guerra. De nueva cuenta, al igual que hicimos en el capítulo anterior, nuestra fuente principal no serán los discursos del mandatario estadounidense, sino la cobertura periodística de la guerra. A continuación presentaremos dos casos de víctimas de la guerra en los que el gobierno de George Bush buscó legitimar su acción y más adelante veremos la transición por la que pasó la prensa y la televisión estadounidense.

Pat Tillman, estrella de fútbol americano, fue reclutado para la guerra en contra de Afganistán. El gobierno del presidente Bush lo buscó para usar su imagen como emblema del soldado americano. Tillman se negó, pero una vez que murió en el frente, la Casa Blanca decidió hablar de él y usar su imagen como prototipo del héroe patriota. Tiempo después de su muerte, la madre y los amigos del deportista fueron entrevistados con lo que se reveló la oposición tajante que manifestaba el soldado respecto de la guerra y su negativa a que se usara su imagen como prototipo del guerrero americano.

El diario San Francisco Chronicle y la revista The Nation manifestaron, por un lado, la indignación de Mary Tillman, madre del jugador, respecto de las dudas irresueltas sobre la manera en que murió su hijo y, por el otro lado, sobre la explotación que hizo el gobierno estadounidense de la imagen de su primogénito (The Nation: 24 de Octubre de 2005 No. 13: pag. 6).

Para referirse al futbolista se llegaron a decir frases como “héroe de guerra y estrella de fútbol muere combatiendo el terror”. Esto fue usado justo cuando estaban por salir en la prensa las imágenes de tortura de Abu Ghraib. Bush se refirió a él como una “inspiración dentro y fuera del campo de fútbol, como con todos aquellos que hacen hasta el último sacrificio en la guerra contra el terror”⁶⁹. Además, el funeral de Tillman fue transmitido por televisión en cadena nacional. Ahora se sabe que el futbolista estaba en contra de la guerra y que no estaba de acuerdo con participar. Su amigo, Russell Baer declaró: “Lo puedo ver como si fuera en una pantalla de cine. Estábamos afuera de una ciudad iraquí viendo cómo caían las bombas sobre un pueblo...Estábamos hablando. Y Pat dijo ‘sabes, esta guerra es (fucking) ilegal’ y todos dijimos que sí. Ese era él. Él estaba totalmente en contra de Bush” (The Nation: 24 de Octubre de 2005 No. 13: pag. 6).

Otro caso, uno que causó mucho más revuelo, fue el de la soldado Jessica Lynch. A inicios de la guerra, cuando las fuerzas de la coalición se dirigían al norte de Irak, Lynch manejaba un camión de cinco toneladas, acompañando a la tercera división de infantería. Perdieron el rumbo y cerca de Nassiriya tuvieron un enfrentamiento con soldados iraquíes. La soldado resulta herida y los iraquíes la llevan a hospital Saddam Hussein. Ahí la atiende personalmente uno de los dos médicos especializados que había en el centro de salud,

⁶⁹ “an inspiration on and off the football field, as with all who made the ultimate sacrifice in the war on terror”.

además se le hacen transfusiones de sangre que donaron los trabajadores del hospital, pues ya no había más sangre. Después de su recuperación la subieron a una ambulancia dispuestos a regresarla al primer campamento estadounidense. Pero ahí fue donde los soldados estadounidenses entraron armados disparando y tirando bombas por todo alrededor. Las cámaras de televisión los acompañaban.

En todo el mundo se dijo que Jessica Lynch había sido violada, balaceada y apuñalada. Lo cual, más tarde fue imposible de comprobar. También se aseguró que la habían tenido que rescatar del cautiverio. La imagen de una Lynch herida recorrió el mundo y ocupó las portadas de las principales revistas y diarios de Estados Unidos. Esta versión de la historia se puede leer en el texto "Rescue in Iraq and 'Big Stir' in West Virginia", a nombre de Douglas Jehl y Jayson Blair, publicado en The New York Times el 3 de abril de 2003 y en el reportaje "'She Was Fighting to the Death'", escrito por Susan Schmidt y Vernon Loeb, que apareció en el Washington Post el 2 de abril de 2003. La verdadera versión de los hechos se transmitió por la cadena inglesa BBC y se publicó el 15 de mayo de 2003 en el diario londinense The Guardian.

Tanto en el caso de Tillman como en el de Lynch podemos ver como el gobierno de Estados Unidos necesitaba de estos elementos para reforzar el imaginario de un enemigo atroz capaz de eliminar hasta los más grandes patriotas. Aquí queda contrarrestada la imagen de un enemigo que viola a una joven, que asesina a un deportista, que le quita a la vida a cualquiera sin importar si es mujer o si es un patriota. Se describen de nueva cuenta características específicas de los héroes mientras que del otro lado el mal es grande y abstracto capaz de cometer actos de vileza. Con ello se refuerza la polarización entre el mundo occidental y el oriental, la división entre el nosotros y el ustedes.

Cuando ambos casos se dieron a conocer, la prensa estadounidense se alineó con la versión oficial. Fueron los ingleses en el caso de Lynch y los propios estadounidenses, muchos meses después de que el gobierno estadounidense dejara correr su versión, para el caso de Tillman quienes sacaron a la luz el verdadero curso de los hechos.

El caso de Tillman es muy representativo porque muestra la evolución que tuvo la prensa estadounidense, que aunque no se dio en medios como The New York Times, sí podemos constatar como al prolongarse la guerra, al conocerse las fallas del gobierno, al no encontrar las armas de destrucción masiva y al hacerse públicos los abusos en Abu Ghraib, los propios medios dieron un giro a sus coberturas.

En un principio la cobertura imparcial fue casi nula, debido en gran parte a que los periodistas que iban bajo la protección de los soldados de la coalición habían firmado cartas en las que aceptaban restricciones en la transmisión de información (Kellner: 2004: 16). Las cosas comenzaron a cambiar cuando después de varias tormentas de arena, los soldados estadounidenses e ingleses fueron atacados. Entonces sí, los reporteros empezaron a enviar verdaderas crónicas del caos de la guerra. En ocasiones, incluso llegaban a criticar severamente la actuación de sus connacionales.

El 24 de marzo de 2003 el ejército de Estados Unidos negaba que bajo su responsabilidad se hubieran asesinado a cientos de civiles en los bombardeos. No obstante, los reporteros que estuvieron en el lugar describieron lo contrario e incluso llegaron a mostrar restos de un misil en una zona de población civil. A finales del mismo año, el Washington Post publicaba la historia de un grupo de jóvenes que habían sido asesinados a quemarropa por unos soldados estadounidenses.

También sucedía que conforme pasaba el tiempo y los periodistas estadounidenses comenzaban a mostrar la verdadera cara de la guerra en sus notas; los jefes de producción

que estaban en Estados Unidos, al igual que los conductores de los noticiarios, seguían hablando de victorias y de la liberación de Irak (Kellner: 2004: 16-17). De ahí que hubiera una discrepancia entre las imágenes y lo narrado por los comunicadores en el estudio.

De hecho por más que el discurso oficial se mantuviera triunfalista y que se tratara de ver la labor de los soldados como victoriosa, la realidad los hacía toparse con frustración y decepción. La guerra se prolongaba y los ánimos se desgastaban. Entonces, vino un desplazamiento que llevó a los medios de comunicación de la victoria a la pérdida. “La forma narrativa puede mantenerse exaltada —la acción sigue siendo vista en términos histórico universales—pero el argumento se desplaza del milenio salvífico al apocalíptico final-del-mundo. En la medida en que la opinión pública se mueve en esta dirección, deviene negativa y pesimista” (Alexander, J: 1999: 262).

El problema no era ya la derrota, sino la ausencia de victoria, este desgaste condujo al hartazgo y ya no se quería luchar. Comenzaron a surgir organizaciones de madres y familiares de soldados a cuya muerte no encontraban justificación. Ante la falta de un triunfo inminente, la muerte parecía en vano. Quienes se habían instalado en el discurso de la sacralidad y lo profano, comenzaban a aterrizar y daba comienzo la deslegitimación de la guerra.

Con esta desvalorización, la visión de un enemigo fuerte y endemoniado también se desgasta. El enemigo deja de ser identificable con el mal y los amigos pasan a ser más mundanos (Alexander, J: 1999: 263).

Conclusiones

En este capítulo vimos que los discursos que Bush dirige a sus conciudadanos son regidos por el concepto teológico del bien, mientras que en los dirigidos a políticos o audiencias fuera de su país, dicho concepto teológico es desplazado por el concepto político de libertad. Según éste último, cuando hay paz, hay libertad, y por lo tanto si no hay libertad, lo que prevalece es la represión y la violencia. La humanidad y la dignidad como una sola, haciendo a un lado la posibilidad del pluralismo, suplantando en desplazamientos metonímicos a la libertad.

Vimos que durante tiempos bélicos, en la víspera de una guerra, líderes políticos tradicionalmente apelan a fuentes externas de poder para legitimar su llamado a las armas. Comúnmente ésta fuente de legitimación de la lucha es dios. Bush, al hablar de los designios de dios y un orden moral, no es una excepción.

Sin embargo, también apela a la religión de manera más sutil. Carga conceptos políticos con un peso religioso, desplazando su significado. Así, al vincular la palabra “fe” con diferentes conceptos, de manera repetitiva, vemos como la fe en dios se convierte en la fe en la ciudadanía o en la nación. El impulso religioso es secularizado y canalizado hacia un fin político. La moralidad, el nacionalismo y la autoridad de dios se suplantando el uno al otro en el discurso de Bush como la máscara de un mago que cambia de color cada vez que la pasa por su puño.

También hay transiciones de lenguaje más lentas que no obedecen a la necesidad de influir a distintas audiencias, sino a la de responder a distintos momentos políticos.

Inmediatamente después de los ataques del 11 de septiembre, Bush responsabilizó a “los enemigos de América”. Más adelante hablaba de “terroristas y los estados terroristas”. Después aterrizó el concepto en la persona de Osama bin Laden y, finalmente, en Irak y Saddam Hussein.

Después del 11 de septiembre, se estableció un estado de guerra que le daba al presidente estadounidense poderes más allá de sus facultades. Con ello, rebasaba su esfera y se erigía como soberano entre los soberanos. Con estas medidas —originalmente ideadas para enfrentar circunstancias excepcionales de urgencia y necesidad— quedaba quebrantada la Constitución, pues se producía un estado jurídico innombrable en el que para salvar la máxima ley era necesario violarla. El problema aquí radicaba en qué tanto se necesitaba llegar a esta medida y qué tanto fue una urgencia producida a nivel discursivo.

Ahora bien, en una situación de guerra donde las alianzas y enemistades son sujetos a cambio, el oscilar entre un enemigo abstracto y uno concreto es efectivo. Permite incorporar nuevas alianzas o nuevos enemigos al discurso con facilidad. El desplazamiento de los significados nos permite identificar el mal con el terror, con el enemigo, con bin Laden, con Hussein. Sin embargo, tiene la desventaja de provocar también un gran desgaste. La indefinición permanente hace que, en el mediano plazo, el discurso pierde fuerza.

Conclusiones Generales

Después de la caída de las Torres Gemelas y del ataque al Pentágono, no había palabras para nombrar el acontecimiento, se había atacado a la potencia más poderosa del mundo, se había provocado al gigante. El golpe fue tal, que su nominación tardó en llegar e incorporarse al estado de situación (Badiou: 2003). El presidente de Estados Unidos, George Bush, comenzó a llamar lo sucedido como actos de terrorismo, posteriormente hablaba de una lucha del bien contra el mal. Además, empezó a dibujar a un enemigo omnipresente, capaz de infligir el mayor de los daños. En el marco de todo lo sucedido, se le otorgaron poderes más allá de lo que le corresponde a un Ejecutivo y se le permitió trascender los derechos individuales.

Para explorar los temas anteriores, usamos como eje principal el discurso de Bush teniendo siempre en cuenta que el discurso no le pertenece a nadie, pero en nuestro caso de estudio el presidente estadounidense era quien lo encarnaba. Con esto queremos decir que hay distancias constitutivas e irreparables. La primera, entre el discurso y quien lo interpreta. El juego de la distancia y de la proximidad es algo que llega al lenguaje y no algo que éste produce. El orden de los enunciados, el texto en sí mismo, remite a las estructuras existenciales constitutivas del ser en el mundo (Ricoeur: 2004: 58).

La segunda, entre el propio autor y la diversidad de sentidos de los que echa mano y que no son producción suya, es decir no son originarios, ya que “no hay nada de absolutamente primario que interpretar pues, en el fondo, todo es ya interpretación: cada signo es en sí mismo no la cosa que se ofrece a la interpretación, sino interpretación de otros signos” (Foucault, 1995: 43).

Con lo anterior observamos que el autor del discurso no es un agente productor de un sentido pleno, pues en su dicho lleva sentidos adquiridos, significantes no saturados cuya sedimentación permanece y es usada en el discurso. “La no presencia total del autor implica la no presencia de su querer decir, de su intención de significación en la producción o emisión de la marca” (Derrida: 1971: 357).

La tercera, entre el significante y su significado. Puesto que no hay significado trascendental, no hay una identidad definitiva entre el significante y el significado. Es decir, la marca, el signo contiene cierta identidad porque hay un reconocimiento, una repetición, pero esta capacidad lleva consigo la posibilidad de ser repetida sin referente, sin un significado determinado.

A lo largo de este trabajo observamos como una sociedad no puede crearse ni recrearse a si misma sin, al mismo tiempo, elaborar un ideal sobre sí misma (Ferrara, A: 2001; Alexander, J: 2001). También esto sucede con la necesidad de construir un opuesto. Así como una sociedad es capaz de elaborar lo que es sagrado para ella, también es de determinar lo que es profano y, en un grado mayor, lo que es malo a un nivel radical. Dentro de este mismo contexto estudiamos que a mayor proximidad del daño causado, mayor es el mal que se le atribuye. De ahí que podemos decir que cuando el presidente Bush hablaba de un mal con mayúsculas, éste era equivalente, al tamaño del daño que sentía les habían causado.

El uso del término teológico del mal tenía diferentes propósitos: Uno para evocar esa conexión con la sociedad sobre su propia producción de héroes y villanos, de tal suerte que a la hora de invocarlos hubiera una pronta identificación. Asimismo, se uso para convocar a sus soldados, que también eran sus ciudadanos, a morir por una causa mayor. Además, el hablar de un gran mal, de un mal radical, permitía manejar políticamente a un

enemigo abstracto, lo cual servía para poder señalar a cualquiera como tal y, para desplazar la idea de a quien debía atacarse, con mayor facilidad. Aunque también vimos que esta indefinición a largo plazo desgastaba su efecto hasta que se llegaba a dudar de su verdadera existencia.

Como dijimos arriba, el enemigo que configuró Bush era tan grande como el daño que decía le había infligido a su país. Por ello se erigió, en términos de Schmitt, una unidad nacional en contra de ese mal. Vemos que las diferencias entre el mundo del Islam y occidente siempre han existido, pero con la llegada del acontecimiento adquirieron tal intensidad que las elevaron a un nivel de enfrentamiento, este es el momento en que se estableció un conflicto, una división entre ellos y nosotros que quedó enmarcada dentro del campo de lo político. Gracias a esta explicación pudimos comprender como es que aún hablando con términos teológicos como aquellos del bien y del mal, estamos dentro de un enfrentamiento meramente político.

En el discurso de Bush también encontramos huellas que no podían ser borradas. Tal y como lo señaló Alexander a la hora de estudiar el discurso bélico de Estados Unidos con la primera guerra de Irak, había quedado sedimentado el significado de las ideas puritanas de los fundadores de aquel país (1999: 142-144). Con esto vemos que las huellas de lo pasado, al no poder ser destruidas, permanecen como depósitos sedimentarios; esto ocurre incluso y, aun especialmente, cuando lo nuevo intenta con más fuerza excluir lo pasado (Derrida: 1971: 358).

Bajo estos preceptos, exploramos si el uso de términos teológicos dejó fuera lo político, concluyendo que no fue así, pues dentro del discurso del presidente estadounidense, el propio uso de conceptos teológicos formaba parte del juego político.

Al estudiar en qué momentos se recurrió al bien y al mal, a los salmos y a las oraciones, se pudo reconocer que al dirigirse a los ciudadanos estadounidenses o en discursos generales, en los que no esperaba una respuesta concreta, el mandatario habló con términos teológicos, mientras que en el terreno de la negociación para buscar aliados en la guerra no lo hacía. Tampoco cuando trataba de justificar ante la Asamblea General de la ONU sus razones para ir a la lucha armada. A partir de esto concluimos que hay un manejo calculado de los conceptos teológicos.

Asimismo, con el objetivo de aterrizar el concepto del mal en términos políticos, se formaba una cadena de equivalencias entre tiranía = antidemocracia = autoritarismo = dictador. Al mismo tiempo hablaba de las acciones que era capaz de cometer este mal, entre ellas, la producción de armas de destrucción masiva, los asesinatos de inocentes, la violación de mujeres y la represión de las libertades. En lo que respecta al bien, con el fin de aterrizarlo al terreno de lo político, se le asociaba con democracia = libertad = derechos humanos = libre mercado = elecciones. Sobre las acciones con que era asociado el bien estaban desde los actos de solidaridad de quienes ayudaron a sus compañeros de trabajo a salir de las Torres Gemelas hasta las transacciones del libre mercado.

Durante el análisis del discurso, vimos un juego constante con el quizás y la posibilidad. Este uso se hacía presente a la hora de hablar de los significantes nodales como el mal, enemigo y estado de emergencia. En el caso de los dos primeros se jugaba con la posibilidad de que podían presentarse en cualquier momento, de que volverían sin previo aviso, sin declaración de guerra. El quizás se convertía en un estado permanente que podía ser interrumpido por la decisión del enemigo de mostrarse, misma que podía no llegar, pero de hacerlo se convertía en la confirmación de la posibilidad. El jugar con un enemigo abstracto permitía acrecentar la idea del mal inidentificable, omnipresente y, al mismo

tiempo, de prolongar el quizás. Su ausencia era la confirmación de la posibilidad. El enemigo sin cara también daba pie para que se nombrara a cualquiera bajo esta categoría, extenderlo a cualquier nacionalidad o raza. Además, su opacidad engrandecía a quienes estaban de lado del bien, pues entre más grande la amenaza, más poderoso el bien que la podría derrocar. Si el enemigo fuera atacado con eficiencia, enorme sería la hazaña del responsable de derrocarlo. A su vez, darle concreción permitía negociar en lo político, dirigirse específicamente al enemigo a vencer, además de pedir alianzas puntuales. Prolongar en demasía la no especificación desgastaba también la amenaza del enemigo, perdía efectividad, de ahí la necesidad —en ocasiones— de fortalecerlo volviéndolo concreto.

En el caso del tercero, el estado de emergencia, se mantenía presente el juego con la alarma. Se cambiaba indistintamente del color rojo, al amarillo, pero nunca se regresaba al verde, al sin alarma. Después de los atentados se mantenía presente la posibilidad de que volvería a ocurrir un acto terrorista. El presidente estadounidense hablaba de estar preparados, de estar alerta ante la posibilidad de nuevos ataques. Mencionaba la necesidad de ir a la ofensiva para adelantarse al enemigo, para atacarlo antes de que su mal se manifestara de nuevo. Otra vez se jugaba con el quizás, es decir con el limbo de la indefinición, el cual permitía mantener las acciones militares y políticas necesarias para combatir a ese enemigo omnipresente.

Cuando se pasaba largo tiempo con alarma en amarillo, se daba a conocer la intención de algunos musulmanes radicales de atacar, se fortalecían las medidas de seguridad en las fronteras y aeropuertos. Con ello, de nuevo, se recordaba la alarma. Se mantenía presente el quizás. Concluyendo que, al igual que con la abstracción prolongada del enemigo, el extender por mucho tiempo el estado de emergencia y la guerra en Irak

desgastaron su efectividad. Las medidas que en un inicio habían contado con el amplio apoyo de los estadounidenses, ahora encontraban cuestionamientos en los medios de comunicación y entre agrupaciones nuevas que surgieron como las de las madres de los soldados muertos en combate.

Hubo la evolución de una solidaridad total con las medidas que el presidente Bush decidió tomar a enérgicas protestas. Lo que en los canales de televisión y en la mayoría de los diarios había sido un espejo de los deseos bélicos del mandatario llegó a su radical oposición al develarse las imágenes de las torturas en la prisión de Abu Ghraib. Sin desdeñar, claro, que muchos estadounidenses —desde que se anunció la guerra contra Irak— salieron a la calle a manifestarse. También hemos de tomar en cuenta otras razones por las cuales el presidente perdió aprobación, entre ellas, la tragedia causada por el huracán Katrina.

La simpleza con la que el presidente Bush polariza y divide al mundo en dos, la misma con la que decide de qué lado están los amigos y de cuál los enemigos, es un ejemplo desnudo de cómo opera la política. Su indeterminación que se convierte en concreción, lo mismo que su uso selectivo de términos teológicos y políticos no son más que un reflejo de la manera en que el juego político funciona. No hay en Bush la intención de cristianizar al mundo ni de catequizar a todos con sus ideas sobre moralidad, su móvil viene de una estrategia política o una intención económica.

Por ejemplo, podríamos citar que a lo largo de la investigación encontramos como el mandatario apoyaba las tareas de misiones de cristianos que repartían por todo el territorio estadounidense su *educación* sobre sexualidad y fe, entre otros temas. En repetidas ocasiones, los demócratas cuestionaron por qué se le apoyaba económicamente a éstos grupos, Bush respondía que eran acciones de buena voluntad. Sin embargo, en otras

investigaciones con las que nos topamos vimos que agrupaciones como las de cristianos habían solventado económicamente la campaña del presidente. Esto quizá podría ser tema de otra investigación, pues quedó en el tintero la fuerza de su doctrina cristiana en el discurso. Aunque muy probablemente nos topáramos con la misma respuesta: el discurso responde a una alianza económica y política.

Referencias bibliográficas

Discursos del presidente George Bush:

Bush, George (11 de septiembre de 2001) Sobre los atentados:
<http://www.whitehouse.gov/news/releases/2001/09/20010912-4.html>

Bush, George (17 de septiembre de 2001) “El islam es paz”:
<http://www.whitehouse.gov/news/releases/2001/09/20010917-11.html>

Bush, George (25 de septiembre de 2001) Sobre el poder extralegal que requiere el FBI para encontrar terroristas: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2001/09/20010925-5.html>

Bush, George (26 de septiembre de 2001) Sobre el mundo árabe y los buenos musulmanes:
<http://www.whitehouse.gov/news/releases/2001/09/20010926-8.html>

Bush, George (26 de octubre de 2001) Sobre la aprobación de la ley patriota:
<http://www.whitehouse.gov/news/releases/2001/10/20011026-5.html>

Bush, George (9 de noviembre de 2001) Sobre el terrorismo y el estado de emergencia:
<http://www.whitehouse.gov/news/releases/2001/09/20010909>

Bush, George (1 de junio de 2002) Sobre la doctrina en contra del terror durante la graduación de los soldados de West point:
<http://www.whitehouse.gov/news/releases/2002/06/20020601-3.html>

Bush, George (12 de septiembre de 2002) Sobre la necesidad de la aprobación de la guerra por parte de la ONU: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2002/09/20020912-1.html>

Bush, George (13 de septiembre de 2002) Sobre el desconocimiento de la ONU como interlocutor válido: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2002/09/20020913.html>

Bush, George (14 de septiembre de 2002) Sobre el llamado al mundo para sumarse a la causa en contra del terrorismo:
<http://www.whitehouse.gov/news/releases/2002/09/20020914.html>

Bush, George (18 de septiembre de 2002) Sobre las primeras discusiones para pedir aprobación de la guerra en el congreso estadounidense:
<http://www.whitehouse.gov/news/releases/2002/09/20020918-1.html>

Bush, George (24 de septiembre de 2002) Sobre las discusiones para aprobar la guerra en el congreso estadounidense: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2002/09/20020924-1.html>

Bush, George (8 de noviembre de 2002) Sobre la reacción de la ONU al rechazar la aprobación de la guerra: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2002/11/20021113.html>

Bush, George (8 de marzo de 2003) Sobre la guerra en contra del terror: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2003/03/20030308-1.html>

Bush, George (16 de marzo de 2003) Reunión en las islas azores antes de que inicie la guerra (conferencia de prensa con el presidente de España José María Aznar y con el primer ministro Anthony Blair): <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2003/03/20030316-3.html>

Bush, George (17 de marzo de 2003) ultimátum a Saddam Hussein: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2003/03/20030317-7.html>

Bush, George (19 de marzo de 2003) Sobre el inicio de la guerra: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2003/03/20030319-17.html>

Bush, George (2 de febrero de 2005) Informe de gobierno en el que da cuenta de los resultados de la guerra contra Irak: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2005/02/20050202-11.html>

Agamben, Giorgio (2004) Estado de excepción. Homo sacer II, 1. (España, Pre-textos)

Alexander, Jeffrey (1999) Sociología Cultural. Formas de clasificación en las sociedades complejas. (México: Anthropos)

Alexander, Jeffrey (2001) "Toward a sociology of Evil: Getting beyond modernist common sense about the alternative to 'the Good' ". En, Rethinking Evil. Contemporary Perspectives. (Estados Unidos: University of California Press).

Alexander, Jeffrey (2004) From the depths of despair: Performance, counterperformance, and September 11. (Estados Unidos: Yale University) Mimeo.

Allison, Henry (2001) "Reflections on the banality of (radical) evil: A Kantian analysis". En, Rethinking Evil. Contemporary Perspectives. (Estados Unidos: University of California Press).

Arendt, Hannah (1994) Eichmann in Jerusalem: A report on the banality of evil. (Estados Unidos: Penguin Books).

Badiou, Alain (1999) San Pablo. La fundación del universalismo (Barcelona: Anthropos).

- Badiou, Alain (2003) La Ética (México: Herder).
- Bernstein, Richard (2005) El mal radical. Una indagación filosófica. (Argentina: Lilmod).
- Bishop, Ryan y John Phillips (2002) "Manufacturing emergencies". En, Theory culture and society (Estados Unidos: Siege) Volumen: Agosto.
- Blix, Hans (2004) Disarming Iraq (Estados Unidos: Pantheon Books).
- Bush, George (1999) A charge to keep (Estados Unidos: Perennial).
- Bush, George (2004) On god and country (Estados Unidos: Allegiance Press, Inc.)
- Borradori, Giovanna (2004) "Autoinmunidad: suicidios simbólicos y reales". En, La filosofía en una época de terror. Diálogos con Jüergen Habermas y Jacques Derrida. (Buenos Aires: Taurus).
- Carrasale, Santiago. Secularización y política en la Edad Moderna. Mimeo.
- Derrida, Jacques (1989) "La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas. En, La escritura y la diferencia (Barcelona: Anthropos).
- Derrida, Jacques (1990) "Firma, acontecimiento, contexto". En, Márgenes de la filosofía (Madrid: Cátedra).
- Fairclough, Norman (2003) Critical discourse analysis. En, www.ling.lanes.ac.uk/staff/norman/Norman.htm
- Ferrara, Alessandro (2001) "The evil that men do". En, Rethinking Evil. Contemporary perspectives. (Estados Unidos: University of California Press).
- Foucault, Michél (1980) Power/Knowledge: Selected interviews and other writings. (Brighton: Harvester: ed. C. Gordon).
- Foucault, Michél (1973) El orden del discurso (Barcelona: Tusquets).
- Foucault, Michél (2003): La arqueología del saber (México: Siglo Veintiuno Editores).
- Fish, Stanley (1994): "La literatura en el lector: estilística afectiva". En, Alfonso Mendiola (comp.): Introducción al análisis de fuentes. (México D.F: Universidad Iberoamericana).
- Gadamer, Hans-Georg (1996): Verdad y Método I. (Salamanca: Ediciones Sigueme).
- Graham, Phil, Thomas Keenan y Anne-Maree Dowd (2004) "A call to arms at the end of history: a discourse-historical analysis of George W. Bush's declaration of war on terror". En, Discourse and Society. Volumen 15 199-221.

Gómez Orfanel, Germán (1986) Excepción y normalidad en el pensamiento de Carl Schmitt (Madrid: Centro de Estudios Constitucionales).

Kant, Emmanuel (1985) “¿Qué es la ilustración?” En, *Filosofía de la Historia* (México: FCE)

Kant, Emmanuel (2006) La paz perpetua. (Biblioteca virtual Miguel de Cervantes).

Kellner, Douglas (2004) “The Bush Administration and the September 11 Attacks”. En, www.gseis.ucla.edu/faculty/kellner

Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (2004) Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia. (Buenos Aires: FCE).

Lara, María Pía (2001) “Contemporary Perspectives”. En, Rethinking Evil. Contemporary perspectives. (Estados Unidos: University of California Press).

Lazar Annita y Michelle Lazar (2004) “The discourse of the New World Order: ‘out-casting’ the double face of threat”. En, Discourse and Society. Volumen 15 pp. 223-242. (Londres: Sage Publications).

Mouffe, Chantal (2003) La paradoja democrática. (España: Gedisa).

Ricoeur, Paul (2004) Del texto a la acción. Ensayos de Hermenéutica II. (México: FCE).

Safranski, Rüdiger (2005) El Mal o el drama de la libertad. (España: Tusquets)

Schmitt, Carl (1975) “Teología política”. En, Estudios políticos. (España: Doncel).

Schmitt, Carl (1985) El concepto de lo político. (México: Editorial Folios).

Tillman, Mary (Octubre 2005) “Pat Tillman, war hero”. En, The Nation (Estados Unidos) Volumen: 281. Número 13. pag. 6

Turner, Bryan (2002) “Sovereignty and emergency. Political Theology, islam and american conservatism”. En, Theory culture and society (Estados Unidos: Sage) Volumen: Agosto.

Van Dijk, Theo (1992) “Discourse and the Denial of Racism”. En, Discourse and Society. 3(1): 87-118.

Van Dijk, Theo (1995) “Ideological discourse analysis”. En, New Courant 4: 135-6

Zizek, Slavoj (2001) “La política de la verdad, o Alain Badiou como lector de San Pablo”. En, El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política (Buenos Aires: Paidós).

Zizek, Slavoj (2004) Ideología. Un mapa de la cuestión. (México D.F: Fondo de Cultura Económica).